

¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**IGLESIA CRISTIANA PALMARIANA
DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

Residencia: "Finca de Nuestra Madre del Palmar Coronada", Avenida de Jerez, Nº 51,
41719 El Palmar de Troya, Sevilla, España
Apartado de correos de Sevilla 4.058 — 41.080 Sevilla (España)

Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana



DECIMOSÉPTIMA CARTA APOSTÓLICA

**Preparación para la muerte.
Llamada para el 16 de julio de 2020**

Nos, Pedro III, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Siervo de los siervos de Dios, Patriarca del Palmar de Troya, de Glória Ecclésiæ, Herald del Señor Dios de los Ejércitos, Buen Pastor de las almas, Inflamado del Cielo de Elías y Defensor de los Derechos de Dios y de la Iglesia.

Ya sabéis que estamos en los Últimos Tiempos, que estamos en los Tiempos Apocalípticos, que las últimas trompetas están sonando, que están próximos los últimos sellos y las copas de la Ira Divina. Vienen terribles enfermedades y la guerra nuclear, que causarán la muerte a una gran parte de la humanidad. Tenemos que prepararnos primero y principalmente para nuestra propia muerte, pero también tenemos que prepararnos para la muerte de los demás, porque los palmarianos somos los únicos que pueden ayudarles eficazmente a alcanzar la salvación eterna, y eso se consigue por la oración y penitencia y sobre todo por las Santas Misas. El más grande acto de caridad al prójimo es alcanzar su salvación eterna. Los estudiantes se preparan para sus exámenes, pues de ellos depende su carrera, y nosotros tenemos que prepararnos para la muerte y el juicio, porque entonces seremos examinados en el amor, y de ello depende nuestra eternidad. En esta carta veremos cómo prepararnos para la muerte.

Retrato de un hombre que acaba de morir: Considera que tierra eres y en tierra te has de convertir. Día llegará en que será necesario morir y pudrirse en una fosa o un nicho, donde estarás cubierto de gusanos. A todos, nobles o plebeyos, príncipes o vasallos, ha de tocar la misma suerte. Apenas, con el último suspiro, salga el alma del cuerpo, pasará a la eternidad, y el cuerpo, luego, se reducirá a polvo: "Polvo eres, y en polvo te convertirás." (Génesis)

Imagínate en presencia de una persona que acaba de expirar. Mira aquél cadáver, tendido aún en su lecho mortuario; la cabeza inclinada sobre el pecho; esparcido el cabello, todavía bañado con el sudor de la muerte; hundidos los ojos; desencajadas las mejillas; el rostro de color de ceniza; los labios y la lengua de color de plomo; yerto y pesado el cuerpo. ¡Tiembra y palidece quien lo ve! ¡Cuántos, sólo por haber contemplado a un pariente o amigo muerto, han mudado de vida y abandonado el mundo!

Pero todavía inspira el cadáver horror más intenso cuando comienza a descomponerse. Ni un día ha pasado desde que murió aquel joven, y ya se percibe un hedor insoportable. Hay que abrir las ventanas, y echar perfumes, y procurar que pronto lleven al difunto a la iglesia o al cementerio, y que le entierren en seguida, para que no inficione toda la casa. Y el que haya sido aquel cuerpo de un noble o un potentado no servirá, acaso, sino para que despida más insufrible fetidez.

¡Ved en lo que ha venido a parar aquel hombre soberbio, aquel deshonesto! Poco tiempo hace, se veía agocido y agasajado en el trato de la sociedad; ahora es horror y espanto de quien le mira. Se apresuran los parientes a arrojarle de la casa, y pagan portadores para que, encerrado en su ataúd, se lo lleven y den sepultura. Alababan no hace mucho el talento, la finura, la cortesía y gracia de ese hombre; mas a poco de haber muerto, ni aun su recuerdo se conserva.

Al oír la nueva de su muerte, se limitan unos a decir que era un hombre honrado; otros, que ha dejado a su familia con grandes riquezas. Algunos se contristan, porque la vida del que murió les era provechosa; otros se alegran, porque esa muerte puede serles útil. Por fin, al poco tiempo, nadie habla ya de él, y hasta sus deudos más allegados no quieren que de él se les hable, por no renovar el dolor. En las visitas de

duelo se trata de otras cosas; y si alguien se atreve a mencionar al muerto, no falta un pariente que diga: "¡Por caridad, no me lo nombréis más!"

Recuerda lo que has hecho en la muerte de tus deudos y amigos; así se hará en la tuya. Entran los vivos en la escena del mundo a representar su papel y a recoger la hacienda y ocupar el puesto de los que mueren; pero el aprecio y memoria de éstos, poco o nada duran. Se afligen al principio los parientes algunos días, mas en breve se consuelan por la herencia que hayan obtenido, y muy luego parece como que su muerte los regocija. En aquella misma casa donde hayas exhalado el último suspiro, y donde Jesucristo te habrá juzgado, pronto se celebrarán, como antes, banquetes, fiestas y juegos. Y tu alma, ¿dónde estará entonces?

Da mil gracias a Jesús tu Redentor, porque no ha querido que murieses cuando estabas en su desgracia. ¡Cuántos años hace que quizás merecías estar en el infierno! Si hubieras muerto en aquel día, en aquella noche, ¿qué habría sido de ti por toda la eternidad? Acepta ya tu muerte en satisfacción de tus pecados, y acéptala tal y como le plazca a Dios enviártela. Basta ya de ofenderle. No quieras emplear el resto de tu vida en injuriar a Jesús; procura sólo invertirlo en llorar siempre las ofensas que le hayas hecho, y en amarle con todo tu corazón. ¡Dios es digno de amor infinito!

Desde ahora acepta de la mano del Señor, con ánimo conforme y gustoso, cualquier género de muerte que Él quiera darte, con todas sus amarguras, penas y dolores.



Dios, condenándonos a la muerte, nos ha ocultado el momento y la hora de ella; es preciso que vivamos santamente todos los días de nuestra vida, para que merezcamos una muerte dichosa, abrasados en su divino amor.

Debemos pedir siempre la gracia de la perseverancia y del amor a Dios, porque éstas son las dos gracias más necesarias para alcanzar la eterna salvación. La gracia del amor divino, dice San Francisco de Sales, es aquella gracia que contiene en sí a todas las demás, porque la virtud de la caridad para con Dios lleva consigo todas las virtudes. Quien ama a Dios es humilde, casto, obediente, mortificado; posee, en suma, las virtudes todas. Por eso decía San Agustín: "Ama a Dios y haz lo que quieras," pues el que ama a Dios evitará cuanto pueda desagradar al Señor, y sólo procurará complacerle en todo.

La otra gracia, la de la perseverancia, es aquella que nos hace alcanzar la eterna salvación. Dice San Bernardo que el Cielo está prometido a los que comienzan a vivir santamente; pero que no se da sino a los que perseveran hasta el fin. Mas esta perseverancia, como enseñan los Santos Padres, sólo se otorga a los que la piden. Por lo cual afirma Santo Tomás de Aquino que para entrar en la gloria se requiere continua oración, según lo que antes había dicho nuestro Salvador, que es menester orar siempre y nunca desfallecer; de aquí procede que muchos pecadores, aunque hayan sido perdonados, no perseveran en la gracia de Dios, porque después de alcanzar el perdón olvidan pedir a Dios la perseverancia, sobre todo en tiempo de tentaciones, y recaen miserablemente. Y aunque el don de la perseverancia es enteramente gratuito y no podemos merecerlo con nuestras obras, podemos, sin embargo, alcanzarlo infaliblemente por medio de la oración, como dice San Agustín.

"Para ver mejor lo que eres, cristiano," dice San Juan Crisóstomo, "ve a un sepulcro, contempla el polvo, la ceniza y los gusanos, y llora." Observa cómo aquel cadáver va poniéndose lívido, y después negro. Aparece luego en todo el cuerpo una especie de vellón blanquecino y repugnante, de donde sale una materia pútrida, viscosa y hedionda, que cae por la tierra.

Nacen en tal podredumbre multitud de gusanos, que se nutren de la misma carne, a los cuales, a veces, se agregan las ratas para devorar aquel cuerpo, corriendo unas por encima de él, penetrando otras por la boca y las entrañas. Se caen a pedazos las mejillas, los labios y el pelo; se descarna el pecho, y luego los brazos y las piernas.

Los gusanos, apenas han consumido las carnes del muerto, se devoran unos a otros, y de todo aquel cuerpo no queda, finalmente, más que un fétido esqueleto, que con el tiempo se deshace, separándose los huesos y cayendo del tronco la cabeza. Queda reducido como a partículas que arrebatada el viento. Esto es el hombre: un poco de polvo que el viento dispersa.

¿Dónde está, pues, aquel caballero a quien llamaban alma y encanto de la conversación? Entrad en su morada; ya no está allí. Visitad su lecho; otro lo disfruta. Buscad sus trajes, sus riquezas; otros lo han tomado y repartido todo. Si queréis verle, asomaos a aquella fosa, donde se halla convertido en podredumbre y descarnados huesos. ¡Oh Dios mío! Ese cuerpo alimentado con tan delicados manjares, vestido con tantas galas, agasajado por tantos servidores, ¿se ha reducido a eso?

Bien entendisteis vosotros la verdad, ¡oh Santos benditos!, que por amor de Dios, fin único que amasteis en el mundo, supisteis mortificar vuestros cuerpos, cuyos huesos son ahora, como preciosas reliquias, venerados y conservados en urnas de oro. Y vuestras almas hermosísimas gozan de Dios, esperando el último día para unirse a vuestros cuerpos gloriosos, que serán compañeros y partícipes de

la dicha sin fin, como lo fueron de la cruz en esta vida. Tal es el verdadero amor al cuerpo mortal; hacerle aquí sufrir trabajos para que luego sea feliz eternamente, y negarle todo placer que pudiera hacerle para siempre desdichado.

He aquí a qué se reducirá ese tu cuerpo, con que tanto has ofendido a Dios: ¡a gusanos y podredumbre! Mas no te aflijas; antes bien, complácete que así haya de corromperse y consumirse esa carne, que te ha hecho perder a Dios, el sumo bien. Lo que ha de contristarte es el haberle causado tanta pena a Dios por haberte procurado tan míseros placeres. No esperes a que llegue la hora de tu muerte para amarle. Desde ahora mismo abrázale y estréchale contra tu corazón, y promete no abandonarle nunca.

En esta pintura de la muerte, reconócete a ti mismo, y mira lo que algún día vendrás a ser: acuérdate de que eres polvo y en polvo te convertirás. Piensa que dentro de pocos años, quizá dentro de pocos meses o días, no serás más que gusanos y podredumbre. Con tal pensamiento se hizo Job un gran santo.

Todo ha de acabar. Y si en la muerte pierdes tu alma, todo estará perdido para ti. “Considérate ya muerto,” dice San Lorenzo Justiniano, “pues sabes que necesariamente has de morir.” Si ya estuvieses muerto, ¿qué no desearías haber hecho? Pues ahora que vives, piensa que algún día muerto estarás.

Dice San Buenaventura que el piloto, para gobernar la nave, se pone en el extremo posterior de ella. Así, el hombre, para llevar buena y santa vida, debe imaginar siempre que se halla en la hora de morir. Por eso exclama San Bernardo: “Mira los pecados de tu juventud, y ruborízate; mira los de la edad madura, y llora; mira los últimos desórdenes de la vida, y estremécete,” y ponles pronto remedio.

Cuando San Camilo de Lelis se asomaba a alguna sepultura, se decía a sí mismo: “Si volvieran los muertos a vivir, ¿qué no harían por la vida eterna? Y yo, que tengo tiempo, ¿qué hago por mi alma?” Por humildad decía esto el Santo; mas tú, tal vez con razón, pudieras temer el ser aquella higuera sin fruto de la cual dijo el Señor: “Tres años hace que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo.”

Tú, que estás en el mundo hace más de tres años, ¿qué frutos has producido? Mirad, dice San Bernardo, que el Señor no busca solamente flores, sino frutos; es decir, que no se contenta con buenos propósitos y deseos, sino que exige santas obras. Que sepas, pues, aprovecharte de este tiempo que Dios, por su misericordia, te concede, y no esperes para obrar el bien a que ya sea tarde, al solemne instante en que se te diga: “¡Ahora! Llegó el momento de dejar este mundo.” ¡Pronto! Lo hecho, hecho está.

Quizás estás como aquella higuera que desde hace muchos años merecía haber oído de Dios estas palabras: “córtala, pues, ¿para qué ha de ocupar lugar en la tierra?” porque en tantos años como estás en el mundo no le has dado más frutos que los abrojos y espinas de tus pecados. Mas el Señor no quiere que pierdas la esperanza. Si en lo pasado huiste de Dios, aprecia más ahora su amistad que poseer todos los reinos del mundo.

Todo acaba con la muerte: “El fin llega, ya llega el fin.” Llaman los mundanos feliz solamente a quien goza de los bienes de este mundo, honras, placeres y riquezas. Pero la muerte acaba con toda esta ventura terrenal. “¿Qué cosa es vuestra vida? ¿No es acaso como el vapor de agua que por un poco de tiempo aparece y luego desaparece?” (Santiago.)

Si los vapores que la tierra exhala, se alzan por el aire, y la luz del sol los dora con sus rayos, tal vez forman vistosísimas apariencias; mas, ¿cuánto dura su brillante aspecto? Sopla una ráfaga de viento, y todo desaparece. Aquel famoso, hoy tan alabado o tan temido, mañana, cuando haya muerto, será despreciado. Con la muerte hemos de dejarlo todo.

El hermano del gran siervo de Dios Santo Tomás Hemerken de Kempis se preciaba de haberse edificado una bella casa. Uno de sus amigos le dijo que notaba en ella un grave defecto. “¿Cuál es?”, le preguntó aquél. “El defecto,” respondió el amigo, “es que habéis hecho en ella una puerta.” “¿Cómo!,” dijo el dueño de la casa, “¿la puerta es un defecto?” “Sí,” replicó el otro, “porque por esa puerta tendréis algún día que salir, ya muerto, dejando así la casa y todas vuestras cosas.”

La muerte, en suma, despoja al hombre de todos los bienes de este mundo. ¡Qué espectáculo el ver arrojar fuera de su propio palacio a un príncipe, que jamás volverá a entrar en él, y considerar que otros toman posesión de los muebles, tesoros y demás bienes del difunto!

Los servidores le dejan en la sepultura con un vestido que apenas basta para cubrirle el cuerpo. No hay ya quien le atienda ni adule, ni, tal vez, quien haga caso de su postrera voluntad.

Saladino, que conquistó en Asia muchos reinos, dispuso que, al morir, cuando llevasen su cuerpo a enterrar, le precediese un soldado llevando colgada de una lanza la túnica interior del muerto, y exclamando: “Ved aquí todo lo que lleva Saladino al sepulcro.”

Puesto en la fosa el cadáver del príncipe, se deshacen sus carnes, y no queda en los restos mortales señal



alguna que los distinga de los demás. “Contempla los sepulcros,” dice San Basilio, “y no podrás distinguir quién fue el siervo ni quién el señor.”

En presencia de Alejandro Magno, se mostraba Diógenes un día buscando muy solícito alguna cosa entre varios huesos humanos. “¿Qué buscas?”, preguntó Alejandro con curiosidad. “Estoy buscando,” respondió Diógenes, “el cráneo del rey Filipo, tu padre, y no puedo distinguirlo. Muéstramelo tú, si sabes hallarlo.”

Desiguales nacen los hombres en el mundo, pero la muerte los iguala, dice Séneca. Y Horacio decía que la muerte iguala los cetos y las azadas. En suma, cuando viene la muerte, llega el fin, todo se acaba y todo se deja, y de todas las cosas del mundo nada llevamos a la tumba.

Ya que el Señor te da luz para conocer que cuanto el mundo estima es humo y demencia, pídele fuerza para desasirte de ello antes que la muerte te lo arrebatte. Aunque te hayas olvidado de Dios, Él no te ha olvidado, y ahora te da a entender que hasta quiere olvidar tus ofensas, con tal que tú las detestes. Detéstalas y aborrécelas sobre todos los males, para que nuestro Redentor olvide las amarguras de que le has colmado. Prefiere, en adelante, perderlo todo, hasta la vida, antes que perder su gracia.

San Felipe II Magno, rey de España, estando a punto de morir, llamó a su hijo, y alzando el manto real con que se cubría, le mostró el pecho, ya roído de gusanos, y le dijo: “Mirad, príncipe, cómo se muere y cómo acaban todas las grandezas de este mundo.” Bien dice Teodoreto que “la muerte no teme las riquezas, ni a los vigilantes, ni la púrpura;” y que así, de los vasallos como de los príncipes, “se engendra la podredumbre y mana la corrupción.” De suerte que todo el que muere, aunque sea un príncipe, nada lleva consigo al sepulcro. Toda su gloria acaba en el lecho mortuario.



Refiere San Antonio que cuando murió el réprobo Alejandro Magno, exclamó un filósofo: “El que ayer hollaba la tierra, hoy es por la tierra oprimido. Ayer no le bastaba la tierra entera; hoy tiene bastante con siete palmos. Ayer guiaba por el mundo ejércitos innumerables; hoy unos pocos sepultureros le llevan al sepulcro.”

Mas oigamos, ante todo, lo que nos dice Dios: “¿De qué se ensoberbece el que no es más que tierra y ceniza?” (Eclesiástico). ¿Para qué inviertes tus años y tus pensamientos en adquirir grandezas de este mundo? Llegará la muerte y se acabarán todas esas grandezas y todos tus designios.

¡Cuán preferible fue la muerte de San Pedro el ermitaño, que vivió sesenta años en una gruta, a la de Nerón, emperador de Roma! ¡Cuánto más dichosa la muerte de San Félix, lego capuchino, que la de Enrique VIII, que vivió entre reales grandezas, siendo enemigo de Dios!

Pero es preciso atender a que los Santos, para alcanzar muerte semejante, lo abandonaron todo: patria, deleites y cuantas esperanzas el mundo les brindaba, y abrazaron una vida pobre y menospreciada. Se sepultaron vivos sobre la tierra para no ser, al morir, sepultados en el infierno. Mas, ¿cómo pueden los mundanos esperar muerte feliz viviendo, como viven, entre pecados, placeres terrenos y ocasiones peligrosas?

La razón nos enseña que la muerte es el tiempo de la justa venganza para los pecadores, porque en la hora de la muerte el hombre mundano se hallará débil de espíritu, oscurecido y duro de corazón por el mal que haya hecho; las tentaciones serán entonces más fuertes, y el que en vida se acostumbró a rendirse y dejarse vencer, ¿cómo resistirá en aquel trance? Necesitaría una extraordinaria y poderosa gracia divina que le mudase el corazón; pero ¿acaso Dios está obligado a dársela? ¿La habrá merecido tal vez con la vida desordenada que tuvo? Y, sin embargo, se trata en tal ocasión de la desdicha o de la felicidad eterna.

¿Cómo es posible que, al pensar en esto, quien crea las verdades de la fe no lo deje todo para entregarse por entero a Dios, que nos juzgará según nuestras obras?

¡En qué miserable estado se hallaba tu alma si estabas sin la gracia de Dios! ¡La odiaba Dios, y tú querías su odio! Condenado estabas ya al infierno; sólo faltaba que se ejecutase la sentencia. Dios misericordioso se ha acercado a ti, invitándote al perdón. Mas ¿quién te asegurará ahora que ya te ha perdonado? ¿Habrás de vivir con este temor hasta que venga a juzgarte? “Si sientes sincero dolor por haberle ofendido, con firme deseo de amarle, y contemplas con amor su Pasión, tienes motivo para esperar que estés en gracia de nuestro Redentor,” asegura San Alfonso María de Ligorio. Decídete a perderlo todo antes que perder su gracia y su amor. Dios desea que sienta alegría el corazón que le busque. Detesta las injurias que hayas hecho al Señor; pídele que te inspire confianza y valor. No te reprochará más tu ingratitud, si tú mismo la reconoces y aborreces, pues el Señor dijo: “Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.”

La felicidad de la vida presente es como un sueño de quien luego despierta, pues los bienes de este mundo parecen grandes; mas nada son en sí, y duran poco, como el sueño, que pronto desvanece.

La idea de que todo se acaba con la muerte inspiró a San Francisco de Borja la resolución de entregarse por completo a Dios. Le habían dado el encargo de acompañar hasta Granada el cadáver de la emperatriz Isabel, y cuando abrieron el ataúd, tales fueron el horrible aspecto que ofreció y el hedor que despedía, que todos los acompañantes huyeron. Mas San Francisco, alumbrado por divina luz, se quedó a contemplar en aquel cadáver la vanidad del mundo, considerando cómo podía ser aquella su emperatriz Isabel, ante la cual tantos grandes personajes doblaban reverentes la rodilla. Se preguntaba qué se habían hecho de tanta majestad y tanta belleza. Así, pues, dijo a sí mismo: “¡En esto acaban las grandezas y coronas del mundo! ¡Nunca más servir a señor que se me pueda morir!” Y desde aquel momento se consagró enteramente al amor del Crucificado, e hizo voto de entrar en Religión si su esposa moría antes que él; y, en efecto, cuando la hubo perdido, entró en la Compañía de Jesús.

Con verdad un hombre desengañado escribía en un cráneo humano: “Al que en esto piensa, todo le parece vil.” Quien medita en la muerte no puede amar la tierra. ¿Por qué hay tantos desdichados amadores del mundo? Porque no piensan en la muerte.

¡Miseros hijos de Adán!, ¿por qué no desterráis del corazón los afectos terrenos, en los cuales amáis la vanidad y la mentira? Lo que sucedió a vuestros antepasados os acaecerá también a vosotros; en vuestro mismo



palacio vivieron, en vuestro lecho reposaron; ya no están allí, y lo mismo os sucederá. Entrégate, pues, a Dios, antes que llegue la muerte. No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy; porque este día de hoy pasa y no vuelve; y en el de mañana se te pudiera presentar la muerte, y ya nada te permitiría hacer.

Procura sin demora desasirte de lo que te aleja o puede alejarte de Dios. Dejemos pronto el apego a estos bienes de la tierra, antes que la muerte por fuerza nos los arrebatte. ¡Bienaventurados los que al morir están ya muertos a los afectos terrenales! No temen éstos la muerte, antes bien, la desean y abrazan con alegría, porque en vez de apartarlos de los bienes que aman, los une al Sumo Bien, único digno de amor, que les hará para siempre felices.

Si antes no amabas a Dios ni te cuidabas de que te amase, ahora ámale con toda el alma, y que tu mayor pena sea el haber desagradado a su infinita bondad. Que este dolor te atormente; ¡dulce tormento que te trae la esperanza de que te haya perdonado! ¡Mejor hubiera sido morir mil veces, antes de haber ofendido a nuestro dulcísimo Salvador! Es preferible que el Señor nos envíe la muerte más dolorosa que hubiere antes de que otra vez

perdamos su gracia.

Santa Teresa de Jesús de Los Andes escribió: “Su hijita sufre con usted por la muerte tan desconsoladora del tío Andrés. Le aseguro que me ha producido una impresión horrible. ¡Qué de sorpresa llega la muerte, cuando no se piensa que hay una eternidad tras ella! Sin embargo, papacito, no desconfiemos de la misericordia de Dios que es infinita. Un solo gemido de su corazón basta para que sus pecados le hayan sido perdonados, aunque a nuestra vista y juicio aparezca lo contrario. Confiemos en Dios, pero también no hay que abusar de su infinito amor. Por eso, lo mejor es vivir en paz con Nuestro Señor, de modo que, si la muerte viene de repente, no nos sorprenda y aterrorice. ¡Qué diferencia existe tan inmensa en el modo de considerar la muerte de un cristiano y el que no lo es! Este sólo encuentra vacío, la nada, el frío de la tumba. El cristiano encuentra el término de su destierro, de sus sufrimientos; el principio de sus goces eternos. Encuentra, en una palabra, a su Dios, que es su Padre, que ha velado sobre él en cada paso que ha dado en la senda del bien y del dolor. Allí está su Padre con los brazos extendidos para recibirlo y darle su corona. Qué paz no da esto en un trance tan horrible como es el de la destrucción de nuestro ser... Cuántas veces pienso lo que es la muerte para los que viven en el mundo. Les parece terrible aquel momento en que todo concluye. Y para una carmelita la muerte no tiene nada de espantable. Va a vivir la vida verdadera. Va a caer en brazos del que amó aquí en la tierra sobre todas las cosas. Se va a sumergir eternamente en el amor. Quisiera inculcar en tu alma el amor a lo eterno, a lo que no pasa. Es necesario vivir siempre pensando que una eternidad nos aguarda. ¿Qué nos importaría entonces sufrir y sacrificarnos 80 años, cuando así mereceríamos gozar siempre?”

Brevidad de la vida: ¿Qué es nuestra vida? Es como un tenue vapor que el aire dispersa y al punto acaba. Todos sabemos que hemos de morir. Pero muchos se engañan, figurándose la muerte tan lejana como si jamás hubiese de llegar. Mas, la vida humana es brevísima, pues el hombre, viviendo breve tiempo, brota como flor, y se marchita. Manda el Señor a Isaías que anuncie esa misma verdad; le dice: “¿Quién eres tú para que tengas miedo al hombre mortal, que se ha de secar como el heno?” Verdaderamente, la vida del hombre es como la de esa planta. Viene la muerte, se seca el heno, se acaba la vida, y cae marchita la flor de las grandezas y bienes terrenos.

Corre hacia nosotros velocísima la muerte, y nosotros en cada instante hacia ella corremos. ‘Todo este

tiempo en que escribo,' dice San Jerónimo, 'se quita de mi vida.' Todos morimos, y nos deslizamos como lo hace sobre la tierra el agua, que no se vuelve atrás: ved cómo corre a la mar aquel arroyuelo; sus corrientes aguas no retrocederán. Así pasan tus días y te acercas a la muerte. Placeres, recreos, lujos, elogios, alabanzas, todo va pasando. ¿Y qué nos queda? "Mis días se abrevian, y sólo me resta el sepulcro" (Job). Seremos sepultados en la fosa, y allí habremos de estar pudriéndonos, despojados de todo.

En el trance de la muerte, el recuerdo de los deleites que en la vida disfrutamos y de las honras adquiridas sólo servirá para acrecentar nuestra pena y nuestra desconfianza de obtener la eterna salvación. '¡Dentro de poco,' dirá entonces el infeliz mundano, 'mi casa, mis jardines, esos muebles preciosos, esos cuadros, aquellos trajes, no serán ya para mí! ¡Sólo me resta el sepulcro!'

¡Ah! ¡Con dolor profundo mira entonces los bienes de la tierra quien los amó apasionadamente! Pero ese dolor no vale más que para aumentar el peligro en que está la salvación. Porque la experiencia nos prueba que tales personas apegadas al mundo no quieren ni aun en el lecho de la muerte que se les hable sino de su enfermedad, de los médicos a que pueden consultar, de los remedios que pudieran aliviarlos.

Y apenas se les dice algo de su alma, se entristecen de improviso y ruegan que se les deje descansar, porque les duele la cabeza y no pueden resistir la conversación. Si acaso quieren contestar, se confunden y no saben qué decir. Y a menudo, si el confesor les da la absolución, no es porque los vea bien dispuestos, sino porque no hay tiempo que perder. Así suelen morir los que poco piensan en la muerte.

¡Qué vergüenza sería, comparecer ante la presencia del Señor Dios de infinita majestad, después de haber muchas veces injuriado su honra, posponiendo su gracia a un mísero placer, a un ímpetu de rabia, a un poco de barro, a un capricho, a un humo leve! ¿Qué te resta de tanta ofensa sino angustia, remordimiento de conciencia y méritos para el infierno? "Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo." Aunque no merezcas la gracia de que te llame su hijo, Cristo ha muerto para salvarte. Indignos somos de amarle; mas Él, que merece tanto amor, no desdeña el de un corazón arrepentido.

En cualquier momento se nos puede acabar la vida; incluso mientras se está aún formando, a veces se corta.

¡Oh, cuántos que están tramando la tela de su vida, ordenando y persiguiendo previsoramente sus mundanos designios, los sorprende la muerte y lo rompe todo! Al pálido resplandor de la última luz, se oscurecen y desaparecen todas las cosas de la tierra: aplausos, placeres, grandezas y galas.

¡Gran secreto de la muerte! Ella sabe mostrarnos lo que no ven los amantes del mundo. Las más envidiadas fortunas, las mayores dignidades, los magníficos triunfos, pierden todo su esplendor cuando se les contempla desde el lecho de muerte. La idea de cierta falsa felicidad que nos habíamos forjado se trueca entonces en desdén contra nuestra propia locura. La negra sombra de la muerte cubre y oscurece hasta las regias dignidades.

Ahora las pasiones nos presentan los bienes del mundo muy diferentes de lo que son. Mas la muerte los descubre y muestran como son en sí: humo, fango, vanidad y miseria.

¡Oh Dios! ¿De qué sirven después de la muerte las riquezas, dominios y reinos, cuando no hemos de tener más que un ataúd de madera y una mortaja que apenas baste para cubrir el cuerpo?

¿De qué sirven los honores, si sólo nos darán un fúnebre cortejo o pomposos funerales que, si el alma está perdida, de nada le aprovecharán?

¿De qué sirve la hermosura del cuerpo, si no quedan más que gusanos, podredumbre espantosa y luego un poco de infecto polvo?

Que nos sirva de escarmiento, cuando muere aquel rico, aquel gobernante, aquel capitán, y se habla de él en dondequiera; pero si ha vivido mal, vendrá a ser murmurado por el pueblo como ejemplo de la vanidad del mundo y de la divina justicia, y escarmiento de muchos. Y en la tumba confundido estará con otros cadáveres de pobres. Grandes y pequeños allí están.

¿Para qué le sirvió la gallardía de su cuerpo, si luego no es más que un montón de gusanos? ¿Para qué la autoridad que tuvo, si los restos mortales se pudrirán en el sepulcro, y si el alma está arrojada a las llamas del infierno? ¡Oh, qué desdicha ser para los demás objeto de estas reflexiones, y no haberlas uno hecho en beneficio propio!

Convenzámonos, por tanto, de que para poner remedio a los desórdenes de la conciencia no es tiempo hábil el tiempo de la muerte, sino el de la vida. Apresurémonos, pues, a poner por obra en seguida lo que entonces no podremos hacer. Todo pasa y se termina pronto. Procuremos que todo nos sirva para conquistar la vida eterna.

Bien sabíamos que pecando perderíamos la gracia de Dios, y quisimos perderla. ¿Qué debes hacer para recuperarla? Arrepiéntete de tus pecados de todo corazón, desea morir de dolor por haberlos cometido, y espera el perdón divino.

¡Qué gran locura es, por los breves y míseros deleites de esta cortísima vida, exponerse al peligro de una infeliz muerte y comenzar con ella una desdichada eternidad! ¡Oh, cuánto vale aquel supremo instante, aquel postrer suspiro, aquella última escena! Vale una eternidad de dicha o de tormento. Vale una vida siempre feliz o siempre desgraciada.

Consideremos que Jesucristo quiso morir con tanta amargura e ignominia para que nosotros tuviéramos

muerte venturosa. Con este fin nos dirige tan a menudo sus llamamientos, sus luces, sus reprensiones y amenazas, para que procuremos concluir la hora postrera en gracia y amistad de Dios.

Hasta un gentil, Antístenes, a quien preguntaban cuál era la mayor fortuna de este mundo, respondió que era una buena muerte. ¿Qué dirá, pues, un cristiano, a quien la luz de la fe enseña que en aquel trance se emprende uno de los dos caminos, el de un eterno padecer o el de un eterno gozar?

Si en una bolsa hubiese dos papeletas, una con el rótulo del “infierno,” otra con el de la “gloria,” y tuvieses que sacar por suerte una de ellas para ir sin remedio a donde designase, ¡qué tantísimo cuidado pondrías en acertar a escoger la que te llevase al Cielo! Los infelices que estuvieran condenados a jugarse la vida, ¡cómo temblarían al tirar los dados que fueran a decidir entre la vida o la muerte! ¡Con qué espanto te verás próximo a aquel punto solemne en que podrás a ti mismo decirte: “De este instante depende mi vida o muerte perdurables! ¡Ahora se va a resolver si seré siempre bienaventurado o infeliz para siempre!”

Refiere San Bernardino de Siena que cierto príncipe, estando a punto de morir, atemorizado, decía: “Yo, que tantas tierras y palacios poseo en este mundo, ¡no sé, si en esta noche muero, qué mansión iré a habitar!”

Si crees que has de morir, que hay una eternidad, que una sola vez se muere, y que, engañándote entonces, el yerro es irreparable para siempre y sin esperanza de remedio, ¿cómo no te decides, desde el instante que esto lees, a practicar cuanto puedas para asegurarte buena muerte?



Temblaba San Andrés Avelino, diciendo: “¿Quién sabe la suerte que me estará reservada en la otra vida, si me salvaré o me condenaré?” Temblaba San Luis Beltrán de tal manera, que en muchas noches no lograba conciliar el sueño, abrumado por el pensamiento que le decía: “¿Quién sabe si te condenarás?”

¿Y tú, que de tantos pecados eres culpable, no tienes temor? Sin tardanza, pon oportuno remedio; forma la resolución de entregarte a Dios completamente, y comienza, siquiera desde ahora, una vida que no te cause aflicción, sino consuelo, en la hora de la muerte. Dedicarte a la oración; frecuenta los Sacramentos; apártate de las ocasiones peligrosas, y aun abandona el mundo, si necesario fuere,

para asegurar tu salvación; entendiendo que, cuando de esto se trata, no hay jamás confianza que baste.

¡Cuánta gratitud le debemos a nuestro amado Salvador! ¿Y cómo ha podido prodigar tantas gracias a un traidor ingrato para con Él? Nos creó, y al crearnos veía ya cuántas ofensas le habíamos de hacer. Nos redimió, muriendo por nosotros, y ya entonces percibía toda la ingratitud con que habíamos de colmarle. Luego, en nuestra vida del mundo, muchos nos alejamos de Él, fuimos como muertos, como animales inmundos, y Jesús, con su gracia, nos ha vuelto a la vida. Estábamos ciegos, y ha dado luz a nuestros ojos. Le habíamos perdido, y Él hizo que le volviéramos a hallar. Éramos sus enemigos, y Él nos ha dado su amistad.

Certidumbre de la muerte: “Para los hombres está establecido que mueran una sola vez, y después el juicio.” (Hebreos). Escrita está la sentencia de muerte para todo el linaje humano: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste tomado: Porque polvo eres, y en polvo te convertirás.” (Génesis). El hombre ha de morir. Decía San Agustín: “La muerte sólo es segura; los demás bienes y males nuestros, inciertos son.” “Medita con frecuencia que la muerte ya existía antes que existieras, y que seguirá sobreviniendo a los hombres después que tú dejes esta vida, ya que es sentencia dada por Dios a todos los mortales como castigo al pecado.” (Eclesiástico).

No se puede saber si aquel niño que acaba de nacer será rico o pobre, si tendrá buena o mala salud, si morirá joven o viejo. Todo ello es incierto, pero es cosa indudable que ha de morir. Magnates y reyes serán también segados por la hoz de la muerte, a cuyo poder no hay fuerza que resista. Posible es resistir al fuego, al agua, al hierro, a la potestad de los príncipes, mas no a la muerte.

Refiere Vicente de Beauvais que un rey de Francia, viéndose en el término de su vida, exclamó: “Con todo mi poder no puedo conseguir que la muerte me espere una hora más.” Cuando ese trance llega, ni por un momento podemos demorarle.

Después del pecado de Adán y Eva, Dios decretó que, tanto ellos como toda la humanidad caída, quedaran privados de los privilegios del Paraíso Terrenal y sujetos a la muerte, hasta la implantación del Reino Mesianico. En mayo de 1970, la Santísima Virgen María dijo en El Palmar: “Hijos míos: Velad, está cercano el día del Juicio; pero antes usará de gran misericordia como buen Dios que es. No os digo ni el día ni la hora, pues no me está dado a Mí revelarlo, hasta que el Padre Celestial lo determine. Una vez que haya llegado el Señor, todo será distinto. Habrá paz, pues será borrado el pecado; por tanto, no habrá enfermedades, ni sufrimientos; y la muerte corruptiva será abolida, pues será un tránsito glorioso de una vida a la otra. Ya el Pueblo de Dios no volverá a tener tentación de pecado, pues Satán quedará sepultado en los infiernos por los

siglos de los siglos. Ahora bien, hijos míos, para alcanzar esta dicha, es necesario la oración y la penitencia; y es preciso la purificación del mundo por el fuego, que el Padre Celestial enviará para acabar con los perversos; pero los que se acojan bajo mi Manto serán preservados. Yo seré refugio seguro para cobijar a mis hijos.”

Durante los tres días que precederán a la Segunda Venida de Cristo, Dios castigará terriblemente a la humanidad. El Universo será purificado, y morirán todos los hombres malvados, aunque muchos, con el castigo, se arrepentirán y alcanzarán la salvación eterna, mientras que el Anticristo y sus huestes infernales arrastrarán al Infierno a los que mueran en la impenitencia final. Dios preservará de la muerte a la mayoría de sus elegidos; mas, una parte de estos morirá, para salvar, con el sacrificio de sus vidas, a muchos pecadores. Los que sobrevivan, serán confirmados en Gracia, y entrarán en el Reino Mesianico de paz absoluta en la Tierra renovada.

Pero mientras tanto, aunque vivas cuantos años desees, ha de llegar un día, y en ese día una hora, que será la última para ti. Tanto para mí, que esto escribo, como para ti, que lo lees, está decretado el día y punto en que ni yo podré escribir ni tú leer más. ¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte? Dada está la sentencia.



Pocas veces ha habido hombre tan necio que se haya forjado la ilusión de que viviría para siempre en la tierra, pues incluso los del Reino Mesianico estarán allí sólo de paso, porque sin conocer la muerte irán, tras una dulce dormición, al Cielo.

Lo que acaeció a tus antepasados te sucederá también a ti. De cuantas personas vivían en tu patria al comenzar el pasado siglo, ni una sola queda con vida. También los príncipes y monarcas dejaron este mundo. No queda más de ellos que el sepulcro de mármol y una inscripción pomposa, que hoy nos sirve de enseñanza, dejándonos claro que de los grandes del mundo sólo queda un poco de polvo detrás de aquellas losas.

Pregunta San Bernardo: “Dime, ¿dónde están los amadores del mundo?” Y responde: “Nada de ellos quedó, sino cenizas y gusanos.” Preciso es, por tanto, que procuremos, no la fortuna perecedera, sino la que no tiene fin, porque nuestras almas son inmortales. ¿De qué os servirá ser felices en la tierra (aunque no puede haber verdadera felicidad en un alma que vive alejada de Dios,) si después vais a ser desdichados eternamente? Ya os habéis preparado morada a vuestro gusto. Pensad que pronto tendréis que dejarla para consumiros en la tumba. Habéis alcanzado tal vez la dignidad que os eleva sobre los demás hombres. Pero llegará la muerte y os igualará con los más viles plebeyos del mundo.

¡Infeliz de ti, si durante tantos años sólo has pensado en ofender a Dios! Pasaron ya esos años; tal vez tu muerte está ya cerca, y no hallas en ti más que remordimiento y dolor. ¡Ah, si hubieras siempre servido al Señor! ¡Cuán loco fuiste si, en tantos años como has vivido, en vez de granjear méritos para la otra vida, te has colmado de deudas para con la divina justicia! Quizá no esté la muerte lejos de ti, y conviene prepararte para aquel momento decisivo de tu felicidad o de tu desdicha eterna. El Señor quiere que te emplees en amarle estos años o días que te resten: hazlo así. Si ahora, al menos, no mudas de vida, ¿cómo podrás en la muerte esperar perdón y alcanzar la gloria? Resuelve, pues, firmemente dedicarte de veras a servirle desde ahora. Encomiéndate a María, Madre, refugio y esperanza nuestra, y entrégale tu alma.

Es cierto que todos estamos condenados a muerte. Todos nacemos, dice San Cipriano, con la cuerda al cuello; y cuantos pasos damos, otros tantos nos acercamos a la muerte.

San Alfonso María desarrolla este pensamiento: Así como estás inscrito en el libro del bautismo, así algún día te inscribirán en el libro de los difuntos. Así como a veces mencionas a tus antepasados diciendo: “Mi padre, mi hermano, de feliz recuerdo, o que en paz descansa,” lo mismo dirán de ti tus descendientes. Tal y como tú has oído muchas veces que las campanas tocaban a muerto por otros, así los demás oirán que tocan por ti.

¿Qué dirías de un condenado a muerte que fuese al patíbulo burlándose, riéndose, mirando a todos lados, pensando en teatros, festines y diversiones? Y tú, ¿no caminas también hacia la muerte? ¿Y en qué piensas? Contempla en aquellas tumbas a tus parientes y amigos, cuya sentencia ya fue ejecutada.

¡Qué terror no siente el reo condenado cuando ve a sus compañeros pendientes del patíbulo y muertos ya! Mira a esos cadáveres; cada uno de ellos dice: “Ayer a mí, hoy a ti.” Lo mismo repiten todos los días los retratos de los que fueron tus parientes, los libros, las casas, los lechos, los vestidos que has heredado.

¡Qué extremada locura es no pensar en ajustar las cuentas del alma y no disponer los medios necesarios para alcanzar buena muerte, sabiendo que hemos de morir, que después de la muerte nos está reservada una eternidad de gozo o de tormento, y que de ese punto depende el ser para siempre dichosos o infelices!

Sentimos compasión por los que mueren de repente sin estar preparados para morir, y, con todo, no tratamos de prepararnos, a pesar de que lo mismo puede acaecernos. Tarde o temprano, apercebidos o de

improvisamente, pensemos o no en ello, hemos de morir; y a toda hora y en cada instante nos acercamos a nuestro patíbulo, o sea a la última enfermedad que nos ha de arrojar fuera de este mundo.

Gentes nuevas pueblan, en cada siglo, casas, plazas y ciudades. Los antecesores están en la tumba. Y así como se acabaron para ellos los días de la vida, así vendrá un tiempo en que ni tú, ni yo, ni persona alguna de los que vivimos ahora viviremos en este mundo. Todos estaremos en la eternidad, que será para nosotros, o perdurable día de gozo, o noche eterna de dolor. No hay término medio. Es cierto y de fe que, al fin, nos ha de tocar uno u otro destino.

¿Quién se atrevería a presentarse ante nuestro amado Redentor, si no le viera en la Cruz desgarrado, escarnecido y muerto por nosotros? Grande es nuestra ingratitud, pero aún es más grande su misericordia. Grandísimos nuestros pecados, mas todavía son mayores sus méritos. Merecimos el infierno apenas cometimos nuestro primer pecado mortal. Hemos vuelto luego a ofender a Dios mil y mil veces. Y Él, no sólo nos ha conservado la vida, sino que, con suma piedad y amor, nos ha ofrecido el perdón y la paz. ¿Cómo hemos de temer que nos arroje de su presencia ahora, si es que le amamos y no deseamos sino su gracia? Sí; amémosle a nuestro Señor de todo corazón, y nuestro único anhelo sea amarle. Adorémosle y tengamos dolor de haberle ofendido, no tanto por el infierno que merecimos, como por haberle despreciado a Él, nuestro Dios, que tanto nos ama.

La muerte es segura. ¿Cómo, pues, tantos cristianos, ¡oh Dios!, que lo saben, lo creen, y lo ven, pueden vivir tan olvidados de la muerte como si nunca tuviesen que morir? Si después de esta vida no hubiera ni gloria ni infierno, ¿se podría pensar en ello menos de lo que ahora se piensa? De ahí procede la mala vida que llevan.

Si quieres vivir bien, procura en el resto de tus días vivir con el pensamiento de la muerte. ¡Oh, cuán acertadamente juzga las cosas y dirige sus acciones quien juzga y se guía por la idea de que ha de morir!

El recuerdo de la muerte, dice San Lorenzo Justiniano, hace perder el afecto a todas las cosas terrenas. Todos los bienes del mundo se reducen a placeres sensuales, riquezas y honras, como explica el Apóstol San Juan. Mas el que considera que en breve se reducirá a polvo y será, bajo tierra, pasto de gusanos, todos esos bienes desprecia. Y en verdad, los Santos, pensando en la muerte, despreciaron los bienes terrenales. Por eso, San Carlos Borromeo tenía siempre en su mesa un cráneo humano para contemplarlo a menudo. El cardenal Baronio llevaba en el anillo, grabadas, estas dos palabras: “Memento mori.” ‘Acuérdate de que has de morir.’ El venerable Pedro Ancina, Obispo de Saluzo, había escrito en un cráneo: “Fui lo que eres: como soy serás.”

Un santo ermitaño a quien preguntaron en la hora de la muerte por qué mostraba tanta alegría, respondió: “Tan a menudo he tenido fijos los ojos en la muerte, que ahora, cuando se aproxima, no veo cosa nueva.”

¿Qué locura sería la de un viajero que tratase de ostentar grandezas y lujo no más que en los lugares por donde sólo pasa, y no pensara siquiera en que luego tendría que reducirse a vivir miserablemente en su propia casa durante toda su vida! ¿Y no es acaso un demente el que procura ser feliz en este mundo, donde ha de estar pocos días, y se expone a ser desgraciado en el otro, donde vivirá eternamente?

Quien tiene una cosa prestada, poco afecto suele poner en ella, porque sabe que en breve ha de restituirla. Los bienes de la tierra son prestados, y es gran necedad el amarlos, puesto que pronto los hemos de dejar.

La muerte de todo nos despoja. Y todas nuestras propiedades y riquezas acaban con el último suspiro, con el funeral, con el viaje al sepulcro. Pronto cederás a otros la casa que labraste, y la tumba será morada de tu cuerpo hasta el día del juicio, en el cual pasará al cielo o al infierno, donde ya el alma le habrá precedido.

Todo, pues, se ha de acabar para ti en la hora de la muerte. Nada te quedará, sino lo poco que hayas hecho por amor a Dios. ¿A qué aguardas? ¿A que la muerte venga y te halle tan mísero y cargado de culpas como estás ahora? Si en este instante murieses, examina si morirías con angustiosa inquietud y muy descontento de la vida pasada. No quieras morir así. Desde ahora mismo decídate a comenzar a salir del fango de la tibieza. Agradece a Dios el haberte dado tiempo para amarle y llorar tus faltas.



Incertidumbre de la hora de la muerte: “Estad apercibidos, porque a la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del Hombre.” Certísimo es que todos hemos de morir, mas no sabemos cuándo. Nada hay más cierto que la muerte, pero nada más incierto que la hora de la muerte. Determinados están el año, el mes, el día, la hora y el momento en que tendrás que dejar este mundo y entrar en la eternidad; pero nosotros lo ignoramos. Nuestro Señor Jesucristo, con el fin de que estemos siempre bien preparados, nos dice que la muerte vendrá como ladrón oculto y de noche. Otras veces nos exhorta a que estemos vigilantes, porque cuando menos lo pensemos vendrá Él mismo a juzgarnos.

Decía San Gregorio I que Dios nos encubre para nuestro bien la hora de la muerte, con objeto de que estemos siempre apercebidos a morir. Y puesto que la muerte en todo tiempo y en todo lugar puede llevarnos, es necesario, dice San Bernardo, que, si queremos bien morir y salvarnos, estemos esperándola en todo lugar y en todo tiempo.

San Alfonso María de Ligorio dice que nadie ignora que ha de morir; pero el mal está en que muchos miran la muerte tan a lo lejos, que la pierden de vista. Hasta los ancianos más decrepitos y las personas más enfermizas se forjan la ilusión de que todavía han de vivir tres o cuatro años más. Yo, al contrario, digo que debemos considerar cuántas muertes repentinas vemos todos los días. Unos mueren caminando, otros sentándose, otros durmiendo en su lecho. Y seguramente ninguno de éstos creía que iba a morir tan de improviso, en aquel día en que murió. Afirmo, además, que de cuantos en este año murieron en su cama, y no de repente, ninguno se figuraba que acabaría su vida dentro del año. Pocas muertes hay que no sean improvisas.

Así, pues, cuando el demonio os provoca a pecar con el pretexto de que mañana os confesaréis, decidle: ‘¿Qué sé yo si hoy será el último de mi vida? Si esa hora, si ese momento en que me apartase de Dios fuese el postrero para mí, y ya no hubiese tiempo de remediarlo, ¿qué sería de mí en la eternidad?’

¿A cuántos pobres pecadores, mientras se recreaban con envenenados manjares, los ha asaltado la muerte y enviado al infierno? Como los peces en el anzuelo, así serán tomados los hombres, y quizás en el momento en que el pecador está ofendiendo a Dios. Y si el demonio os dice que tal desgracia no os sucederá, respondedle vosotros: “Y si me sucediese, ¿qué será de mí por toda la eternidad?”

San Pedro advierte que el Señor “espera con mucha paciencia, por amor de los hombres, antes de venir como Supremo Juez, pues no quiere que ningún pecador perezca, sino que todos se conviertan a la penitencia y se salven.” Jesús, siendo inocente, quiso, como un reo, morir en una cruz y derramar toda su Sangre para lavar las culpas de los penitentes.

No quiere el Señor que nos perdamos, y por eso, con la amenaza del castigo, no cesa de advertirnos que mudemos de vida. Si no nos convertimos, vibrará su espada.

Mirad, como dice el Señor, a cuántos desdichados, que no quisieron enmendarse, los sorprendió de improviso la muerte, cuando menos la esperaban, cuando vivían en paz, gloriándose de que aún duraría su vida largos años. Nos dice también: “Si no hicieris penitencia, todos pereceréis de la misma manera.”

¿Por qué tantos avisos del castigo antes de enviarnoslo, sino porque quiere que nos corriamos y evitemos la mala muerte? Quien avisa que nos guardemos, no tiene intención de matarnos, dice San Agustín.

Preciso es, pues, preparar nuestras cuentas antes que llegue el día de rendirlas. Si en la noche de hoy debieras morir, y, por tanto, tuviera que quedar en ella sentenciada el juicio de tu vida eterna, ¿estarías bien preparado? ¿Qué no daríais, quizá, por obtener de Dios un año, un mes, siquiera un día más de tiempo?

Pues ¿por qué, ya que Dios te concede tiempo, no arreglas tu conciencia ahora? ¿Acaso no puede ser éste tu último día? “No difieras convertirte al Señor, ni lo dejes de un día para otro; porque vendrá de improviso su Ira, y en el día de la venganza acabará contigo.” (Eclesiástico.)

Para salvarte, hermano mío, debes abandonar el pecado. Y si algún día has de abandonarlo, ¿por qué no lo dejas ahora mismo? ¿Esperas, tal vez, a que se acerque la muerte? Pero ese instante no es, para los obstinados, tiempo de perdón, sino de venganza. “En el día de la venganza acabará contigo.”

Si alguien os debe una considerable suma, pronto tratáis de asegurar el pago, haciendo que el deudor firme un resguardo escrito; porque decís: ‘¿Quién sabe lo que puede suceder?’ ¿Por qué, pues, no usáis de tanta precaución tratándose del alma, que vale mucho más que el dinero? ¿Cómo no decís también: ‘¿Quién sabe lo que puede ocurrir?’ Si perdéis aquella suma, no lo perdéis todo; y aun cuando al perderla nada os quedase de vuestro patrimonio, aún os quedaría la esperanza de recuperarle otra vez. Mas si al morir perdéis el alma, entonces sí que verdaderamente lo habréis perdido todo, sin esperanza de remedio.

Con diligencia os preocupáis de dejar establecido quién recibirá vuestros bienes, por si sobreviniere una muerte imprevista, y contratáis un seguro de vida. Pero si esta repentina muerte os acaeciese no estando en gracia de Dios, ¿qué sería de vuestras almas en la eternidad?

Tu Redentor ha dado la vida por salvar tu alma, y tú quizás la habías entregado a la perdición muchas veces, confiando en su misericordia. De suerte que te has valido de su misma bondad para ofenderle, mereciendo el infierno. Quizás has competido a porfía con Él: Jesús, a fuerza de piedad; tú, a fuerza de pecados; Él, dándote tiempo de remediar el mal que hayas hecho; tú, valiéndote de ese tiempo para añadir ofensa sobre ofensa. Reconoce la gran ofensa que



le has hecho y la obligación que tienes de amarle. ¿Cómo dio Jesús tantas gracias a quien de tal modo le ofendió? Pide al Buen Pastor que acoja, pues, a esta ingrata ovejuela que vuelve a sus pies; que la reciba y la ponga en sus hombros para que no huya más. No quieras apartarte de Él, sino amarle y ser suyo. ¿Qué pena mayor pudiera afligirte que la de vivir sin su gracia, alejado de tu Dios y Señor, que te creó y murió por ti? Así como Jesús murió por ti, debieras tú morir por Él. Fue muerto por amor. Tú debieras morirte de dolor por haberle agraviado.

“Estad sobre aviso.” No dice el Señor que nos preparemos cuando llegue la muerte, sino que estemos ‘apercibidos,’ preparados ya. En el trance de morir, en medio de aquella tempestad y confusión, es casi imposible ordenar una conciencia enredada. Así nos lo muestra la razón. Y así nos lo advirtió Dios, diciendo que no vendrá entonces a perdonar, sino a vengar el desprecio que hubiéremos hecho de su gracia.

Justo castigo, dice San Agustín, será el que no pueda salvarse cuando quiera, quien cuando pudo no quiso.

Quizá diga alguno: ‘¿Quién sabe? Tal vez podrá ser que entonces me convierta y me salve.’ Pero ¿os arrojaríais a un pozo diciendo: ‘Quién sabe, podrá ser que me arroje aquí, y que, sin embargo, quede vivo y no muera’? ¡Oh Dios mío!, ¿qué es esto? ¡Cómo nos ciega el pecado y nos hace perder hasta la razón! Los hombres hablan como sabios cuando se trata del cuerpo; y como locos si del alma se trata.

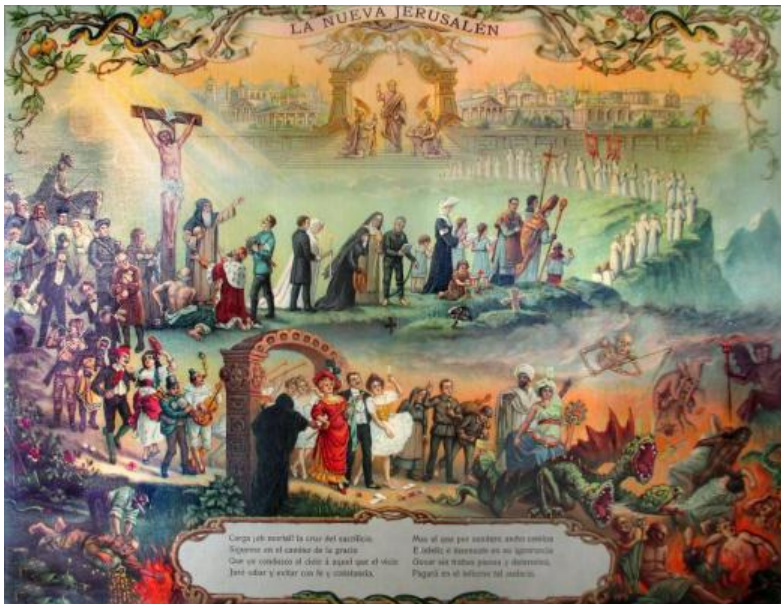
¿Quién sabe si este último punto que lees será el postrer aviso que Dios te envía? Preparémonos sin demora para la muerte, a fin de que no nos halle inadvertidos.

San Agustín dice que el Señor nos oculta la última hora de la vida con objeto de que todos los días estemos dispuestos a morir. Debemos procurar la salvación no sólo temiendo, sino temblando. San Pablo nos avisa: “trabajad con amor y temor en la obra de vuestra salvación.”

Refiere San Antonino que cierto rey de Sicilia, para manifestar a un privado el gran temor con que se sentaba en el trono, le hizo sentar a la mesa bajo una espada que pendía de un hilo sutilísimo sobre la cabeza, de suerte que el convidado, viéndose de tal modo, apenas pudo tomar un poco de alimento. Pues todos estamos en igual peligro, ya que en cualquier instante puede caer sobre nosotros la espada de la muerte, resolviendo el negocio de la eterna salvación.

Se trata de la eternidad. Si al llegar la muerte, nos halla en gracia, ¡qué alegría sentirá el alma, viendo que todo lo tiene seguro, que no puede ya perder a Dios, y que por siempre será feliz! Mas si la muerte sorprende al alma en pecado, ¡qué desesperación tendrá el pecador, al decir: caí en error, y mi engaño eternamente quedará sin remedio! Por ese temor decía San Juan de Ávila, apóstol de España, cuando se le anunció que iba a morir: “¡Oh, si tuviera un poco más de tiempo para prepararme a la muerte!” Por eso mismo, el abad Agatón, aunque murió después de haber hecho penitencia muchos años, decía: “¿Qué será de mí? ¿Quién sabe los juicios de Dios?”

También San Arsenio temblaba en la hora de su muerte; y como sus discípulos le preguntaran por qué temía tanto: “Hijos míos,” les respondió, “no es en mí nuevo ese temor; lo tuve siempre en toda mi vida.” Debe hacer temblar a cualquiera este pensamiento: ‘¿Qué haré cuando Dios se levante para juzgarme, y qué le responderé cuando me interrogue?’



¿Quién nos ha amado más que Dios? ¿Y quién lo ha despreciado y ofendido más que nosotros? La Santa Faz de Cristo ha de ser nuestra esperanza, para que el Eterno Padre no mire nuestros pecados, sino que mire la Santa Faz de Cristo Jesús; que mire a su Hijo muy amado, que muere por nosotros de dolor y le pide que nos perdone. Nos ha de doler más que todo mal, el haber injuriado a nuestro Creador. Nos creó para que le amásemos, y hemos vivido como si hubiésemos sido creados para ofenderle. No, no queramos que nos sirva la vida para ofenderle, sino para llorar las ofensas que le hicimos y para amarle mucho.

El Credo Palmariano enseña que está decretado a los hombres morir una sola vez,

y que la vida del hombre en este mundo termina con la muerte. La muerte sucede en dos fases: La primera es la muerte clínica, que es cuando el cuerpo accidental queda separado del alma y del cuerpo esencial. La segunda es la muerte real, que es cuando el cuerpo esencial queda separado del alma. En la mayoría de los casos, entre ambas muertes transcurren unos minutos. Con la muerte real termina, para el hombre, el tiempo de mérito o

demérito, y comienza la vida eterna o la muerte eterna. El Juicio Particular sucede entre la muerte clínica y la muerte real. En presencia de Cristo, Supremo Juez, el Juicio Particular de cada alma unida a su cuerpo esencial, se realiza en cuatro momentos distintos, según este orden: 1º, la predicación engañosa de Satanás, que es para seducir al alma, a fin de que se condene eternamente. 2º, la predicación de la Divina María, que es para dar la oportunidad de salvarse al que llegó a la muerte clínica en pecado mortal; y para anticipar el gozo celestial al que llegó a la muerte clínica en estado de Gracia. 3º, la aceptación o rechazo de la salvación por el que es juzgado. 4º, la sentencia de Cristo: Salvífica, para el que aceptó la salvación; condenatoria, para el que rechazó la salvación. Inmediatamente después de la sentencia, viene la muerte real al quedar separados el alma y el cuerpo esencial. Con la muerte real, el alma va a su destino eterno: Al Cielo, si se salva, y no tiene antes que purificarse en el Purgatorio. Al Infierno, si se condena. ¡Oh Juicio Particular, misteriosa y misericordiosa última oportunidad salvífica dada por Cristo en la hora de la muerte de cada ser humano!

No tengamos la loca presunción de dejar nuestra salvación para el momento de la muerte clínica, calculando que ya nos salvaremos en esa misteriosa y misericordiosa última oportunidad salvífica en la hora de la muerte.

Muerte del pecador: Rechazan los pecadores la memoria y el pensamiento de la muerte, y procuran hallar la paz (aunque jamás la obtienen) viviendo en pecado. Mas cuando se ven cerca de la eternidad y con las angustias de la muerte, no les es dado huir del tormento de la mala conciencia, ni hallar la paz que buscan, porque ¿cómo ha de hallarla un alma llena de culpas, que como víboras la muerden? ¿De qué paz podrán gozar pensando que en breve van a comparecer ante Cristo Juez, cuya ley y amistad han despreciado? ¡Qué turbación tendrán!

El anuncio de la muerte ya recibido, la idea de que ha de abandonar para siempre todas las cosas de este mundo, el remordimiento de la conciencia, el tiempo perdido, el tiempo que falta, el rigor del juicio de Dios, la infeliz eternidad que espera al pecador, todo esto forma tempestades horribles, que abruma y confunden el espíritu y aumentan la desconfianza. Y así, confuso y desesperado, pasará el moribundo a la otra vida.

Abrahán, confiando en la palabra divina, esperó en Dios contra toda humana esperanza, y adquirió por ello mérito insigne. Mas los pecadores, para desdicha suya, desmerecen y yerran cuando esperan, no sólo contra toda esperanza racional, sino también contra la fe, puesto que desprecian las amenazas que Dios dirige a los obstinados. Temen la mala muerte, pero no temen llevar una mala vida.

Y, además, ¿quién les asegura que no morirán de repente, como heridos por un rayo? Y aunque tengan en ese trance tiempo de convertirse, ¿quién les asegura que verdaderamente se convertirán?

Doce años tuvo que combatir San Agustín para vencer sus inclinaciones malas. Pues ¿cómo un moribundo que ha tenido casi siempre manchada la conciencia podrá fácilmente hacer una verdadera conversión, en medio de los dolores, de los mareos y de la confusión de la muerte?

Digo ‘verdadera’ conversión, porque no bastará entonces decir y prometer con los labios, sino que será preciso que las palabras y promesas salgan del corazón. ¡Oh Dios, qué confusión y espanto no serán los del pobre enfermo que haya descuidado su conciencia cuando se vea abrumado de culpas, del temor del juicio, del infierno y de la eternidad! ¡Cuán confuso y angustiado le pondrán tales pensamientos cuando se halle desmayado, sin luz en la mente y combatido por el dolor de la muerte ya próxima! Se confesará, prometerá, gemirá, pedirá a Dios perdón, mas sin saber lo que hace. Y, en medio de esa tormenta de agitación, remordimiento, afanes y temores, pasará a la otra vida.

Bien dice un autor que las súplicas, llanto y promesas del pecador moribundo son como los de quien estuviere asaltado por un enemigo que le hubiere puesto un puñal al pecho para arrebatarse la vida. ¡Desdichado del que sin estar en gracia de Dios pasa del lecho a la eternidad!

Las llagas de Jesús son nuestra esperanza. Tendríamos que desesperar del perdón de nuestras culpas y de alcanzar la eterna salvación si no tuviésemos a las llagas de Jesús como fuente de gracia y de misericordia, por donde Dios derramó toda su Sangre para lavar nuestras almas de tantos pecados como hemos cometido. Jesús amantísimo merece que los hombres todos le amen con todo su corazón. ¡Qué tormento sufriríamos en el infierno al ver la Sangre que Cristo derramó y los actos de misericordia que hizo por nosotros!

No una sola, sino muchas, serán las angustias del pobre pecador moribundo. Atormentado será por los demonios, porque estos horrendos enemigos despliegan en este trance toda su fuerza para perder el alma que está a punto de salir de esta vida. Conocen que les queda poco tiempo para arrebatarse, y que si entonces la pierden, jamás será suya.

No habrá allí uno solo, sino innumerables demonios, que rodearán al moribundo para perderle. Dirá uno: ‘Nada temas, que sanarás.’ Otro exclamará: ‘Tú, que en tantos años no has querido oír la voz de Dios, ¿esperas que ahora tenga piedad de ti?’ Preguntará otro: ‘¿Cómo podrás resarcir los daños que hiciste, devolver la fama que robaste?’ Otro, por último, le dirá: ‘¿No ves que tus confesiones fueron todas nulas, sin dolor, sin propósitos? ¿Cómo es posible que ahora las renueves?’

Por otra parte, se verá el moribundo rodeado de sus culpas. Estos pecados, como otros tantos verdugos, dice

San Bernardo, le tendrán asido, y le dirán: ‘Obra tuya somos, y no te dejaremos. Te acompañaremos a la otra vida, y contigo nos presentaremos al Eterno Juez.’

Quisiera entonces el que va a morir librarse de tales enemigos y convertirse a Dios de todo corazón. Pero el espíritu estará lleno de tinieblas y el corazón endurecido. “El hombre de corazón obstinado, lo pasará mal en el día del juicio; y, quien ama el peligro, perecerá en él.” (Eclesiástico).

Afirma San Bernardo que el pecador obstinado en el mal durante la vida se esforzará en salir del estado de condenación, pero no llegará a librarse de él; y oprimido por su propia maldad, en el mismo estado acabará la vida. Habiendo amado el pecado, amaba también el peligro de la condenación. Por eso permitirá justamente el Señor que perezca en ese peligro, con el cual quiso vivir hasta la muerte.

San Agustín dice que quien no abandona el pecado antes que el pecado le abandone a él, difícilmente podrá en la hora de la muerte detestarle como es debido, pues todo lo que haga entonces, lo hará a la fuerza.

¡Cuán infeliz es el pecador obstinado que resiste a la voz divina! El ingrato, en vez de rendirse y enternecerse por el llamamiento de Dios, se endurece más, como el yunque por los golpes del martillo. Y en justo castigo de ello, así seguirá en la hora de morir, a las puertas de la eternidad.

Mira tu alma, quizás llena de pecados: las pasiones te violentan, las malas costumbres te oprimen. Pide a tu amado Salvador que tenga piedad de ti, y te libre de tanto mal. Espera en el Sagrado Corazón de Jesús, para que no seas confundido eternamente, porque no permitirá que se pierda un alma que en Él confía.

Por amor a las criaturas, los pecadores volvieron la espalda al Señor. En la muerte recurrirán a Dios, y Dios les dirá: ‘¿Ahora recurrís a Mí? Pedid auxilio a las criaturas, ya que ellas han sido vuestros dioses.’ Esto dirá el Señor, pues aunque acudan a Él, no será con sentimientos de verdadera conversión. Decía San Jerónimo que él tenía por cierto, según la experiencia se lo manifestaba, que no alcanzaría buen fin el que hasta el fin hubiera tenido mala vida.

Dios no cesa de amenazar al pecador con el castigo de la mala muerte, como advierten las Sagradas Escrituras: “Con santo furor y fundada indignación, ejerceré mi justa venganza.” (Miqueas). “Mi justa venganza se derramará como agua, y mi justicia, cual torrente impetuoso.” (Amós). “El Señor ejercerá la venganza y se armará de furor contra sus enemigos.” (Nahún). “Bien sabemos que a Dios está reservada la venganza, y que Él es el que la ha de tomar cuando juzgue a los que obran iniquidad. Espantosa cosa es caer bajo la Justa Ira del Dios vivo.” (Hebreos).

Lo mismo dice en otros lugares; y, con todo, los pecadores viven tranquilos y seguros, como si Dios les hubiese prometido para la hora de la muerte el perdón y la gloria. Sabido es que, cualquiera que fuere la hora en que el pecador se convierta, Dios lo perdonará, como tiene ofrecido. Mas no ha dicho que en el trance de morir se convertirá el pecador. Antes bien, muchas veces ha repetido que quien vive en pecado, en pecado morirá; pues si el pecador busca a Dios sólo en la muerte, no le encontrará sino quizás por milagro.

Es necesario, por tanto, buscar a Dios cuando es posible hallarle, porque vendrá un tiempo en que no le podremos hallar. ¡Pobres pecadores! ¡Pobres ciegos que se contentan con la esperanza de convertirse a la hora de la muerte, cuando ya no podrán! Dice San Ambrosio: “Los impíos no aprendieron a obrar bien sino cuando ya no era tiempo.” Dios quiere salvarnos a todos; pero castiga a los obstinados.



Si a cualquier infeliz que estuviese en pecado le saltase un accidente repentino que le privara de sentido, ¡qué compasión no excitaría en cuantos le vieran a punto de morir sin recibir Sacramentos ni dar muestras de contrición! ¡Y qué júbilo tendrían todos luego si aquel hombre volviera en sí y pidiese la absolución de sus culpas e hiciese actos de arrepentimiento!

Mas ¿no es un loco el que, teniendo tiempo de hacer todo esto, sigue viviendo en pecado, o vuelve a pecar y se pone en riesgo de que le sorprenda la muerte cuando tal vez no pueda arrepentirse? Nos espanta el ver morir a alguien de repente, y con todo, muchos se exponen voluntariamente a morir así estando en pecado.

Los juicios del Señor son como pesos en la balanza: “Has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto de buenas obras.” (Daniel). Nosotros no llevamos cuenta de las gracias que Dios nos da; pero Él las cuenta y mide, y cuando las ve despreciadas en los límites que fija su justicia, abandona al pecador a sus pecados, y así le deja morir.

¡Desdichado del que difiere la conversión hasta el día postrero! “La penitencia que se pide a un enfermo, es también enferma,” dice San Agustín. Y San Vicente Ferrer afirmaba que la salvación de uno de esos pecadores que vivan en pecado hasta que les llegue la muerte, sería mayor milagro que la resurrección de un muerto.

¿Qué arrepentimiento se puede esperar en la muerte del que hubiera vivido amando el pecado, hasta aquel

instante? Refiere San Belarmino que, asistiendo a un moribundo y habiéndole exhortado a que hiciera un acto de contrición, le respondió el enfermo que no sabía lo que era contrición. Procuró San Roberto Belarmino explicárselo, pero el enfermo dijo: “Padre, no lo entiendo, ni estoy ahora capaz de esas cosas.” Y así falleció, “dando visibles señales de su condenación”, como San Roberto Belarmino dejó escrito. Justo castigo del pecador, dice San Agustín, será que al morir se olvide de sí mismo el que en la vida se olvidó de Dios.

“No queráis engañaros unos a otros, pues de Dios nadie se burla. Porque, aquello que sembrare el hombre, eso también recogerá; y así, el que siembra ahora para fomentar los apetitos de la carne, recogerá después el fruto de la muerte eterna.” (Gálatas.) Sería burlarse de Dios el vivir despreciando sus leyes y alcanzar después eterna recompensa y gloria. Pero, de Dios nadie se burla.

Lo que en esta vida se siembra, en la otra se recoge. El que siembra acá placeres carnales prohibidos, no recogerá luego más que corrupción, miseria y muerte perdurables.

Piensa que lo que para otros se dice, también se dice para ti; si te vieras a punto de morir, desahuciado de los médicos, privado del uso de los sentidos y agonizando ya, ¿cuánto no rogarías a Dios que te concediese un mes, una semana más de vida para arreglar la cuenta de tu conciencia? Pues Dios te concede ahora ese tiempo, dale mil gracias, remedia pronto el mal que has hecho y acude a todos los medios necesarios para estar en gracia cuando la muerte llegue, porque entonces ya no habrá tiempo de remediarlo.

¿Quién, sino Dios, pudiera haber tenido toda la paciencia que para contigo ha usado? Si no fuese infinita su bondad, habría que desconfiar de alcanzar perdón. Pero Dios murió para perdonarte y salvarte; en Él has de esperar. Si tus pecados te espantan y condenan, los merecimientos y promesas del Señor te infunden valor. Prometió la vida de la gracia a quien vuelva a sus brazos. “Convertíos, y haced penitencia de todas vuestras maldades. Pues, Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.” (Ezequiel). Prometió abrazar al que a Él acudiere. “Convertíos a Mí, y Yo me volveré a vosotros.” (Zacarías).

El que llegó a la muerte clínica en pecado mortal, recibe la predicación engañosa de Satanás que es para seducir al alma, a fin de que se condene eternamente. Luego recibe la predicación de la Divina María, que es para adoctrinarle, convertirle, y así darle la posibilidad de salvarse. Merced a la predicación de la Divina María, nadie se salva o se condena sin haber conocido la auténtica Fe, ya que fuera de la verdadera Iglesia no hay salvación posible. A continuación, el que es juzgado tiene que decidir su destino eterno, pues, si acepta la predicación de la Divina María rechazando a Satanás, se le perdonarán los pecados mortales y veniales, recibirá la Gracia Santificante, será confirmado en gracia y se salvará. Mas, si acepta la predicación de Satanás rechazando a la Divina María, será confirmado en la desgracia y se condenará. Una vez que el alma juzgada autodetermina su destino eterno, Cristo, como Supremo Juez, da la sentencia: Es salvífica, si el alma aceptó la predicación de la Divina María, rechazando a Satanás. Pero será condenatoria, si el alma aceptó la predicación de Satanás, rechazando a la Divina María. Inmediatamente después de la sentencia, viene la muerte real al quedar separados el alma y el cuerpo esencial.

Sentimientos de un moribundo no acostumbrado a considerar la meditación de la muerte: Imagina que estás junto a un enfermo a quien quedan pocas horas de vida. ¡Pobre enfermo! Mirad cómo le oprimen y angustian los dolores, desmayos, sofocaciones y falta de respiración, sudor glacial y el desvanecimiento, hasta el punto de que apenas siente, ni entiende, ni habla.

Y su mayor desdicha consiste en que, estando ya próximo a la muerte, en vez de pensar en su alma y aperebir la cuenta para la eternidad, sólo trata de médicos y remedios que le libren de la dolencia que le va matando. “No son capaces de pensar más que en sí mismos,” dice San Lorenzo Justiniano al hablar de tales moribundos. Pero ¿a lo menos, los parientes y amigos le manifestarán el peligroso estado en que se halla? No; no hay entre todos ellos quien se atreva a darle la nueva de la muerte y advertirle que debe recibir los santos Sacramentos. ¡Todos rehúyen el decírselo para no molestarle! (Los religiosos deben dar mil gracias a Dios que en la hora de la muerte hace que les asistan sus queridos hermanos de la Orden, los cuales, sin otro interés que el de su salvación, le ayudan todos a bien morir.)

Entre tanto, y aunque no se le haya dado anuncio de la muerte, el pobre enfermo, al ver la confusión de la familia, las discusiones de los médicos, los varios, frecuentes y heroicos remedios a los que acuden, se llena de angustia y de terror, entre continuos asaltos de temores, desconfianza y remordimientos, y duda si habrá llegado el fin de sus días. ¿Qué no sentirá cuando, al cabo, reciba la noticia de que va a morir?; cuando le digan: ‘Arregla las cosas de tu casa, porque morirás y no vivirás.’

¡Qué pena tendrá al saber que su enfermedad es mortal, que es preciso que reciba los Sacramentos, se una con Dios, y vaya despidiéndose del mundo! ¡Despedirse del mundo! Pues ¿cómo? ¿Ha de despedirse de todo: de la casa, de la ciudad, de los parientes, amigos, conversaciones, juegos, placeres? Sí, de todo. Diríase que ante el notario, ya presente, se escribe esa despedida con la fórmula: ‘Dejo’ a tal persona; ‘dejo’. Y consigo ¿qué llevará? Sólo una pobre mortaja, que poco a poco se pudrirá con el muerto en la sepultura.

¡Oh, qué turbación y tristeza traerán al moribundo las lágrimas de la familia, el silencio de los amigos, que, mudos cerca de él, ni aun aliento tienen para hablar!

Mayor angustia le darán los remordimientos de la conciencia, vivísimos entonces por lo desordenado de la vida, después de tantos llamamientos y divinas luces, después de tantos avisos dados por los padres espirituales, y de tantos propósitos hechos, mas no cumplidos o presto olvidados.

‘¡Pobre de mí,’ dirá el moribundo, ‘que tantas luces recibí de Dios, tanto tiempo para arreglar mi conciencia, y no lo hice! ¡Y ahora me veo en el trance de la muerte! ¿Qué me hubiera costado huir de aquella ocasión, apartarme de aquella amistad, confesarme todas las semanas? Y aunque mucho me hubiese costado, ¿no hubiera debido hacerlo todo para salvar mi alma, que importa más que todo? ¡Oh, si hubiera puesto por obra aquella buena resolución que formé, si hubiera seguido como empecé entonces, qué contento estaría ahora! Mas no lo hice, y ya no es tiempo de hacerlo.’

Los sentimientos de esos moribundos que en vida olvidaron su conciencia se asemejan a los del condenado que, en el infierno, sin fruto ni remedio, lamenta sus pecados como causa de su castigo.

Quizás estos son los sentimientos y angustias que tendrías si en este instante te anunciaran que tu muerte es próxima. Decídate a mudar de vida, renunciando a todos los placeres mundanos para sólo amar y servir a Dios. Y puesto que el Señor te ha dado grandes muestras de su amor, resuelve ofrecerle antes de tu muerte algunas muestras de tu amor. Acepta desde ahora todas las enfermedades y cruces que Dios te envíe, todos los contratiempos y desprecios que de los hombres recibas, y pide fuerzas para sufrirlo todo en paz, por amor a Dios.

Es oportuno recordar aquí lo que Nos, dijimos en nuestra Decimotercera Carta Apostólica, cuando hablamos del aplazamiento de la conversión: ¡Cuántos pecadores están cegados respecto al estado de su alma, y esperan hacer aquello que no les será dado realizar cuando ellos quieran! Una persona que ha pasado su vida rechazando las gracias y oportunidades que Dios le ha ido dando durante años, y sigue endurecida en sus malas costumbres, ¿qué hará en el momento de la muerte, cuando las embestidas del demonio son más fuertes que nunca? ¿Hará entonces un acto de amor perfecto a Dios? Sólo lo hará si es por un milagro de la gracia. Y si piensa hacerlo en aquel momento, ¿por qué no lo hace ahora? O ¿es que quiere burlarse de la Divina Justicia, y ofender a Dios descaradamente, con la vana esperanza de que Dios tendrá que perdonarle en el momento de la muerte? Eso se llama presunción, y es un pecado contra el Espíritu Santo, al igual que la desesperación, la obstinación en el pecado, o la impenitencia deliberada. Cuanto más tiempo uno permanece en el pecado, tanto más difícil es salir de él. El corazón se endurece, y se hace insensible a su perdición. Dios sigue dando gracias al pecador para que se salve, si corresponde a las mismas; pero tiene que haber sincera y humilde contrición y cambio de vida. Dios infinitamente misericordioso siempre está dispuesto a perdonar, si hay verdadero arrepentimiento y enmienda. Pero si el pecador sigue despreciando las gracias que Dios le ofrece, los mejores propósitos serán ineficaces.

Hubo pecadores que vivieron en el pecado y en los placeres, que se habían prometido constantemente tener una buena muerte y reparar todo el mal cometido durante su vida. No dejaron sus malos hábitos; se sentían sin fuerzas suficientes. Sin embargo, el tiempo de la muerte llega; es preciso dar comienzo a lo que nunca se quiso hacer, si no se quiere morir en tal estado. Si quiere convertirse, tendrá que dejar el pecado antes de la muerte real; sería preciso hacer ahora lo que debía haber hecho estando sano. Tendrá que desechar el pecado, que echó ya en su corazón raíces tan profundas, que superan a toda fuerza que intente arrancarlas, como no sea una gracia extraordinaria. Sí, se necesita un auténtico milagro para que uno que ha vivido durante años haciéndolo todo para complacer su amor propio, sin haber hecho casi nada para agradar a Dios, ahora muera haciendo un acto perfecto de amor a Dios. Pero ese pecador que ha despreciado todas las gracias que Dios en vida le concedió, está tan endurecido en sus pecados que ahora también le vuelve a Dios la espalda para no verle y se tapa los oídos para no exponerse al amor divino. Si no ha hecho devotas oraciones, ni buenas Confesiones, ni buenas Comuniones, y ha vivido en pecado despreciando el tiempo y las gracias que Dios le concedía, ¿cómo va a cambiar y arrepentirse sinceramente con un acto de contrición perfecta? El alma tan cubierta de crímenes,



prefiere ir a arder en los abismos, antes que subir al Cielo, en presencia de un Dios tan puro y de Infinita Santidad. Santa Catalina de Génova dice que la divina presencia es tan inimaginablemente pura y llena de luz, que un alma que se encuentre con la menor imperfección preferiría tirarse a mil infiernos antes que aparecer así en la presencia de Dios, y acepta ir al Purgatorio de buena gana y con agradecimiento, consciente de que el sufrimiento importa poco comparado con el impedimento del pecado. Mas el alma que está manchada, desfigurada y corrompida por el pecado mortal, se precipita al infierno ella misma como si fuera para esconderse de Dios. ¡Qué milagro de gracia se necesita para que esa alma no se deje llevar por la desesperación,

sino que se humille profundamente para pedir perdón a Dios y convertirse!

¡Oh, cómo en el trance de la muerte brillan y resplandecen las verdades de la fe para mayor tormento del moribundo que haya vivido mal; sobre todo si ha sido persona consagrada a Dios y ha tenido, por tanto, más facilidad y tiempo de servirle, más inspiraciones y mejores ejemplos!

¡Oh Dios, qué dolor sentirá al pensar y decirse: he amonestado a los demás y he obrado peor que ellos; dejé el mundo, y he vivido luego aficionado a la vanidad y amor del mundo! ¡Qué remordimiento tendrá al considerar que con las gracias que Dios le dio, no ya un cristiano, sino un gentil se hubiera santificado! ¡Cuán grande no será su pena recordando que ha menospreciado las prácticas piadosas, como si fueran fruto de la flaqueza de espíritu, y alabado ciertas mundanas máximas, frutos de la estimación y amor propios, como el de no humillarse, ni mortificarse, ni rehuir los esparcimientos que se ofrecían! ¡Cómo será la muerte de tantos y tantos apóstatas!

¿Cuál será el deseo de los pecadores en la hora de la muerte? ¡Cuánto desearíamos en la muerte el tiempo que ahora perdemos! Refiere San Gregorio I en sus 'Diálogos' que había un tal Crisantio, hombre rico, de malas costumbres, el cual, en la hora de la muerte, dirigiéndose a los demonios que visiblemente se le presentaban para llevarle consigo, exclamaba: "¡Dadme tiempo, dadme tiempo hasta mañana!" Y ellos le respondían: "¡Insensato!, ¿ahora pides tiempo? ¿No lo tuviste y perdiste, y lo empleaste en pecar? ¿Y lo pides ahora, cuando ya no lo hay para ti?" El desdichado seguía pidiendo a voces socorro y auxilio. Se hallaba allí cerca de él un monje, hijo suyo, llamado Máximo, y el moribundo decía: "¡Ayúdame, hijo mío; Máximo, ampárame!" Y entre tanto, con el rostro como de llamas, se revolvía furioso en el lecho, hasta que, así agitándose y gritando desesperado, expiró miserablemente.

Ved cómo esos insensatos aman su locura mientras viven; pero en la muerte abren los ojos y reconocen su pasada demencia. Mas sólo les sirve eso para acrecentar su desconfianza de poner remedio al daño. Y muriendo así, dejan gran incertidumbre sobre su salvación.

Creo que al leer este punto te dirás a ti mismo que esto es gran verdad. Pues si así es, harto mayor sería tu locura si, conociendo estas verdades, no te enmendases a tiempo. Esto mismo que acabas de leer sería para ti en la hora de la muerte como un nuevo cuchillo de dolor.

Ánimo, pues; ya que estáis a tiempo de evitar muerte tan espantosa, acudid pronto al remedio, sin esperar como ocasión oportuna la que no ofrece ninguna esperanza. No dejéis la conversión para otro mes ni otra semana.

¿Quién sabe si esta luz que Dios por su misericordia os concede, será la luz postrera, el último llamamiento que os da? Necedad es no querer pensar en la muerte, que es segura, y de la cual depende la eternidad. Pero aún mayor necedad es pensar en la muerte, y no prepararse para bien morir. Haced ahora las reflexiones y resoluciones que haríais si estuviésteis en ese trance. Lo que ahora hicieréis lo haréis con fruto, y en aquella hora será quizás en vano. Ahora, con esperanza de salvaros; entonces, con desconfianza de alcanzar salvación.

Al despedirse de Carlos V un personaje que abandonaba el mundo para dedicarse a servir a Dios, le preguntó el emperador por qué causa dejaba la corte. Y aquél respondió: "Es necesario para salvarse, que entre la vida desordenada y la hora de la muerte haya un espacio de penitencia."

No quieras abusar más de la divina misericordia. Da gracias a Dios por las luces con que te ilumina ahora, y promete mudar de vida, porque Dios no soporta la ingratitud. ¿Habrás de esperar acaso a que te envíe al infierno, o te abandone a una vida relajada, castigo mayor que la muerte misma? El Señor dijo a Ezequiel: "¿Acaso quiero Yo la muerte del impío, y no que se convierta y viva?" Y también: "Si el que, siendo impío, luego hiciere penitencia de todos los pecados que ha cometido, y guardare todos mis mandamientos, tendrá vida verdadera y no morirá." Ya que tu amado Redentor te eligió para otorgarte su amor, elige tú al Soberano Bien, para amarle sobre todos los bienes. Cargado con la cruz, Jesucristo te precedió; síguele con la cruz que le plazca enviarte, abrazando los trabajos y mortificaciones que te dé.

Para el moribundo que haya vivido sin acordarse del bien de su alma, espinas serán todas las cosas que se le vayan presentando. Espinas la memoria de los pasados deleites, de los triunfos y vanidades mundanos. Espinas la presencia de los amigos que le visiten y las cosas que al verlos recuerde. Espinas los padres espirituales que le asistan, y los Sacramentos que debe recibir: Confesión, Comunión y Extremaunción; hasta el crucifijo que le presenten será como espina de remordimiento, porque el pobre moribundo leerá en la santa imagen cuán mal ha correspondido al amor de un Dios que murió por salvarle.

"¡Grande fue mi locura!", se dirá el enfermo. "Pudiera haberme santificado con las luces y medios que el Señor me dio; pudiera haber tenido vida dichosísima en gracia de Dios, y ahora, ¿qué me resta después de tantos años perdidos, sino desconfianza y angustia y remordimientos de conciencia, y cuentas terribles que dar a Dios? ¡Difícil es la salvación de mi alma!"

¿Y cuándo hará tales reflexiones? Cuando se va a extinguir



la vida y a finalizar la escena de este mundo, cuando se halle ante las dos eternidades de gloria o desdicha, y esté a punto de exhalar el último suspiro, del que dependen la bienaventuranza o desesperación perdurables, eternas, que nunca tendrán fin.

¡Cuánto daría entonces por disponer de otro año, de otro mes, siquiera de una semana de tiempo, en sano juicio, porque en aquel estado de enfermedad, aturdida la mente, oprimido el pecho, alterado el corazón, nada puede hacer, nada meditar, ni conseguir que el abatido espíritu lleve a cabo un acto meritorio! Se halla como hundido en una profunda sima de confusión, donde nada percibe sino la inmensa ruina que le amenaza y la incapacidad de ponerle remedio.

Pedirá tiempo. Pero se le dirá: ‘Ya llegó el momento de partir; en seguida prepara tus cuentas como mejor puedas en este breve espacio, y parte sin demora. ¿No sabes que la muerte a nadie aguarda ni respeta?’

¡Oh, con qué terror se dirá el enfermo: “Esta mañana vivo aún; a la tarde quizá esté muerto! Hoy me hallo en mi aposento acostumbrado; mañana estaré en la sepultura; y mi alma, ¿dónde estará?”

¡Qué espanto cuando empiece la agonía; cuando surja el yerto sudor de la muerte; cuando oiga disponer que la familia salga de la estancia mortuoria y no vuelva a entrar; cuando comience a turbársele la vista, y, por último, cuando enciendan la luz que ha de brillar en el postrer instante de la vida! ¡Oh luz bendita, cuántas verdades descubrirás entonces! ¡Por ti, cuán diferentes de como ahora se nos muestran, veremos las cosas del mundo! ¡Cómo dejarás claro que todas ellas son vanidad, locura y mentira! Mas ¿de qué servirá entender esas verdades, cuando ya no hay tiempo de aprovecharse de esa enseñanza?

El Señor no quiere tu muerte a la gracia, sino que te conviertas y vivas. Profunda gratitud debe inspirarte su paciencia en esperarte hasta ahora y las gracias que te ha otorgado, aunque hayas cometido el error de posponer su amistad a los viles y míseros bienes por los cuales le has menospreciado. Aprovecha el tiempo de vida que te resta, a fin de que puedas conocer y practicar lo que debes hacer para la enmienda de tu vida. ¿Qué provecho tendrías si comprendieses tales verdades cuando no fuera ya tiempo oportuno de acudir al remedio?

Muerte del justo: Es preciosa en la presencia de Dios la muerte de sus Santos. Mirada la muerte a la luz de este mundo, nos espanta e inspira temor; pero con la luz de la fe es deseable y consoladora. Horrible parece a los pecadores; mas a los justos se muestra preciosa y amable. “Preciosa,” dice San Bernardo, “como fin de los trabajos, corona de la victoria, puerta de la vida.” Y en verdad, la muerte es término de penas y trabajos. El hombre vive corto tiempo y está colmado de muchas miserias.

Así es nuestra vida, tan breve como llena de miserias, enfermedades, temores y pasiones. “Los mundanos, deseosos de larga vida,” dice Séneca, “¿qué otra cosa buscan sino más prolongado tormento?” “Seguir viviendo,” exclama San Agustín, “es seguir padeciendo.” Porque, como dice San Ambrosio, “la vida presente no nos ha sido dada para reposar, sino para trabajar, y con los trabajos merecer la vida eterna;” por lo cual, con razón afirma Tertuliano que, cuando Dios abrevia la vida de alguno, acorta su tormento. De suerte que, aunque la muerte fue impuesta al hombre por castigo del pecado, son tantas y tales las miserias de esta vida, que, como dice San Ambrosio, morir más parece alivio que castigo.

Dios llama bienaventurados a los que mueren en gracia, porque se les acaban los trabajos y comienzan a descansar. “¡Bienaventurados los que renuncian a las cosas del mundo y mueren en el Señor!” De ellos dice Cristo: ‘Que descansen eternamente de sus trabajos, puesto que sus buenas obras los van acompañando.’” (Apocalipsis).

Los tormentos que afligen a los pecadores en la hora de la muerte no afligen a los Santos. “Las almas, empero, de los justos están en la mano de Dios; y no les llegará el tormento de la muerte eterna.” (Sabiduría).

No temen los Santos aquel mandato de salir de esta vida que tanto amedrenta a los mundanos, ni se afligen por dejar los bienes terrenos, porque jamás tuvieron el corazón pegado a ellos. “Dios de mi corazón,” repitieron siempre; “Dios mío por toda la eternidad.”



Escribía el Apóstol a sus discípulos, despojados de sus bienes por confesar a Cristo: “Llevasteis con alegría el despojo de vuestros bienes considerando que teníais un patrimonio más excelente en el Cielo.” (Hebreos).

No se afligen los Santos al dejar las honras mundanas, porque antes las aborrecieron ellos y las tuvieron, como son, por humo y vanidad, y sólo estimaron la honra de amar a Dios y ser amados de Él. No se afligen al dejar a sus padres, porque sólo en Dios los amaron, y al morir los dejan encomendados a aquel Padre celestial que los ama más que ellos; y esperando salvarse, creen que mejor los podrán ayudar desde el Cielo que en este mundo. En suma: todos los que han dicho siempre en la vida “Dios mío y mi todo,” con mayor consuelo

y ternura lo repetirán al morir.

Quien muere amando a Dios no se inquieta por los dolores que consigo lleva la muerte; antes bien se complace en ellos, considerando que ya se le acaba la vida y el tiempo de padecer por Dios y de darle nuevas pruebas de amor; así, con afecto y paz, le ofrece los últimos restos del plazo de su vida y se consuela uniendo el sacrificio de su muerte con el que Jesucristo ofreció por nosotros en la Cruz a su Eterno Padre. De este modo muere dichosamente, diciendo: “Dios mío, deseo dormir en paz descansando en tus promesas” (Salmo). ¡Oh, qué hermosa paz, morir entregándose y descansando en brazos de Cristo, que nos amó hasta la muerte, y que quiso morir con amargos tormentos para alcanzarnos muerte consoladora y dulce!

Nuestro amado Jesús, para darte muerte feliz, quiso sufrir muerte crudelísima en el Calvario. La primera vez que comparezcas en su presencia será cuando te juzgue en el momento de expirar. ¿Qué le dirás entonces? Y Él, ¿qué te dirá? No quieras esperar a que llegue tal instante para pensar en ello; medítalo ahora. Quizás le dirás: “Señor: Vos, amado Redentor mío, sois el que murió por mí. Tiempo hubo en que os ofendí y fui ingratisimo para con Vos e indigno de perdón. Mas luego, ayudado por vuestra gracia, procuré enmendarme, y en el resto de mi vida lloré mis pecados, y Vos me perdonasteis. Perdonadme de nuevo ahora que estoy a vuestros pies, y otorgadme Vos mismo absolución general de mis culpas. No merecía volver a amaros por haber despreciado vuestro amor. Veo que la gloria, el contemplaros en vuestro reino, es altísimo bien del que no soy digno; mas espero que no viviré alejado de Vos, sino que veré pronto vuestra excelsa hermosura. Os busco en el Cielo, no para más gozar, sino para mejor amaros. Ni quiero tampoco entrar en esa patria de santidad y verme entre aquellas almas purísimas, manchado como estoy ahora por mis culpas. Haced que antes me purifique, pero no me apartéis para siempre de vuestra presencia. Bástame que algún día, cuando lo disponga vuestra santa voluntad, me llaméis a la gloria para que allí cante eternamente vuestras alabanzas. Entre tanto, amado Jesús mío, dadme vuestra bendición y decidme que soy vuestro, que seréis siempre mío, que os amaré y me amaréis perdurablemente. Ahora, Señor, voy lejos de Vos, a las llamas purificadoras; pero voy gozoso, porque allí he de amaros, Redentor mío, mi Dios y mi todo. Gozoso voy; mas sabed que en ese tiempo en que he de estar lejos de Vos, esa separación temporal será mi mayor pena. Contaré, Señor, los instantes hasta que me llaméis. Tened compasión de un alma que os ama con todas sus fuerzas y que suspira por veros para más amaros.” Esperamos que podrás hablarle al menos así.

Pero mejor todavía sería evitar el Purgatorio, como escribe Santa Teresita: “Desde aquel día feliz (del ofrecimiento como víctima del Amor Divino), me parece que el amor me penetra y me cerca, me parece que ese amor misericordioso me renueva a cada instante, purifica mi alma y no deja en ella el menor rastro de pecado. Por eso, no puedo temer el purgatorio. Sé que por mí misma ni siquiera merecería entrar en ese lugar de expiación, al que sólo pueden tener acceso las almas santas. Pero sé también que el fuego del amor tiene mayor fuerza santificadora que el del purgatorio. Sé que Jesús no puede desear para nosotros sufrimientos inútiles, y que no me inspiraría estos deseos que siento si no quisiera hacerlos realidad. ¡Qué dulce es el camino del amor! ¡Cómo deseo dedicarme con la mayor entrega a hacer siempre la voluntad de Dios!” Basaba su esperanza relativa al Purgatorio sobre el abandono y el amor, sin olvidar su tan amada humildad, virtud característica de la infancia. El niño ama a sus padres, y no tiene otra pretensión que la de abandonarse totalmente en ellos, pues se siente débil e impotente. No veía abrirse la puerta del Purgatorio para los que son humildes y se abandonan en Dios con amor; antes bien, pensaba que el Padre de los Cielos, respondiendo a su confianza con una gracia de luz a la hora de la muerte, haría nacer en sus almas, a la vista de su miseria, un sentimiento de contrición perfecta que borrara toda deuda. “¿Cómo, pues, se va a dejar vencer Él en generosidad? ¿Cómo va a purificar en las llamas del purgatorio a unas almas que viven consumidas por el fuego del amor divino?... Me parece que todos los misioneros son mártires de deseo y de voluntad, y que, por consiguiente, ni uno solo debería ir al purgatorio. Si en el momento de comparecer ante Dios aún queda en sus almas alguna huella de la debilidad humana, la Santísima Virgen les obtendrá la gracia de hacer un acto de amor perfecto y después les entregará la palma y la corona que tan bien han merecido... No sé si iré al purgatorio, y no me preocupa en absoluto; pero si voy, no lamentaré no haber hecho nada por evitarlo. Nunca me arrepentiré de haber trabajado únicamente por salvar almas. ¡Cuánto me alegra saber que Nuestra Madre Santa Teresa pensaba lo mismo!... Para las víctimas del amor, me parece que no habrá juicio; antes me inclino a creer que Dios se apresurará a recompensar con delicias eternas su propio amor, que verá arder en sus corazones... Para ser verdaderamente víctima de amor, es preciso entregarse totalmente. En tanto uno se abrasa de amor, en cuanto se entrega al



amor.” “Para poder un día contemplarte en tu gloria, antes hay que pasar por el fuego, lo sé. En cuanto a mí me toca, por purgatorio escojo tu amor consumidor, Corazón de mi Dios. Mi desterrada alma, al dejar esta vida, quisiera hacer un acto de purísimo amor, y luego, dirigiendo su vuelo hacia la patria, ¡entrar ya para siempre en tu Corazón!” Si nuestro único deseo es morir de amor, qué felices

estaremos cuando llegue la muerte. Eso es lo que tenemos que aprender de Santa Teresita, el querer morir santamente.

“Dios Padre enjuga sus lágrimas con la eterna consolación.” (Apocalipsis). En la hora de la muerte enjugará Dios de los ojos de sus siervos las lágrimas que hubieren derramado en esta vida, en medio de los trabajos, temores, peligros y combates contra el infierno. Y lo que más consolará a un alma amante de su Dios cuando sepa que llega la muerte será el pensar que pronto ha de estar libre de tanto peligro de ofender a Dios como hay en el mundo, de tanta tribulación espiritual y de tantas tentaciones del enemigo.

La vida temporal es una guerra continua contra el infierno, en la cual siempre estamos en riesgo grandísimo de perder a Dios y a nuestra alma. Dice San Ambrosio que, en este mundo, caminamos constantemente entre asechanzas del enemigo, que tiende lazos a la vida de la gracia. Este peligro hacía temblar a San Pedro de Alcántara cuando ya estaba agonizando: “Apartaos, hermano mío,” dirigiéndose a un religioso que, al auxiliarle, le tocaba con veneración, “apartaos, pues vivo todavía, y aún hay peligro de que me condene.”

Por eso mismo se regocijaba Santa Teresa cada vez que oía sonar la hora del reloj, alegrándose de que ya hubiese pasado otra hora de combate, porque decía: “Puedo pecar y perder a Dios en cada instante de mi vida.”

De aquí que todos los Santos sentían consuelo al conocer que iban a morir, pues pensaban que presto se acabarían las batallas y riesgos, y tendrían segura la inefable dicha de no poder ya perder a Dios jamás.

Se refiere en la vida de los Padres del desierto que uno de ellos, en extremo anciano, hallándose en la hora de la muerte, se reía mientras sus compañeros lloraban, y como le preguntaran el motivo de su gozo, respondió: “Y vosotros, ¿por qué lloráis, cuando voy a descansar de mis trabajos?” También Santa Catalina de Siena dijo al morir: “Consolaos conmigo, porque dejo esta tierra de dolor y voy a la patria de paz.”

Si alguno, dice San Cipriano, habitase en una casa cuyas paredes estuvieran para desplomarse, cuyo pavimento y techo se bambolearan y todo ello amenazase ruina, ¿no desearía mucho salir de ella? Pues en esta vida todo amenaza la ruina del alma: el mundo, el infierno, las pasiones, los sentidos rebeldes, todo la atrae hacia el pecado y la muerte eterna.

“¿Quién me libraré de la ley del pecado?,” exclamaba el Apóstol (Romanos), deseoso de verse libre de este cuerpo de muerte. ¡Oh, qué alegría sentirá el alma cuando oiga decir: ‘Ven, esposa mía; sal del lugar del llanto, de la cueva de los leones que quisieran devorarte y hacerte perder la gracia divina!’

Por eso San Pablo, deseando morir, decía que Jesucristo era su única vida, y que estimaba la muerte como la mayor ganancia que pudiera alcanzar, ya que por ella adquiriría la vida que jamás tiene fin.

Gran favor hace Dios al alma que está en gracia, llevándosela de este mundo donde pudiera no perseverar y perder la amistad divina. Dichoso en esta vida es el que está unido a Dios; pero así como el navegante no puede tenerse por seguro mientras no llegue al puerto y salga libre de la tormenta, así no puede el alma ser verdaderamente feliz hasta que salga de esta vida en gracia de Dios.

“Alaba la ventura del caminante; pero cuando haya llegado al puerto,” dice San Ambrosio. Pues si el navegante se alegra cuando, libre de tantos peligros, se acerca al puerto deseado, ¡cuánto más debe alegrarse el que esté próximo a asegurar su salvación eterna!

Además, en este mundo no podemos vivir sin culpas, por lo menos leves; porque “siete veces cae el justo” (Proverbios). Mas quien sale de esta vida mortal, cesa de ofender a Dios. “¿Qué es la muerte,” dice San Ambrosio, “sino el sepulcro de los vicios?” Por eso los que aman a Dios anhelan vivamente morir. Y así, el venerable Padre Vicente Caraffa se consolaba al morir diciendo: “Al acabar mi vida, acaban mis ofensas a Dios”. Y el ya citado San Ambrosio decía: “¿Para qué deseamos esta vida, si cuando más larga fuere, mayor peso de pecado nos abrume?”

El que fallece en gracia de Dios alcanza el feliz estado de no saber ni poder ofenderle más. ‘El muerto no sabe pecar.’ Por tal causa, el Señor alaba más a los muertos que a los vivos, aunque fueren santos. Y aún no ha faltado quien haya dispuesto que, en el trance de la muerte, le dijese al que fuese a anunciársela: “Alégrate, que ya llega el tiempo en que no ofenderás más a Dios.”

“En tus manos encomiendo mi espíritu.” Jesús, nuestro dulce Redentor, te ha redimido. ¿Qué sería de ti si te hubiera enviado la muerte cuando te hallabas apartado de Él? Quizás estarías en el infierno, donde no podrías amarle. Ámale, y si así le agrada, desea morir pronto para librarte del peligro de volver a perder su santa gracia, y para estar seguro de amarle eternamente.

Los que mueren en estado de Gracia recibirán la confirmación en Gracia al llegar a la muerte clínica. Cuando recibe la predicación engañosa de Satanás para seducirla, el alma que llegó a la muerte clínica en estado de Gracia, como ha sido confirmada en gracia, reafirma necesariamente su salvación eterna pisoteando la cabeza de Satanás. La predicación de la Divina María es entonces para anticiparle ya el gozo celestial. Si tuviere algún pecado venial sin perdonar, se le perdonará en este momento, mediante un acto perfecto de amor a Dios. Entonces Cristo, como Supremo Juez, da la sentencia salvífica, ya que el alma aceptó la predicación de la

Divina María, rechazando a Satanás. Inmediatamente después de la sentencia, viene la muerte real al quedar separados el alma y el cuerpo esencial. Con la muerte real, el alma va a su destino eterno, que es el Cielo, si no tiene antes que purificarse en el Purgatorio.

No solamente es la muerte fin de los trabajos, sino también puerta de la vida, como dice San Bernardo. Necesariamente, debe pasar por esa puerta el que quisiere entrar a ver a Dios. San Jerónimo rogaba a la muerte y le decía: “¡Oh muerte, hermana mía; si no me abres la puerta no puedo ir a gozar de la presencia de mi Señor!”

San Carlos Borromeo, viendo en uno de sus aposentos un cuadro que representaba un esqueleto con la hoz en la mano, llamó al pintor y le mandó que borrara aquella hoz y pintase en su lugar una llave de oro, queriendo así inflamarse más en el deseo de morir, porque la muerte nos abre el Cielo para que veamos a Dios.

Dice San Juan Crisóstomo que si un rey tuviese preparada para alguno una suntuosa habitación en la regia morada, y de momento le hiciese vivir en un establo, ¡cuán vivamente debería desear este hombre salir del establo para habitar en el real alcázar!

Pues en esta vida, el alma justa, unida al cuerpo mortal, se halla como en una cárcel, de donde ha de salir para morar en el palacio de los Cielos; y por esa razón debe pedir a Dios que saque su alma de la prisión. Y el santo anciano Simeón, cuando tuvo en sus brazos al Niño Jesús, no supo pedirle otra gracia que la muerte, a fin de verse libre de la cárcel de esta vida: “Ahora, Señor, ya puedes llevarte de este mundo a tu siervo en paz;” “es decir, pide ser despedido, como si estuviese por fuerza,” advierte San Ambrosio. Idéntica gracia deseó el Apóstol, cuando decía: “tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo.” (Filipenses).

¡Cuánta alegría sintió el copero del Faraón al saber por José que pronto saldría de la prisión y volvería al ejercicio de su dignidad! Y un alma que ama a Dios, ¿no se regocijará al pensar que en breve va a salir de la prisión de este mundo y que irá a gozar de Dios? Mientras vivimos aquí unidos al cuerpo estamos lejos de ver a Dios y como en tierra ajena, fuera de nuestra patria; y así, con razón, dice San Bruno que nuestra muerte no debe de llamarse muerte, sino vida.

De eso procede el que suela llamarse ‘nacimiento’ a la muerte de los Santos, porque en ese instante nacen a la vida celestial que no tendrá fin. “Para el justo,” dice San Atanasio, “no hay muerte, sino tránsito, pues para ellos el morir no es otra cosa que pasar a la dichosa eternidad.”



“¡Oh muerte amable!”, exclamaba San Agustín, “¿Quién no te deseará, puesto que eres fin de los trabajos, término de las angustias, principio del descanso eterno?” Y con vivo anhelo añadía: “¡Ojalá muriese, Señor, para poder veros!”

Tema la muerte el pecador, dice San Cipriano, porque de la vida temporal pasará a la muerte eterna, mas no el que, estando en gracia de Dios, ha de pasar de la muerte a la vida. En la historia de San Juan el Limosnero se refiere que de cierto hombre rico recibió el Santo grandes limosnas y la súplica de que pidiera a Dios vida larga para el único hijo que aquél tenía. Mas el hijo murió poco después. Y como el padre se lamentaba de esa inesperada muerte, Dios le envió un ángel, que le dijo: “Pediste larga vida para tu hijo; pues sabe que ya está en el Cielo gozando de eterna felicidad.”

Tal es la gracia que nos alcanza Jesucristo, como profetizó Oseas: “Él nos dará la vida con su muerte en la Cruz.” Muriendo Cristo por nosotros, hizo que nuestra muerte se trocara en vida.

Los que llevaban al suplicio al santo mártir Plonio le preguntaron maravillados cómo podía ir tan alegre a la muerte. Y el Santo les respondió: “Engañados estáis. No voy a la muerte, sino a la vida.” Así también exhortaba su madre al niño San Sinfoniano cuando éste iba a recibir el martirio: “¡Oh, hijo mío, no van a quitarte la vida, sino a cambiarla en otra mejor!”

Reconoce que cuantos bienes poseas, de Dios los recibiste por María; todos son dones de su bondad. No le pidas más que amor; amor y siempre amor has de pedir a Dios, hasta que, en su amor muriendo, alcances la señal del verdadero amor, y de amor te abrases, no cesando de amarle ni un momento y con todas tus fuerzas por toda la eternidad.

Paz del justo a la hora de la muerte: “Las almas, empero, de los justos están en la mano de Dios; y no les llegará el tormento de la muerte eterna. Sin embargo, la muerte del justo es mirada por el impío como la mayor de las desgracias... lo cual es un terrible error.” (Sabiduría). Si Dios tiene en sus manos las almas de los justos, ¿quién podrá arrebatarlas? Ciertamente es que el infierno no deja de tentar y perseguir hasta a los Santos en la hora de la muerte; pero Dios, dice San Ambrosio, no cesa de asistirlos y de aumentar su socorro a medida que crece el peligro de sus fieles siervos.

Santa Teresita, poco antes de morir, dijo: “Hermanitas queridas, rezad por los pobres moribundos. ¡Si supierais lo que se sufre! ¡Qué poco basta para perder la paciencia! Hay que ser caritativa con todas, sean

quienes sean. Yo no lo hubiera creído antes.”

Es aterrador verse uno cercado de enemigos. Pero hay que animarse y no temer, porque muchos más están con el justo que con sus enemigos, y hay un ejército de ángeles enviados por Dios para defenderle.

Irá, pues, el demonio a tentar al moribundo, pero acudirá también el Ángel de la Guarda para confortarle; irán los Santos protectores; irá San Miguel, destinado por Dios para defensa de los siervos fieles en el postrer combate; irá la Virgen Santísima, y acogiendo bajo su manto al que le fue devoto, derrotará a los enemigos; irá el Santísimo José, Patrón de la buena muerte; irá el mismo Jesucristo a librar de las tentaciones a aquella ovejuela inocente o penitente, por cuya salvación dio la vida. Él le dará la esperanza y el esfuerzo necesario para vencer en la tal batalla, y el alma, llena de valor, exclamará: “El Señor tiene cuidado de mí. Tú eres mi ayudador y mi protector.” (Salmo). “El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?” (Salmo). Más solícito es Dios para salvarnos que el demonio para perdernos; porque mucho más nos ama Dios de lo que nos aborrece el demonio.

“Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas,” dice el Apóstol (1 Corintios). Quizá me diréis que muchos Santos murieron temiendo por su salvación. Yo os respondo que hay poquísimos ejemplos de que mueran con ese temor los que hubieren tenido buena vida. Vicente de Beauvais dice que permite el Señor a veces que ocurra esto a ciertos justos, para purificarlos en la hora de la muerte de algunas faltas ligeras. Por otra parte, leemos que casi todos los siervos de Dios murieron con la sonrisa en los labios.

Todos temeremos al morir el juicio divino; pero así como los pecadores pasan de ese temor a la desesperación horrenda, los justos pasan del temor a la esperanza. Temía San Bernardo, estando enfermo, según refiere San Antonino, y se veía tentado de desconfianza; pero pensando en los merecimientos de Jesucristo, desechaba todo temor y decía: “Tus llagas son mis méritos.”

San Hilarión temía también, pero pronto exclamó lleno de gozo: “Sal, pues, alma mía, ¿qué temes? Cerca de setenta años has servido a Cristo, ¿y ahora temes la muerte?”

Es decir: ¿qué temes, alma mía, después de haber servido a un Dios fidelísimo que no sabe abandonar a los que le fueron fieles durante la vida? El Padre José de Scamaca, de la Compañía de Jesús, respondió a los que le preguntaban si moría con esperanza: “Pues qué, ¿he servido acaso a Mahoma para dudar de la bondad de mi Dios, hasta el punto de temer que no quisiera salvarme?”

Si en la hora de la muerte viniese a atormentarnos el pensamiento de haber ofendido a Dios, recordemos que el Señor ha ofrecido olvidar los pecados de los penitentes.

Dirá alguien tal vez: ¿Cómo podremos estar seguros de que Dios nos ha perdonado? Eso mismo se preguntaba San Basilio, y se respondió diciendo: “He odiado la iniquidad y la he abominado.” Pues el que aborrece el pecado puede estar seguro de que Dios le ha perdonado.

Santa Teresita decía: “No deseo ni muerte ni vida. Si Nuestro Señor me ofreciera qué escoger, no escogería. Sólo quiero lo que Él quiere; lo que Él hace es lo que yo amo. No temo el último combate, ni ningún dolor, por agudo que sea, que pudiera traer mi enfermedad. Dios ha sido siempre mi ayudador. Él me ha llevado de la mano desde mi tierna infancia, y en Él confío. Mi agonía podría llegar a los últimos límites, pero estoy segura de que Dios nunca me abandonará.”

El corazón del hombre no vive sin amor: o ama a Dios, o ama a las criaturas. ¿Y quién ama a Dios? El que guarda sus mandamientos, como dijo Cristo. Por tanto, el que muere en la observancia de los preceptos muere amando a Dios; y quien a Dios ama, se salva.

¿Cuándo llegará el día en que puedas decir: ‘Dios mío, ya no os puedo perder’? ¿Cuándo podrás contemplarle cara a cara, seguro de amarle con todas tus fuerzas por toda la eternidad? Mientras vivas, siempre estarás en peligro de ofenderle y perder su gracia. Puedes esperar con confianza que Dios te haya perdonado, si le amas de todo corazón y deseas hacer cuanto puedas para amarle y complacerle.

Las almas de los justos están en las manos de Dios y no conocerán tormento de muerte. Pareció que morían a los ojos de los insensatos; pero ellos están en paz.

Parece a los insensatos mundanos que los siervos de Dios mueren afligidos y contra su voluntad, como suelen morir aquéllos. Mas no es así, porque Dios bien sabe consolar a sus hijos en ese trance, y comunicarles, aun entre los dolores de la muerte, cierta maravillosa dulzura, como anticipado sabor de la gloria que luego ha de darles.

Y así como los que mueren obstinados en el pecado comienzan ya en el lecho mortuario a sentir algo de las penas infernales, por el remordimiento, terror y desesperación, los justos, al contrario, con sus actos frecuentísimos de amor a Dios, sus deseos y esperanzas de gozar de la presencia del Señor, ya antes de morir empiezan a disfrutar de aquella santa paz que después plenamente gozarán en el Cielo.

La muerte de los Santos no es castigo, sino premio. La muerte del que ama a Dios no es muerte, es sueño; de suerte, que puede exclamar: “Dios mío, deseo dormir en paz descansando en tus promesas.” (Salmo).

El Padre Suárez murió con tan dulce paz, que poco antes dijo: “No podía imaginar que la muerte me

trajese tanta suavidad.” El médico amonestó al Cardenal Baronio que no pensase tanto en la muerte, y él respondió: “¿Y por qué? ¿Acaso he de temerla? No la temo; al contrario, la amo.”

Según refiere Santero, el Cardenal Ruffense, estando a punto de morir mártir por la fe, mandó que le trajesen su mejor traje, diciendo que iba a las bodas. Y cuando vio el patíbulo, arrojó el báculo en que se apoyaba y exclamó: “Andad, pies; andad ligeros, que el Paraíso está cerca.” Antes de morir cantó el ‘Te Deum’ en acción de gracias a Dios porque le hacía mártir de la fe, y luego, con suma alegría, puso la cabeza bajo el hacha del verdugo.

San Francisco de Asís cantaba en la hora de la muerte, e invitaba a que le acompañasen los demás religiosos presentes. Le dijo fray Elías: “Padre, al morir, más debemos llorar que cantar;” a lo que replicó el Santo: “Pues yo no puedo menos de cantar cuando veo que en breve iré a gozar de Dios.”

Una religiosa teresiana, al morir en la flor de su edad, decía a las monjas que alrededor de ella lloraban: “¡Oh Dios mío! ¿Por qué lloráis vosotras? Voy a unirme a mi Señor Jesucristo. Alegraos conmigo si me amáis.”

Refiere San Luis de Granada que un día un cazador halló a un solitario moribundo cubierto de lepra y que estaba cantando, por lo que le dijo: “¿Cómo podéis cantar estando así?” Y el ermitaño respondió: “Hermano, entre Dios y yo no se interpone otra muralla que este cuerpo mío, y como veo ahora que se cae a pedazos, que se desmorona la cárcel y que pronto veré a Dios, me regocijo y canto.”

Este anhelo de ver al Señor movía a San Ignacio, mártir, cuando dijo que si las fieras no venían a devorarlo, él mismo las incitaría para que fuesen.

Santa Catalina de Génova no podía soportar el que se tuviese por desgracia la muerte, y decía: “¡Oh muerte amada, y cuán mal te aprecian! ¿Por qué no vienes a mí, que día y noche te estoy llamando?”

Y Santa Teresa de Jesús deseaba tanto dejar este mundo, que decía que ‘el no morir era su muerte,’ y con ese pensamiento compuso su célebre poesía: “Que muero porque no muero.” Tal es la muerte de los Santos.

Averigua lo que Dios quiere de ti, y decidete a cumplir su santa voluntad. Quizás merecías desde hace ya muchos años estar ardiendo en las llamas infernales; pero Dios, Bondad infinita, quiere que a Él solo ames, y ardas en el fuego de su santo amor, porque te ha amado más que nadie, y porque únicamente Él merece amor.

En los Mensajes del Palmar, la Santísima Virgen María dijo: “¡Bendito aquél que muera teniendo en sus labios los nombres de Jesús, María y José! Y hace falta que se inculque esta devoción en el pueblo español, que ya se va perdiendo: El rogar todos los días para que, a la hora de la muerte, tengáis en los labios los nombres de Jesús, María y José.” En otros Mensajes hay promesas para la muerte, como esta de Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz: “Todo el que lleve el sobrenombre de la Santa Faz muere en la Santidad por la gracia de Jesucristo y la mediación de María, vuestra Madre.” Y el Señor dijo, sobre el Escapulario de la Santa Faz: “A los que mueran con él les prometo llevarlos, por mediación de mi Madre, a la felicidad eterna, en el mismo momento de dejar este mundo.”

“¿Cómo ha de temer la muerte quien espera que después de ella será coronado en el Cielo?,” dice San Cipriano. ¿Cómo puede temerla quien sabe que muriendo en gracia alcanzará su cuerpo la gloria?



“Para el que ama a Dios y desea verle,” nos dice San Agustín, “pena es la vida y alegría es la muerte.” Y Santo Tomás de Villanueva dice también: “Si la muerte halla al hombre dormido en sus vicios, llega como el ladrón, le despoja, le mata y le sepulta en el abismo del infierno; mas si le halla vigilante, le saluda como enviada de Dios, diciéndole: ‘El Señor te aguarda a las bodas; ven, que yo te guiaré al dichoso reino que deseas.’”

¡Oh, con cuánto regocijo espera la muerte el que está en gracia de Dios, para ver pronto a Jesús y oírle decir: “Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te daré poder sobre lo mucho; entra en el gozo de tu señor!” ¡Ah, cómo apreciarán entonces las penitencias, oraciones, el desasimiento de los bienes terrenos y todo lo que hicieron por Dios!

El que amó a Dios gustará el fruto de sus buenas obras. Por eso, el Padre Hipólito Durazzo, de la Compañía de Jesús, jamás se entristecía, sino que se alegraba cuando moría algún religioso dando señales de salvación. “¿No sería absurdo,” dice San Juan Crisóstomo, “creer en la gloria eterna y tener lástima del que a ella va?”

Especial consuelo darán entonces los recuerdos de la devoción a la Madre de Dios, de los rosarios y visitas, de los ayunos y peregrinaciones para honra de la Virgen, de haber imitado y servido a María Santísima. “Virgo fidelis” llamamos a María. Y, en verdad, fidelísima se muestra para consolar a sus devotos en su última hora.

Un moribundo que había sido devotísimo de la Virgen María decía al Padre Binetti: “No puede imaginarse, Padre mío, cuánto consuelo trae en la hora de la muerte el pensamiento de haber sido devoto de la Santísima

Virgen. ¡Oh Padre, si supiese qué regocijo siento por haber servido a esta Madre mía! ¡Ni sé explicarlo!”

¡Qué gozo sentirá quien haya amado y ame a Jesucristo y a menudo le haya recibido en la Sagrada Comunión, al ver llegar a su Señor en el Santo Viático para acompañarle en el tránsito a la otra vida! Dichoso quien pueda decirle con San Felipe: “¡Aquí está mi amor; he aquí al amor mío, dadme mi amor!”

Y si alguno dijere: ‘¿Quién sabe la muerte que me está reservada? ¿Quién sabe si, al fin, tendré muerte infeliz?’ Le diré a mi vez: ‘¿Cuál es la causa de la muerte? Sólo el pecado.’ A éste, pues, debemos sólo temer, y no al morir. Dice San Ambrosio: “Claro está que la amargura viene de la culpa, no de la muerte.”

El temor, no hay que sentirlo en la muerte, sino durante la vida. ¿Queréis, pues, no temer a la muerte? Vivid bien. “Al que teme al Señor, le irá bien en sus postrimerías, y será bendito en el día de su muerte.” (Eclesiástico).

San Claudio de la Colombière juzgaba por moralmente imposible que tuviese mala muerte quien hubiese sido fiel a Dios durante la vida. Y antes lo dijo San Agustín: “No puede morir mal quien haya vivido bien.” El que está preparado para morir no teme ningún género de muerte, ni aun la repentina.

Y puesto que no podemos ir a gozar de Dios más que por medio de la muerte, “ofrecémosle lo que por necesidad hemos de devolverle,” como nos dice San Juan Crisóstomo, y consideremos que quien ofrece a Dios su vida, practica el más perfecto acto de amor que puede ofrecerle, porque abrazando con buena voluntad la muerte que Dios quiera enviarle, como Dios quiera y cuando quiera, se hace semejante a los santos mártires.

El que ama a Dios desea la muerte, y por ella suspira, pues al morir se unirá eternamente a Dios y se verá libre del peligro de perderle. Es, por tanto, señal de tibio amor a Dios el no desear ir pronto a contemplarle, asegurándose así la dicha de no perderle jamás.

Entre tanto, amémosle cuanto podamos en esta vida que debe servirnos para esto solo: para creer en el amor divino. La medida del amor que tengamos en la hora de la muerte será la que determine el amor que ha de unirnos a Dios en la eterna bienaventuranza.

Muchísimo hizo Jesús por nosotros dando su Sangre y vida por nuestro amor. Debemos por ello consumirnos en su amor santísimo en esta vida, para seguir amándole en la eternidad.

Medios de prepararse para la muerte: “En todas tus acciones, acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás.” (Eclesiástico.) Todos confesamos que hemos de morir, que sólo una vez hemos de morir, y que no hay cosa más importante que ésta, porque del trance de la muerte dependen la eterna bienaventuranza o la eterna desdicha.



Todos sabemos también que de vivir bien o mal procede el tener buena o mala muerte. ¿Por qué entonces la mayor parte de los cristianos viven como si nunca hubiesen de morir, o como si el morir bien o mal importase poco? Se vive mal porque no se piensa en la muerte: “Acuérdate de tus postrimerías y nunca jamás pecarás.”

Es necesario convencernos de que la hora de la muerte no es la propia para arreglar cuentas y asegurar con ellas el gran negocio de la salvación. Los prudentes del mundo en los asuntos temporales toman oportunamente todas las precauciones necesarias para obtener la ganancia, el cargo, el enlace convenientes, y con el fin de conservar o restablecer la salud del cuerpo, no desdennan usar de los remedios adecuados.

¿Qué se diría del que, teniendo que presentarse a concurso público para ganar una cátedra, no quisiese adquirir la instrucción indispensable hasta el momento de acudir a los ejercicios? ¿No sería un loco el jefe de una plaza

que aguardase a verla sitiada para hacer los abastecimientos de vituallas, armas y municiones? ¿No sería insensato el navegante que esperase la tempestad para proveerse de áncoras y cables? Pues así se comporta el cristiano que difiere hasta la hora de la muerte el arreglo de su conciencia.

La hora de la muerte es tiempo de confusión y de tormenta. Entonces los pecadores pedirán el auxilio de Dios, pero sin conversión verdadera, sino sólo por el temor del infierno, que ya verán cercano, y por eso justamente no podrán gustar otros frutos que los de su mala vida. “Aquellos que sembrare el hombre, eso también recogerá; y así, el que siembra ahora para fomentar los apetitos de la carne, recogerá después el fruto de la muerte eterna.” (Gálatas). No bastará recibir los Sacramentos, sino que será preciso morir aborreciendo el pecado y amando a Dios sobre todas las cosas.

Mas, ¿cómo aborrecerá los placeres ilícitos quien hasta entonces los haya amado? ¿Cómo podrá amar a Dios sobre todas las cosas el que hasta aquel instante hubiere amado a las criaturas más que a Dios?

Necias llamó el Señor, y en verdad lo eran, a las vírgenes que iban a preparar las lámparas cuando ya llegaba el Esposo. Todos temen la muerte repentina, que impide ordenar las cuentas del alma. Todos confiesan que los Santos fueron verdaderos sabios, porque supieron prepararse a morir antes que llegase la muerte. Y nosotros,

¿qué hacemos? ¿Queremos correr el peligro de no disponernos a bien morir hasta que la muerte se avecine?

Hagamos ahora lo que en ese trance quisiéramos haber hecho. ¡Oh, qué tormento traerá la memoria del tiempo perdido, y, sobre todo, del malamente empleado! Tiempo de merecer que Dios nos concedió y que pasó para nunca volver.

¡Qué angustias nos dará el pensamiento de que ya no es posible hacer penitencia, ni frecuentar los Sacramentos, ni oír la palabra de Dios, ni visitar en el templo a Jesús Sacramentado, ni hacer oración! Lo hecho, hecho está. Sería necesario tener juicio sanísimo, quietud y serenidad para confesar bien, disipar graves escrúpulos y tranquilizar la conciencia, ¡pero *ya no es tiempo!*

Si hubieras muerto en aquella ocasión cuando pecaste, ¿dónde estarías ahora? Da gracias a Dios por haberte esperado y por todo ese tiempo en que debieras haberte hallado en el infierno, desde aquel instante en que le ofendiste. Piensa bien en el gran mal que hiciste al perder voluntariamente su gracia que mereció para ti con su sacrificio en la Cruz.

Puesto que es seguro que has de morir, póstrate en seguida a los pies del Crucifijo; dale fervientes gracias por el tiempo que su misericordia te concede a fin de que arregles tu conciencia, y luego examina todos los pecados de la vida pasada, especialmente los de tu juventud.

Considera los Mandamientos divinos; recuerda los cargos y ocupaciones que tuviste, las amistades que frecuentaste; anota tus faltas y haz, si no lo has hecho, una confesión general de toda tu vida. ¡Oh, cuánto ayuda la confesión general para poner en buen orden la vida de un cristiano! Piensa que esa cuenta sirve para la eternidad, y hazla como si estuvieras a punto de darla ante Jesucristo, Juez. Arroja de tu corazón todo apego al mal, y todo rencor u odio.

Quita cualquier motivo de escrúpulo acerca de los bienes ajenos, de la fama hurtada, de los escándalos dados, y resuelve firmemente huir de todas las ocasiones en que pudieras perder a Dios. Y considera que lo que ahora parece difícil, en el momento de la muerte te parecerá imposible.

Lo que más importa es que te resuelvas a poner por obra los medios para conservar la gracia de Dios. Esos medios son: oír Misa diariamente; meditar en las verdades eternas; frecuentar, a lo menos una vez por semana la Confesión, y la Comunión frecuente, y donde no es posible, al menos espiritualmente; visitar todos los días al Santísimo Sacramento y a la Virgen María; asistir a los ejercicios de las oraciones públicas en la iglesia; tener lectura espiritual; hacer todas las noches examen de conciencia; practicar alguna especial devoción en obsequio de la Santísima Virgen y, además, proponer el encomendarte con suma frecuencia a Dios y a su Madre Santísima, invocando a menudo, sobre todo en tiempo de tentación, los sagrados nombres de Jesús y María. Tales son los medios con que podemos alcanzar una buena muerte y la eterna salvación.



Hacer esto será gran señal de nuestra salvación. Y en cuanto a lo pasado, confiad en la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que os da estas luces porque quiere salvaros, y esperad en la intercesión de María, que os alcanzará las gracias necesarias. Con tal orden de vida y la esperanza puesta en Jesús y en la Virgen, ¡cuánto nos ayuda Dios y qué fuerza adquiere el alma!

Recordemos las promesas de la Santísima Virgen María a los que con verdadera devoción recen el santo Rosario Penitencial: “Los que rezaren este Rosario diariamente tendrán, además, una buena muerte, serán salvados de la condenación, pasando a la Vida Celestial al dejar este mundo... A los que murieren y fueren al Purgatorio, les prometo sacarlos al día siguiente... Tendrán un aviso con antelación suficiente, antes de morir, para quedar auxiliados con los Santos Sacramentos. Poco antes de morir tendrán una visión de mi Divino Hijo y de Mí, vuestra Madre.” No en vano repetimos tantas veces: “Santa María, Madre de Dios y Madre Nuestra, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.”

Pronto, pues, entrégate del todo a Dios, que te llama, y empieza a gozar de esa paz que hasta ahora, por culpa tuya, no tuviste. ¿Y hay mayor paz para el alma, que poder decir cada noche antes de descansar: ‘Aunque viniese esta noche la muerte, espero que moriré en gracia de Dios?’ ¡Qué consuelo si al oír el fragor del trueno, al sentir temblar la tierra, podemos esperar resignados la muerte, si Dios lo dispusiese así!

Si Dios te hubiera abandonado estarías ciego y obstinado en tus culpas, y no tendrías voluntad ni de dejarlas ni de amarle. Ahora debes sentir grandísimo dolor de haberle ofendido, vivo deseo de estar en su gracia, y profundo aborrecimiento de aquellos malditos placeres que te hicieron perder su amistad. Todos estos sentimientos son gracias que de Dios proceden y que te mueven a esperar que querrá perdonarte y salvarte; y que te muestran que a pesar de tus muchos pecados, no te abandona y desea tu salvación. No quieras perderle otra vez, sino amarle eternamente.

Es preciso que procuremos hallarnos a todas horas como quisiéramos estar a la hora de la muerte. “¡Bienaventurados los que renuncian a las cosas del mundo y mueren en el Señor!” (Apocalipsis). Dice San Ambrosio que los que bien mueren son aquellos que al morir están ya muertos al mundo, o sea desprendidos de los bienes que por fuerza entonces dejarán. Por eso es necesario que desde ahora aceptemos el abandono de nuestra hacienda, la separación de nuestros deudos y de todos los bienes terrenales. Si no lo hacemos así voluntariamente en la vida, forzosa y necesariamente lo haremos al morir; pero entonces será con gran dolor y con grave peligro de nuestra salvación eterna.

Nos advierte además, San Agustín, que para morir tranquilo ayuda mucho arreglar en vida los intereses temporales, haciendo las disposiciones relativas a los bienes que hemos de dejar, a fin de que en la hora postrera sólo pensemos en unirnos a Dios. Convendrá en ese trance no ocuparse sino en las cosas de Dios y de la gloria, porque los últimos momentos de la vida son demasiado preciosos para disiparlos en asuntos terrenos.

En el trance de la muerte se completa y perfecciona la corona de los justos, porque entonces se obtiene la mejor cosecha de méritos, abrazando los dolores y la misma muerte con resignación y amor.

Mas al morir no podrá tener estos buenos sentimientos quien no se hubiera ejercitado en ellos en vida. Para este fin, algunos fieles practican regularmente y con gran aprovechamiento la devoción de prepararse a la muerte, imaginando que se hallan a punto de salir de esta vida, próximos al juicio de Dios; se confiesan como si fuera el último día de su vida y comulgan con gran entrega a la voluntad de Dios. Así San Juan Bosco y Santo Domingo Savio hacían, el último Domingo de cada mes, el Ejercicio de la Buena Muerte.

Lo que viviendo no se hace, es difícil hacerlo al morir. La gran sierva de Dios Sor Catalina de San Alberto, hija de Santa Teresa, suspiraba en la hora de la muerte, y exclamaba: “No suspiro, hermanas mías, por temor de la muerte, que desde hace veinticinco años la estoy esperando; suspiro al ver tantos engañados pecadores, que esperan para reconciliarse con Dios a que llegue esta hora de la muerte, en que apenas puedo pronunciar el nombre de Jesús.”

Examina, pues, si tu corazón tiene apego todavía a alguna cosa de la tierra, a determinadas personas, a honras, hacienda, casa, conversación o diversiones, y considera que no has de vivir aquí eternamente. Algún día, muy pronto, lo dejarás todo; ¿por qué, pues, quieres mantener el afecto en esas cosas aceptando el riesgo de tener muerte sin paz? Ofrécete desde ahora por completo a Dios, que puede privarte de esos bienes cuando le plazca.

El que desee morir resignado tiene que practicar la resignación desde ahora en cuantas adversidades puedan acaecerle, y debe apartar de sí los apegos a las cosas del mundo. Figuraos que vais a morir, dice San Jerónimo, y fácilmente lo despreciaréis todo.

Si aún no habéis hecho la elección de estado, elegid el que en la hora de la muerte querríais haber escogido, el que pudiera procuraros más dichoso tránsito a la eternidad. Si ya lo habéis elegido, haced lo que al morir quisierais haber hecho en vuestro estado.

En el libro “Confesaos bien” se refiere una visión de Santa Teresa, cuando vio abrirse ante sus ojos un abismo profundísimo, todo repleto de fuego, encendido en vivas llamas, y precipitarse en él numerosísimas e infelices almas, como los copos de nieve en invierno. El Señor le dijo: “Se condenan porque se confesaron mal. Ve, Teresa: cuenta a todos esta visión, y conjura a todos los Obispos y Sacerdotes a no cansarse nunca de predicar sobre la importancia de la Confesión y contra las confesiones mal hechas, a fin de que mis amados cristianos no vengán a convertir la medicina en veneno y a servirse para su daño de este Sacramento, que es el Sacramento de la misericordia y del perdón.” Santa Teresita se refiere a esto cuando escribe: “Durante los cortos instantes que nos quedan, no perdamos el tiempo, salvemos almas. Las almas se pierden como copos de nieve, y Jesús llora, y nosotras pensamos en nuestro dolor sin consolar a nuestro Prometido. Sí, Celina, vivamos para las almas.”

Proceded como si cada día fuese el último de vuestra vida, cada acción la postrera que hicierais; la última oración, la última Confesión. Imagínate que estás moribundo, tendido en el lecho, y que oyes aquellas imperiosas palabras: ‘¡Sal de este mundo!’ ¡Cuánto pueden ayudar estos pensamientos para dirigirnos bien y menospreciar las cosas mundanas!

Dijo Jesús: “Bienaventurado aquel siervo que, puesto de administrador, cuando el señor viniere, le hallare cumpliendo con su deber.” El que espera la muerte a todas horas, aun cuando muera de repente, no dejará de morir bien.

Todo cristiano, cuando se le anuncia la hora de la muerte, debe hallarse preparado para decir: “Me quedan pocas horas de vida; quiero emplearlas en amar a Dios cuanto pueda, para seguir amándole en la eternidad. Poco me queda que ofrecerle, pero le ofrezco estos dolores y el sacrificio de mi vida, en unión del que le ofreció, por mí, Jesucristo en la Cruz. Pocas y breves son las penas que padezco, en comparación de las que he merecido; mas así como son, las abrazo en muestra del amor que tengo a Dios. Me resigno a cuantos castigos quiera darme en esta y en la otra vida. Y con tal que pueda amarle eternamente, que me castigue cuanto le plazca; pero que no me prive de su amor. Reconozco que no merezco amarle por haber

despreciado tantas veces su amor; mas Dios no sabe desechar a un alma arrepentida. Me duelo de haber ofendido a la Suma Bondad. Le amo con todo mi corazón, y en Él confío enteramente. La muerte de mi Redentor es mi esperanza. Mi Jesús, para salvarme, dio toda su Sangre; que no permita que me aparte de Él, pues lo amo, y espero que lo amaré por toda la eternidad. Que la Virgen Santísima y Madre mía, me ayude en mi última hora y me libre de la eterna condenación.”

Valor del tiempo: En el Eclesiástico dice: “El sabio empleará bien su tiempo.” “Practica la justicia antes que mueras, porque, tras la muerte, se acabó el tiempo de merecer.” “Hijo, emplea bien tu tiempo, y evita el mal.” “Obrad conforme a la Divina Sabiduría antes que el tiempo pase, para que luego Dios os dé eterna recompensa.” Es decir, que el Espíritu Santo nos recomienda que usemos bien el tiempo, que es lo más preciado, riquísimo don que Dios concede al hombre mortal. Hasta los gentiles reconocieron cuál es su valor. Séneca decía que nada puede equivaler al precio del tiempo. Y con mayor estimación le apreciaron los Santos.

San Bernardino de Siena afirma que un instante de tiempo vale tanto como Dios, porque en ese momento, con un acto de contrición o de amor perfecto, puede el hombre adquirir la divina gracia y la gloria eterna.

El tiempo es un tesoro que sólo se halla en esta vida, mas no en la otra, ni en el Cielo, ni en el Infierno. Así es el grito de los condenados: ‘¡Oh, si tuviésemos una hora!’ A toda costa querrían una hora para remediar su ruina; pero esta hora jamás les será dada.

En el Cielo no hay llanto; mas si los bienaventurados pudieran sufrir, llorarían el tiempo perdido en la vida mortal, que podría haberles servido para alcanzar más alto grado de gloria; pero ya pasó la época de merecer.

Una religiosa benedictina, difunta, se apareció radiante de gloria a una persona y le reveló que gozaba plena felicidad; pero que si algo hubiera podido desear, sería solamente volver al mundo y padecer más en él para alcanzar mayores méritos; y añadió que con gusto hubiera sufrido hasta el día del Juicio la dolorosa enfermedad que la llevó a la muerte, con tal de conseguir la gloria que corresponde al mérito de una sola Avemaría.

¿Y tú, en qué gastas el tiempo? ¿Por qué lo que puedes hacer hoy lo difieres siempre hasta mañana? Piensa que el tiempo pasado desapareció y ya no es tuyo; que el futuro no depende de ti. Sólo tienes el tiempo presente para obrar.

“¡Oh infeliz!” advierte San Bernardo, “¿por qué presumes de lo venidero, como si el Padre hubiese puesto el tiempo en tu poder?” Y San Agustín dice: “¿Cómo puedes prometerte el día de mañana, si no sabes si tendrás una hora de vida?” Así, con razón, decía Santa Teresa: “Si no te hallas preparado para morir, teme tener una mala muerte.”

Da gracias a Dios por el tiempo que te concede para remediar los desórdenes de tu vida pasada. Si en este momento te enviara la muerte, una de tus mayores penas sería el pensar en el tiempo perdido. El Señor te dio el tiempo para amarle, y quizás lo has gastado en ofenderle. Prometiste no ofenderlo más, y



¿cuántas veces has vuelto a injuriarlo y Él a perdonarte! ¡Bendita sea eternamente su misericordia! Si no fuera infinita, ¿cómo hubiera podido sufrirme así? ¿Quién pudiera haber tenido contigo la paciencia que Dios tiene? ¡Cuánto te debe pesar, haber ofendido a un Dios tan bueno! Aunque sólo fuera por la paciencia que ha tenido para contigo, deberías estar enamorado de tu Divino Salvador. No quieras perder más el tiempo que te da para remediar el mal que hiciste, sino emplearlo todo en amarle y servirle, para que puedas amarle eternamente.

Nada hay más precioso que el tiempo, ni hay cosa menos estimada ni más despreciada por los mundanos. De ello se lamentaba San Bernardo, y añadía: “Pasan los días de salud, y nadie piensa que esos días desaparecen y no vuelven jamás.” Ved aquel jugador que pierde días y noches en el juego. Preguntadle qué hace, y os responderá: ‘Pasando el tiempo.’ Ved aquel desocupado que se entretiene en la calle, quizá muchas horas, mirando a los que pasan, o hablando obscenamente o de cosas inútiles. Si le preguntan qué está haciendo, os dirá que no hace más que pasar el tiempo. ¡Pobres ciegos, que pierden tantos días, días que nunca volverán!

¡Oh tiempo despreciado!, tú serás lo que más deseen los mundanos en el trance de la muerte. Querrán otro año, otro mes, otro día más; pero no les será dado, y oirán decir que ya no habrá más tiempo: “Ya el tiempo se va acabando” (Apocalipsis). ¡Cuánto daría cualquiera de ellos para alcanzar una semana, un día de vida, y poder enderezar las cuentas del alma! “Sólo por una hora más,” dice San Lorenzo Justiniano, “darían todos sus bienes.” Pero no obtendrán esa hora de prórroga. Pronto dirá el sacerdote que los asista: ‘Apresúrate a salir de este mundo; ya no hay más tiempo para ti.’

Por eso es preciso que nos acordemos de Dios y procuremos su gracia antes que se nos acabe la luz. ¡Qué

angustia sentirá un viajero al llegar la noche y advertir que perdió su camino, cuando ya no sea posible poner remedio! Pues mucho mayor será el dolor, al morir, de quien haya vivido largos años sin emplearlos en servir a Dios. Entonces la muerte será para él tiempo de noche, en que nada podrá hacer.

La conciencia le recordará cuánto tiempo tuvo, y cómo lo malgastó en daño del alma; cuántas gracias recibió de Dios para santificarse, y no quiso aprovecharse de ellas; y además verá cerrada la senda para hacer el bien.

Por eso dirá gimiendo: '¡Oh, cuán loco fui! ¡Oh tiempo perdido en que pude santificarme! Mas no lo hice, y ahora ya no es tiempo.' ¿Y de qué servirán tales suspiros y lamentos cuando el vivir se acaba y la lámpara se va extinguiendo, y el moribundo se ve próximo al solemne instante del que depende la eternidad?

Jesucristo empleó toda su vida en salvar tu alma; ni un solo momento dejó de ofrecerse por ti al Eterno Padre para alcanzarte perdón y salvación. Y tú, al cabo de tantos años de vida en el mundo, ¿cuántos has empleado en servirle? ¿Cuántos recuerdos de tus actos te traen remordimientos de conciencia! Quizás el mal fue mucho. El bien, poquísimo y lleno de imperfecciones, de tibieza, amor propio y distracción. Ha sido así porque olvidaste lo que tu Redentor hizo por ti. No vuelvas a perder el tiempo que su misericordia te concede. Acuérdate siempre del amor que tu Salvador te tiene y de los dolores que por ti padeció. ¡Olvídate de todo en esta vida que te queda, excepto de pensar sólo en amarle y complacerle!

Preciso es que caminemos por la vía del Señor mientras tengamos vida y luz, porque en los momentos que preceden a la muerte no tendremos esa luz. Entonces no será ya tiempo de prepararse, sino de *estar preparado*. En la muerte, ¿qué se puede hacer?: lo hecho, hecho está.

¡Oh Dios! ¡Si alguno supiese que en breve se iba a decidir en juicio sobre su vida o muerte, o de toda su hacienda, con cuanta diligencia buscaría un buen abogado, procuraría que los jueces conociesen bien las razones que tuviera, y trataría de usar los medios para obtener una sentencia favorable! Y nosotros, ¿qué hacemos? Nos consta con certidumbre que muy en breve, en el momento menos pensado, se ha de decidir el mayor negocio que tenemos, a saber, el negocio de nuestra salvación eterna, ¿y aún perdemos el tiempo?

Quizás diga alguno: 'Yo soy joven ahora; más tarde me convertiré a Dios.' Pues sabed, respondo, que el Señor maldijo aquella higuera que halló sin frutos, aunque no era tiempo de tenerlos, como lo hace notar el Evangelio. Con lo cual Jesucristo quiso darnos a entender que el hombre en todo tiempo, también en el de la juventud, debe producir frutos de buenas obras; de otro modo será maldito y no dará frutos en lo porvenir. "Nunca jamás coma nadie fruto de ti." Así dijo a aquel árbol el Redentor, y así maldice a los que Él llama y le rechazan.

Al demonio le parece breve el tiempo de nuestra vida, y no pierde ocasión de tentarnos. Dice San Luis María que en estos Últimos Tiempos, "el diablo, sabiendo que le queda poco tiempo, y mucho menos que nunca, para perder a las gentes, redoblará cada día sus esfuerzos y ataques." ¡De suerte que el enemigo no desaprovecha ni un instante para perdernos, y nosotros no aprovechamos el tiempo para salvarnos! ¡Qué locura!

Otro preguntará: '¿Qué mal hago yo?' ¡Oh Dios mío! ¿Y no es ya un mal perder el tiempo en juegos o conversaciones inútiles, que de nada sirven a nuestra alma, excepto para mundanizarla? ¿Acaso nos da Dios ese tiempo para que así lo perdamos? No desprecies nada de tan excelente don. Aquellos operarios de que habla el Evangelio no hacían ninguna cosa mala; solamente perdían el tiempo, y por ello les reprendió el dueño de la viña: "¿Cómo estáis aquí ociosos todo el día?"

En el día del juicio, Jesucristo nos pedirá cuenta de toda palabra ociosa. Todo tiempo que no se emplea por Dios es tiempo perdido. Cualquier obra que puedas hacer, hazla a conciencia; porque en el sepulcro, adonde caminas aprisa, no habrá oportunidad.

La venerable Madre Sor Juana de la Santísima Trinidad, hija de Santa Teresa, decía que en la vida de los Santos no hay día de mañana; que solamente lo hay en la vida de los pecadores, pues siempre dicen: 'Luego, luego', y así llegan a la muerte. Ahora es el tiempo favorable. Oíd ahora la voz de Dios, y "no queráis endurecer vuestros corazones." (Salmo). Hoy Dios te llama para el bien; hazlo hoy mismo, pues mañana quizá no sea ya tiempo, o tal vez Dios no te llame más.



Y si, por desgracia, en la vida pasada has empleado el tiempo en ofender a Dios, procura llorarlo el resto de tu vida mortal, y repasar delante de Dios todos tus años con amargura de tu alma.

Dios te prolonga la vida para que repares el tiempo perdido: "aprovechando bien el tiempo, porque en la vida hay muchos peligros" (Efesios); o bien, según comenta San Anselmo: "Recuperarás el tiempo si haces lo que descuidaste hacer." San Jerónimo dice de San Pablo, que, aunque era el último de los Apóstoles, fue el primero en méritos por lo que hizo después de su conversión.

Consideremos por lo menos que en cada instante podemos conseguir mayor acopio de bienes eternos. Si nos concediesen tanto terreno como caminando en un día pudiéramos rodear, o tanto dinero como alcanzásemos a contar en un día, ¡con

cuánta prisa procederíamos! Pues si podemos en un momento adquirir tesoros eternos, ¿por qué malgastar el tiempo? Lo que hoy puedas hacer, no digas que lo harás mañana, porque el día de hoy lo habrás perdido y no volverá más.

Cuando San Francisco de Borja oía hablar de cosas mundanas, elevaba a Dios el corazón con pensamientos santos, y si le preguntaban luego su opinión acerca de lo que se había dicho, no sabía qué responder. Le reprendieron por ello, y contestó que antes prefería parecer hombre de rudo ingenio que perder el tiempo vanamente.

No pierdas el tiempo que Dios te ha concedido por su misericordia. Has merecido verte en el infierno, gimiendo sin esperanza, pero Dios te ha conservado la vida. Aprovecha los días que te restan en vivir sólo para Dios. Si estuvieses en el infierno, llorarías desesperado y sin fruto. Ahora llora las ofensas que hiciste a Dios, y llorándolas, confía en que con seguridad te perdonará.

Importancia de la salvación: El negocio de la eterna salvación es, sin duda, el más importante y, con todo, es el que los cristianos más a menudo olvidan. Decía San Alfonso María que no hay diligencia que no se practique, ni tiempo que no se aproveche para obtener algún cargo, o ganar un pleito, o concertar un matrimonio. ¡Cuántos consejos, cuántas precauciones se toman! ¡No se come, no se duerme! Y para alcanzar la salvación eterna, ¿qué se hace y cómo se vive? No suele hacerse nada; antes bien, todo lo que se hace es para perderla, y la mayoría de los cristianos viven como si la muerte, el juicio, el infierno, la gloria y la eternidad no fuesen verdades de fe, sino fabulosas invenciones poéticas.

¡Cuánta aflicción si se pierde un pleito o se estropea la cosecha, y cuánto cuidado para reparar el daño! Si se extravía un caballo o un perro doméstico, ¡qué de afanes para encontrarlos! Pero muchos pierden la gracia de Dios, y, sin embargo, ¡duermen, se ríen y se divierten! ¡Qué insensatez, por cierto!

No hay quien no se avergüence de que le llamen negligente en los asuntos del mundo, y a nadie, por lo común, causa rubor el olvidar el gran negocio de la salvación, que más que todo importa. Llamen ellos mismos sabios a los Santos porque atendieron exclusivamente a salvarse, y ellos atienden a todas las cosas de la tierra, y nada a sus almas. ¡Pensad sólo en el magno negocio de vuestra salvación, que es el de la más alta importancia!

Persuadámonos, pues, de que la salud y felicidad eterna es para nosotros el negocio *más importante*, el negocio *único*, el negocio *irreparable* si nos engañamos en él.

Es, sin discusión, el negocio *más importante*. Porque es el de mayor consecuencia, puesto que se trata del alma, y perdiéndose el alma, todo se pierde. “Debemos estimar el alma,” dice San Juan Crisóstomo, “como el más precioso de todos los bienes.” Y para entender esto, bástenos pensar que Dios entregó a su propio Hijo a la muerte para salvar nuestras almas. El Verbo Eterno no vaciló en comprarlas con su propia Sangre. De tal suerte, dice un Santo Doctor, que parece que el hombre vale tanto como Dios. Si el alma vale tan alto precio, ¿por cuál bien del mundo podrá el hombre reemplazarla, si la pierde?

Razón tenía San Felipe Neri al llamar ‘loco’ al hombre que no atiende a salvar su alma. Si hubiese en la tierra unos hombres sin alma espiritual (como los animales), y otros hombres con almas inmortales, y aquéllos viesan que los segundos se aplicaban afanosamente a las cosas del mundo, buscando honores, riquezas y placeres terrenales, sin duda les dirían: ‘¿Qué locos sois! Podríais adquirir bienes eternos, y no pensáis más que en esas cosas míseras y pasajeras, y ¡por ellas os condenaréis a dolor perdurable en la otra vida! ¡Dejadlas, pues, que en esos bienes sólo deben pensar los desventurados que, como nosotros, saben que todo se les acaba con la muerte!’ ¡Pero no es así, porque todos tenemos almas inmortales!

¿Cómo es posible que haya quien por los miserables placeres de la tierra pierda su alma? ¿Cómo puede ser que los cristianos crean en el juicio, en el infierno y en la eternidad y vivan sin temor?

¿En qué has invertido tantos años de vida que Dios te concedió con el fin de que te procurases la salvación eterna? Tu Redentor compró tu alma con su Sangre y te la dio para que la salvases; mas tú, quizás, sólo has atendido a perderla, ofendiéndole a Él, que tanto te ha amado. Decídette firmemente a preferir en lo sucesivo perderlo todo, hasta la misma vida, antes que perder la amistad de Dios.

La salvación eterna, no sólo es el más importante, sino el *único negocio que tenemos en esta vida*. San Bernardo lamenta la ceguera de los cristianos que, calificando de ‘juegos pueriles’ a ciertos pasatiempos de la niñez, llaman ‘negocios’ a asuntos mundanos. Mayores locuras son las necias puerilidades de los hombres. “¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, y luego perdiera su alma?” (Evangelio).

Si tú te salvas, nada importa que en el mundo hayas sido pobre, afligido y despreciado. Salvándote se acabarán los males y serás dichoso por toda la eternidad. Mas si te engañas y te condenas, ¿de qué te servirá en el infierno haber disfrutado de cuantos placeres hay en la tierra, y haber sido rico y respetado? Perdida el alma, todo se pierde: honores, diversiones y riquezas.

¿Qué responderás a Jesucristo en el día del juicio? Si un rey enviase a una gran ciudad un embajador para tratar de algún gran negocio, y ese enviado, en vez de dedicarse allí al asunto de que ha sido encargado, sólo pensara en banquetes, comedias y espectáculos, y por ello la negociación fracasara, ¿qué cuenta podría dar luego al rey?

Pues, ¡oh Dios mío!, ¿qué cuenta habrá de dar al Señor en el día del juicio quien puesto en este mundo, no para divertirse, ni enriquecerse, ni alcanzar honras, sino para salvar el alma, hubiere atendido a todo, menos a su alma?

Los mundanos sólo piensan en lo presente, no en lo futuro. Hablando en Roma una vez San Felipe Neri con un joven de talento, llamado Francisco Nazzera, le dijo así: “Tú, hijo mío, tendrás brillante fortuna: serás buen abogado; prelado después; luego, quizá Cardenal, y tal vez Pontífice; pero ¿y después?, ¿y después?” Al fin le dijo: “Vamos, piensa en estas últimas palabras.” Se fue Francisco a casa, y meditando en aquellas palabras: “¿y después?, ¿y después?”, abandonó los negocios terrenos, se apartó del mundo y entró en la misma Congregación de San Felipe Neri, para no ocuparse más que en servir a Dios.

La salvación es el *único* negocio importante, porque sólo tenemos un alma. Un príncipe pidió al Papa San Benedicto XII que le concediese una gracia que no podía otorgar sin caer en pecado. Y el Papa respondió al embajador: “Decid a vuestro príncipe que si yo tuviese dos almas, podría perder una por él y reservarme la otra para mí; pero como no tengo más que una, no quiero perderla.”

San Francisco Javier decía que “no hay en el mundo más que un solo bien y un solo mal. El único bien, salvarse; el único mal, condenarse.” La misma verdad exponía Santa Teresa a sus monjas, diciéndolas: “Hermanas mías, hay un alma y una eternidad”; esto es: tenemos sólo *un* alma, y no podemos arriesgarnos a perderla; hay *una* eternidad, es decir, el destino de nuestra alma es eterno y el alma una vez perdida, estará para siempre perdida. Por eso rogaba David a Dios, y decía en un salmo: “Sólo una cosa te pido, Señor: habitar eternamente en tu celestial Morada.”

“Trabajad con amor y temor en la obra de vuestra salvación” (Filipenses). Quien no teme perderse, no se salvará. De suerte que, para salvarse, es necesario trabajar y hacerse violencia. Para alcanzar la salvación, es preciso que, en la hora de la muerte, nuestra vida tenga semejanza con la de Nuestro Señor Jesucristo. Y para ello debemos esforzarnos en huir de las ocasiones de pecar, y además valernos de los medios necesarios para obtener la salvación.

“No se dará el reino a los vagabundos,” dice San Bernardo, “sino a los que hayan trabajado dignamente en el servicio de Dios.” Todos querían salvarse sin trabajo alguno. “El demonio,” dice San Agustín, “trabaja sin reposo para perdernos, ¿y tú, tratándose de tu bien o de tu mal eterno, tanto te descuidas?”

¡Cuánto debes agradecer a Dios que haya permitido que estés aquí y no en el infierno, que tantas veces has merecido! Mas ¿de qué te servirá la vida que te ha conservado, si vives privado de su gracia?

Negocio *importante*, negocio *único*, negocio *irreparable*. “No hay error que pueda compararse,” dice San Eusebio, “al error de descuidar la eterna salvación.” Todos los demás errores pueden tener remedio. Si se pierde la hacienda, posible es recobrarla por nuevos trabajos. Si se pierde un cargo, puede ser recuperado otra vez. Aun perdiendo la vida, si uno se salva, todo se remedió.

Mas para quien se condena no hay posibilidad de remedio. Una vez sólo se muere; una vez perdida el alma, se perdió para siempre. No queda más que el eterno llanto con los demás míseros insensatos del infierno, donde uno de sus mayores penas y tormentos será el considerar que para ellos no hay tiempo ya de remediar su desdicha.

Preguntad a aquellos *prudentes* siervos del mundo, sumergidos ahora en el fuego infernal, preguntadles lo que sienten y piensan, si se regocijan de haber labrado su fortuna en la tierra, aun cuando se hallen condenados en la prisión eterna. Oíd cómo gimen, diciendo: ‘Hemos errado.’ Mas, ¿de qué les sirve conocer su error cuando ya la condenación para siempre es irremediable?

¿Qué pesar no sentiría en este mundo el que, habiendo podido prevenir y evitar con poco trabajo la ruina de su casa, la viera un día derribada y considerase su propio descuido cuando no tuviera ya remedio posible?

Una de las mayores aflicciones de los condenados es pensar que han perdido su alma y se han condenado por culpa suya. Dice Santa Teresa que si alguno pierde por su culpa un vestido, un anillo, una pequeñez, pierde la paz y, a veces, ni come ni duerme.

¡Cuál será, pues, oh Dios mío, la angustia del condenado cuando, al entrar en el infierno y verse ya sepultado en aquella cárcel de tormentos, piense en su desdicha y considere que no va a hallar en toda la eternidad remedio alguno! Sin duda, exclamará: ‘Perdí el alma y la gloria; perdí a Dios, lo perdí todo para siempre, ¿y por qué?, ¡por culpa mía!’

Y si alguno dijera: ‘Pero, aunque cometa este pecado, ¿por qué me he de condenar? ¿Acaso no podré todavía salvarme?’, le responderé: ‘Tal vez te condenarás.’ Y aún añadiré que es probable tu condenación, porque la Escritura amenaza con ese tremendo castigo a los pecadores obstinados, como tú lo eres en este instante. “Dios quiera que nosotros, queridísimos hijos, no seamos de los que desertan de la Fe para perderse, sino de los que se aprovechan de la Fe para salvarse.” (Hebreos). ¡Ay de los que abandonan la Fe! ¡Ay de ellos, que se apartaron del Señor!

A lo menos, con ese pecado que cometes, pones en gran peligro y duda tu salvación eterna. ¿Y es este un negocio para correr riesgo? “No se trata de una casa, de una ciudad, de un cargo; se trata,” dice San Juan Crisóstomo, “de padecer una eternidad de tormentos y de perder la gloria perdurable.” Y este negocio, que para

ti lo es todo, ¿quieres arriesgarlo en un *puede ser?* ‘¿Quién sabe,’ replicas, ‘quién sabe si me condenaré? Yo espero que Dios, más tarde, me perdonará.’ Pero ¿y entre tanto? Entre tanto, por ti mismo te condenas al infierno. ¿Te arrojarías a un pozo diciendo: Tal vez me libraré de la muerte? Seguramente que no. Pues ¿cómo fundas tu eterna salvación en tan débil esperanza, en un *quién sabe?*

¡Oh! ¡Cuántos por esa maldita, falsa, esperanza se han condenado! ¿No sabes que la esperanza de los obstinados en pecar no es tal esperanza, sino presunción y engaño, que no mueve a Dios a practicar la misericordia, antes bien provoca su enojo?

Si dices que ahora no crees poder resistir las tentaciones y la pasión dominante, ¿cómo resistirás después, cuando, en vez de aumentarse tus fuerzas, te falten fuerzas por el hábito de pecar? Pues, por una parte, el alma estará más ciega y más endurecida en su maldad, y por otra, carecerá del auxilio divino. ¿Acaso esperas que Dios te aumente sus luces y gracias después que tú hayas aumentado sin límites tus faltas y pecados?

Confíate bien para que oigas aquellas palabras que Cristo dijo a la Magdalena: “Perdonados te son tus pecados,” y ten gran dolor de tu culpas antes que llegue el trance de la muerte. Pide a Jesús que aumente tu esperanza, ante el temor de que, en el fin de tu vida, el demonio quiera inspirarte la desesperación espantosa en vista de las innumerables traiciones que para con Dios hayas cometido. Porque si no lo haces así, ese trance te traerá inquietud y desdicha, y tú en aquel solemne instante, no querrás que te cause espanto la presencia de Jesús.

Vanidad del mundo: En un viaje por mar, cierto antiguo filósofo, llamado Aristipo, naufragó con la nave en que iba, y él perdió cuantos bienes llevaba. Mas pudo llegar salvo a tierra, y los habitantes del país al que arribó, entre los cuales gozaba Aristipo de gran fama por su ciencia, le proveyeron de tantos bienes como había perdido. Por lo cual escribió luego a sus amigos y compatriotas encomendándoles, con su ejemplo, que sólo atendiesen a proveerse de aquellos bienes que ni aun con los naufragios se pueden perder.

Esto mismo nos avisan desde la otra vida nuestros deudos y amigos que llegaron a la eternidad. Nos advierten que en este mundo procuremos, ante todo, adquirir los bienes que ni aun con la muerte se pierden. Día de perdición se llama el día de la muerte, porque en él hemos de perder los honores, riquezas, placeres y todos los bienes terrenales. Por esta razón dice San Ambrosio que no podemos llamar ‘nuestros’ a tales bienes, puesto que no podemos llevarlos con nosotros a la otra vida, y que sólo las virtudes nos acompañan a la eternidad.

¿De qué sirve, pues, dice Jesucristo, ganar todo el mundo, si en la hora de la muerte, perdiendo el alma, se pierde todo? ¡Oh! ¡A cuántos jóvenes hizo esta gran máxima encerrarse en el claustro! ¡A cuántos anacoretas condujo al desierto! ¡A cuántos mártires movió para dar la vida por Cristo! ¡A cuántos hizo enmendar sus vidas!

Con estas máximas, San Ignacio de Loyola ganó para Dios innumerables almas, especialmente la hermosísima de San Francisco Javier, que se hallaba en París, ocupado allí en asuntos mundanos. “Piensa, Francisco,” dijo un día el Santo, “piensa que el mundo es traidor, que promete y no cumple; mas aunque cumpliere lo que promete, jamás podrá satisfacer tu corazón. Y aun suponiendo que le satisficiera, ¿cuánto durará esa ventura? ¿Podrá durar más que tu vida? Y al fin de ella, ¿llevarás tu dicha a la eternidad? ¿Hay algún poderoso que haya llevado a la otra vida ni una moneda, ni un criado para su servicio? ¿Hay algún rey que tenga allí un pedazo de púrpura para engalanarse?” Con estas consideraciones, San Francisco Javier se apartó del mundo, siguió a San Ignacio de Loyola y fue un gran santo.

“Vanidad de vanidades,” así llamó Salomón a todos los bienes del mundo cuando por experiencia, como él mismo confesó, hubo conocido todos los placeres que hay en la tierra. Sor Margarita de Santa Ana, carmelita descalza, hija del emperador Rodolfo II, decía: “¿De qué sirven los tronos en la hora de la muerte?”

¡Es algo sorprendente! Hay Santos que temen al pensar en su salvación eterna. Temía el Padre Séñeri, que, lleno de sobresalto, preguntó a su confesor: “¿Qué decís, Padre; me salvaré?” Temblaba San Andrés Avelino cuando, gimiendo, exclamaba: “¿Quién sabe si me salvaré!” Idéntico pensamiento afligía a San Luis Beltrán, y le movía muchas noches a levantarse del lecho, diciendo: “¿Quién sabe si me condenaré!” En cambio, ¡los pecadores viven condenados, y duermen, y ríen, y se regocijan!

Reconoce tú ahora, que estás a tiempo, tu propia locura y el mal que quizás has cometido apartándote de tu Divino Redentor que por ti dio la Sangre y la vida. No merece, en verdad, que le trates como le has tratado. Si ahora llegase tu muerte, ¿qué hallaría en ti sino pecados y remordimientos de conciencia que te harían morir abrumado de angustia? Confiesa a tu Salvador que obraste mal, que te engañaste a ti mismo, trocando el Sumo Bien por los míseros placeres del mundo.

Es necesario pesar los bienes en la balanza de Dios, no en la del mundo, que es falsa y engañosa. Los bienes del mundo son hartamente miserables, no satisfacen al alma y acaban pronto. Los días del hombre huyen más veloces que un correo. Pasan veloces los breves días de esta vida; y de los placeres de la tierra, ¿qué queda después? Pasan como naves, que no dejan en pos de sí ni aun rastro de su paso.

Preguntemos a tantos ricos, letrados, príncipes, emperadores que están en la eternidad, qué hallan allí de sus

pasadas grandezas, pompas y delicias terrenales. Todos responden: ‘Nada, nada.’ “Vosotros, hombres,” dice San Agustín, “consideráis solamente los bienes que posee aquel grande; considerad también qué cosa lleva consigo al sepulcro: un cadáver pestilente y una mortaja, que con él se pudrirá.”

De los poderosos que mueren, apenas si se oye hablar un poco de tiempo; después, hasta su memoria se pierde. Y si van al infierno, ¿qué harán y dirán allí? Gemirán, diciendo: ‘¿De qué nos ha servido nuestro lujo y riquezas, si ahora todo ello pasó ya como sombra, y nada nos queda, sino penas, llanto y desesperación sin fin?’

“Los hijos de este siglo o amadores del mundo, en lo que atañe a sus negocios materiales, son más sagaces e interesados que los hijos de la Luz.” (Evangelio). Pasma el considerar cuán prudentes son los mundanos en las cosas de la tierra. ¡No se ahorran ningún trabajo para alcanzar honras y bienes! ¡Con qué solicitud se ocupan en conservar la salud del cuerpo! Escogen y emplean los medios más útiles, los más afamados médicos, los mejores remedios, el clima mejor, y, sin embargo, ¡cuán descuidados son para el alma! Y con todo, cierto es que la salud, honras y hacienda han de acabarse un día, mientras que el alma, lo eterno, no tiene fin.

“Observemos,” dice San Agustín, “cuánto padece el hombre por las cosas que ama desordenadamente.” ¿Qué no padecen los vengativos, ladrones y deshonestos para llevar a cabo sus malvados propósitos? Y para el bien del alma nada quieren sufrir.

¡Oh Dios! Los mundanos, en la hora de la muerte, en aquel momento de grandes verdades, conocen y confiesan su gran locura. Entonces desearían haber dejado a tiempo todas las cosas y haber sido santos.

El Pontífice San León XI decía, moribundo: “Más que ser Papa, me hubiera valido ser portero de mi convento.” San Honorio III, Pontífice también, exclamó al morir: “Mejor hubiera hecho quedándome en la cocina de mi comunidad para lavar vajilla.”

San Felipe II, rey de España, llamó a su hijo en la hora de la muerte, y, apartando la ropa que le cubría, le mostró el pecho, cubierto de gusanos, y le dijo: “Mirad, príncipe, cómo se muere y cómo acaban las grandezas del mundo.” Y luego exclamó: “¡Ah, si Dios me hubiera concedido ser yo lego de cualquier orden religiosa y no monarca!” Hizo después que le pusieran al cuello una cruz de madera; ordenó las cosas de su muerte, y dijo a su heredero: “He querido, hijo mío, que fueseis testigo de este acto para que vieseis cómo, al fin de la vida, trata el mundo aun a los reyes. Su muerte es igual a la de los más pobres de la tierra. El que mejor hubiere vivido es quien logrará con Dios más alto favor.”

Y este mismo hijo, que fue después San Felipe III, al morir, aún joven, de casi cuarenta y tres años de edad, dijo: “Cuidad, súbditos míos, de que en el sermón de mis funerales sólo se predique este espectáculo que veis.



Decid que en la muerte no sirve el ser rey sino para tener mayor tormento por haberlo sido. ¡Ojalá que en vez de ser rey hubiera vivido en un desierto, sirviendo a Dios! ¡Iría ahora con más esperanza a presentarme ante su tribunal, y no correría tanto riesgo de condenarme!”

Mas ¿de qué valen tales deseos en el trance de la muerte, sino para mayor desesperación y pena de quien no haya en vida amado a Dios? Por esto decía Santa Teresa: “No se ha de tener en cuenta lo que se acaba con la vida. La verdadera vida es vivir de manera que no se tema la muerte.”

De suerte que si queremos comprender lo que son los bienes terrenales, mirémoslos como si estuviéramos en el lecho mortuario, y digamos luego: ‘Aquellas rentas, honores y placeres se acabarán un día. Entonces, es necesario que

procuremos santificarnos y enriquecernos sólo con los únicos bienes que han de acompañarnos siempre y han de hacernos dichosos por toda la eternidad.’

No debes temer que Jesús te abandone, si ahora le buscas y le amas con todo tu corazón, ya que cuando lo despreciabas, Nuestro Redentor no dejaba de buscarte; no quieras ofender nuevamente a Dios ni en lo más mínimo, y abraza gustoso cuantos dolores y cruces te envíe. Que te castigue en esta vida, a fin de que no tenga que hacerlo en la otra y puedas amarle eternamente.

“El tiempo es corto; y los que usan de las cosas temporales... (que vivan) como si no las usasen; porque el aspecto externo de este mundo pasa precipitadamente.” (1 Corintios). ¿Qué otra cosa es nuestra vida temporal sino una escena que pasa y se acaba en seguida? Pasa la figura de este mundo, es decir, la apariencia, la escena de comedia. “El mundo es como una escena;” dice el Padre Cornelio a Lápide S.J., “pasa una generación, y otra le sucede. Quien representó el papel de rey no llevará consigo la púrpura. Dime, ¡oh ciudad, oh casa!, ¿cuántos señores tuviste?” No bien acaba la comedia, el que hizo el papel de rey no es ya rey, ni el señor es ya señor. Ahora poseéis esa granja o palacio; pero llegará la muerte, y

otros serán dueños de todo.

La hora funesta de la muerte trae consigo el olvido y fin de todas las grandezas, honras y vanidades del mundo. Casimiro II, rey de Polonia, murió de repente cuando acercaba a los labios una copa para beber. Rápidamente se le acabó la escena del mundo.

El emperador Celso fue asesinado a los ocho días de haber sido elevado al trono, y así acabó para Celso la escena de la vida. Ladislao, rey de Bohemia, joven de dieciocho años, estaba esperando a su esposa, hija del rey de Francia, y preparando grandes festejos, cuando una mañana le dio un fortísimo ataque de dolor, y murió de ello. Por lo cual enviaron correos en seguida, con el fin de advertir a la esposa que retornase a Francia, pues la comedia del mundo había acabado para Ladislao.

Este pensamiento de la vanidad del mundo hizo santo a Francisco de Borja, el cual, como dijimos antes, al ver el cadáver de la emperatriz Isabel, muerta en medio de las grandezas y en la flor de la juventud, resolvió entregarse del todo a Dios, diciendo: “¡En esto acaban las grandezas y coronas del mundo! ¡Nunca más servir a señor que se me pueda morir!”

Procuremos, pues, vivir de tal modo que en nuestra muerte no se nos pueda decir lo que se dijo al necio mencionado en el Evangelio: “Necio, esta noche te exigiré la entrega de tu alma, pues morirás. Y lo que has almacenado, ¿para quién será?” Y luego añadió Jesús: “Así sucederá al que atesora para sí, y no es rico en Gracia a los ojos de Dios.” Más adelante dice: “Hacedos bolsas que no se rompan, y tesoro en los Cielos que jamás se agote, adonde el ladrón no llega, ni roe la polilla;” o sea: procurad enriqueceros no con los bienes del mundo, sino de Dios, con virtudes y méritos que eternamente durarán con vosotros en el Cielo.

Preocupémonos de alcanzar el gran tesoro del divino amor. “¿Qué tiene el rico si no tiene caridad? Y si el pobre tiene caridad, ¿qué no tiene?”, dice San Agustín. El que tiene todas las riquezas y no posee a Dios, es el más pobre del mundo. Mas el pobre que posee a Dios, todo lo posee. ¿Y quién posee a Dios? El que le ama. “El que guarda los Mandamientos Divinos, Dios está en él, y él está unido a Dios.” (1 Juan).

Que Jesús sea tu único Dueño y Señor. Déjalo todo para alcanzar su gracia, más estimable que mil coronas y mil reinos. ¿A quién hemos de amar sino a Jesús, infinitamente amable, bien infinito, belleza, bondad, amor infinitos? Jamás te quejes de lo que Dios disponga, porque todo ello es santo y ordenado para tu bien. Que Dios disponga lo que le plazca, y tú promete recibirlo con alegría y darle por todo rendidas gracias. Que te dé su amor, y nada más.

La vida presente es un viaje a la eternidad: Al considerar que en este mundo tantos malvados viven prósperamente, y tantos justos, al contrario, viven llenos de tribulaciones, los mismos gentiles con el solo auxilio de la luz natural, conocieron la verdad de que existiendo Dios, y siendo Dios justísimo, debe haber otra vida en que los impíos sean castigados y premiados los buenos. Pues esto mismo que los gentiles conocieron con las luces de la razón, nosotros los cristianos lo confesamos también por la luz de la fe: “No tenemos aquí ciudad fija, sino que vamos en busca de la celestial, que está por venir.” (Hebreos).

Esta tierra no es nuestra patria, sino lugar de tránsito por donde pasamos para llegar en breve a la casa de la eternidad. De suerte, que la casa en que vives no es *tu propia casa*, sino como una hospedería que pronto, y cuando menos lo pienses, tendrás que dejar; y los primeros en arrojarte de ella cuando llegue la muerte serán tus parientes y allegados. ¿Cuál será, pues, tu verdadera casa? Una fosa será la morada de tu cuerpo hasta el día del juicio, y tu alma irá a la casa de la eternidad, o al Cielo, o al infierno.

Por eso nos dice San Agustín: “Huésped eres que pasa y mira.” Necio sería el viajero que, yendo de paso por una comarca, quisiera emplear todo su patrimonio en comprarse allí una casa, que al cabo de pocos días tendría que dejar. Considera, por consiguiente, dice el Santo, que estás de paso en este mundo, y no pongas tu afecto en lo que ves. Mira y pasa, y procura una buena morada donde para siempre habrás de vivir.

¡Dichoso de ti si te salvas! ¡Cuán hermosa es la gloria! Los más suntuosos palacios de los reyes son como chozas respecto de la ciudad del Cielo, única que puede llamarse ‘Ciudad de perfecta hermosura.’ Allí no habrá nada que desear. Estaréis contemplando y adorando a la Santísima Trinidad en la gozosa compañía de la Divina Madre de Nuestro Señor Jesucristo y de los Santos, sin temor de ningún mal. Viviréis, en suma, abismados en un mar de alegría de continua beatitud, que siempre durará. Y este gozo será tan perfecto y grande, que por toda la eternidad y en cada instante parecerá nuevo.

Si, por el contrario, te condenas, ¡desdichado de ti! Te hallarás sumergido en un mar de fuego y de dolor, desesperado, abandonado de todos y privado de tu Dios. ¿Y por cuánto tiempo? ¿Acaso cuando hubieren pasado cien años, o mil, habrá concluido tu pena? ¡Oh, no acabará! ¡Pasarán mil millones de años y de siglos, y el infierno que padecieres estará comenzando! ¿Qué son mil



años respecto de la eternidad? Menos de un día que ya pasó. ¿Quieres ahora saber cuál será tu casa en la eternidad? Será la que merezcas; la que te fabriques tú mismo con tus obras.

Quizás la casa que mereciste con tu vida es la cárcel del infierno, donde apenas hubieses cometido el primer grave pecado, debías estar abandonado de Dios y sin esperanza de amarle nuevamente. ¡Bendita sea para siempre la misericordia del Señor, que te esperó y te dio tiempo para remediar tanto mal! No quieras abusar más de la paciencia de Dios.

Si el árbol cayere hacia el sur o hacia el norte, en cualquier lugar en que cayere, allí quedará. Donde caiga, en la hora de la muerte tu alma, allí quedará para siempre. No hay, pues, término medio: o reinar eternamente en la gloria, o gemir esclavo en el infierno. O ser siempre bienaventurado, en un mar de inefable dicha, o estar siempre desesperado en una cárcel de tormentos. ¿De qué sirve atormentarse, como hacen algunos, diciendo: “¿Quién sabe si estaré condenado o salvado?” Cuando cortan un árbol, ¿hacia dónde cae? Cae hacia donde está inclinado. ¿A qué lado te inclinas? ¿Qué vida llevas? Procura inclinarte siempre hacia la virtud, consérvate en gracia de Dios, huye del pecado, y así te salvarás y llegarás al Cielo.

Y para huir del pecado, tengamos presente siempre, *el gran pensamiento* de la eternidad, que así, con razón, lo llama San Agustín. Este pensamiento movió a muchos jóvenes a abandonar el mundo y vivir en la soledad, para atender sólo a los negocios del alma. Y en verdad que acertaron, pues ahora, en el Cielo, se regocijan de su resolución, y se regocijarán eternamente.

A una señora que vivía alejada de Dios, la convirtió San Juan de Ávila sin más que decirle: “Pensad, señora, en estas dos palabras: ‘*siempre*’ y ‘*jamás*’.” El Padre Pablo Séñeri, por un pensamiento de la eternidad que tuvo un día, no pudo conciliar luego el sueño, y se entregó desde entonces a una vida muy austera.

Dresselio refiere que un obispo, con ese pensamiento de la eternidad, llevaba santísima vida, diciendo mentalmente: “A cada instante estoy a las puertas de la eternidad.” Cierta monje se encerró en una tumba, y exclamaba sin cesar: “¡Oh eternidad, eternidad!” “Quien cree en la eternidad,” decía el citado San Juan de Ávila, “y no se hace santo, debiera estar encerrado en la casa de locos.”

San Juan Crisóstomo, considerando que aquel rico Epulón calificado de dichoso en el mundo luego fue condenado al infierno, mientras que Lázaro, tenido por infeliz, porque era pobre, fue después felicísimo en el Cielo, exclama: “¡Oh infeliz felicidad, que produjo al rico eterna desventura! ¡Oh feliz desdicha, que llevó al pobre a la felicidad eterna!”

Sabías que pecando te condenabas tú mismo a eterno dolor, y con todo, quisiste oponerte a la voluntad santísima de Dios, por un miserable placer. ¡No te rebeles nunca más contra su santa voluntad! ¡Desdichado de ti si Dios te hubiera enviado la muerte en el tiempo de tu mala vida! Te hallarías quizás en el infierno aborreciendo su voluntad. Mas ahora ámala, y decídate a amarla siempre y decir: “Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.” ¿Pues qué otra cosa quiere Dios, sino tu bien y tu salvación? ¡Dichoso de ti si pasas la vida que te resta y mueres haciendo su santa voluntad!

Irá el hombre a su casa en la eternidad, lo cual denota que cada cual va a la casa que quiere. No le llevarán, sino que irá por su propia y libre voluntad. Cierta es que Dios quiere que nos salvemos todos, pero no quiere salvarnos a la fuerza. Puso ante nosotros la vida y la muerte, y lo que elijamos nos dará. El Señor nos ha dado dos vías para caminar: una la de la gloria, otra la del infierno. A nosotros toca escoger. El que se empeña en andar por la senda del infierno, ¿cómo podrá llegar a la gloria?

Es increíble que, aunque todos los pecadores quieren salvarse, y dicen: ‘Espero salvarme’, ellos mismos se condenan al infierno. “Mas ¿quién será tan loco,” dice San Agustín, “que quiera tomar un veneno mortal con la esperanza de curarse después? Y con todo, cuántos cristianos, cuántos locos, se dan muerte a sí mismos, pecando, y dicen: ‘Luego pensaré en el remedio.’ ¡Oh error deplorable, que a tantos ha enviado al infierno!”

No seamos nosotros de estos dementes; consideremos que se trata de la eternidad. Si tanto trabajo se toma el hombre para procurarse una casa cómoda, amplia, sana y en buen sitio, como si tuviera la seguridad de que ha de habitarla toda su vida, ¿por qué se muestra tan descuidado cuando se trata de la casa en que ha de estar eternamente?, dice San Eucherio.

No se trata de una morada más o menos cómoda o espaciosa, sino de vivir en un lugar lleno de delicias, entre los amigos de Dios, o en una cárcel colmada de tormentos, entre la turba infame de los malvados, herejes e idólatras. ¿Por cuánto tiempo? No por veinte ni por cuarenta años, sino por toda la eternidad. ¡Gran negocio, sin duda! No cosa de poco peso, sino de suma importancia.

Cuando Santo Tomás Moro fue condenado a muerte por Enrique VIII, su esposa, Luisa, procuró persuadirle que consintiera en lo que el rey quería. Pero Santo Tomás Moro le replicó: “Dime, Luisa; ya ves que soy viejo, ¿cuánto tiempo podré vivir aún?” “Podréis vivir todavía veinte años más”, dijo la esposa. “¡Oh, mal negocio!”, exclamó entonces Tomás: “¿Por veinte años de vida en la tierra quieres que pierda una eternidad de dicha y que me condene a eterna desventura?”

¡Oh Dios, iluminadnos! Si la doctrina de la eternidad fuese dudosa, una opinión solamente probable,

aun así deberíamos procurar con empeño, por si esa opinión fuera verdad, vivir bien para no exponernos a ser eternamente infelices. Pero esa doctrina no es dudosa, sino certísima; no es mera opinión, sino dogma de fe. “¡Oh, la falta de fe,” dice Santa Teresa, “es la causa de tantos pecados y de que tantos cristianos se condenen! Reavivemos, pues, nuestra fe, diciendo: ‘¡Creo en la vida eterna!’” Creo que después de esta vida hay otra, que no acaba jamás.

Y con este pensamiento siempre presente, acudamos a los medios convenientes para asegurarnos la salvación. Frecuentemos los Sacramentos, hagamos oración y meditación diaria, pensemos en nuestra eterna salvación y huyamos de las ocasiones peligrosas. Y si fuera preciso apartarnos del mundo, dejémoslo, porque ninguna precaución está de más para asegurarnos la eterna salvación. “No hay seguridad que sea excesiva donde se arriesga la eternidad” dice San Bernardo.

No hay, pues, término medio: o ser para siempre feliz, o para siempre desdichado; o has de verte en un mar de venturas, o en un piélagos de tormentos; con Dios en la gloria, o eternamente en el infierno, apartado de Dios. Si ahora estuvieses en el infierno, no podrías amarle, sino que le odiarías eternamente. Pues ¿qué mal te ha hecho para que le odiases? Te amó hasta el extremo de morir por ti, y es digno de infinito amor. “¿Quién nos separará del amor de Cristo si somos fieles a su Gracia?” (Romanos). ¡Ah, sólo el pecado puede apartarnos de Jesús!

Malicia del pecado mortal: ¿Qué hace quien comete un pecado mortal? Injuria a Dios, le deshonor y, en cuanto está de su parte, le colma de amargura. Primeramente, el pecado mortal es una ofensa grave que se hace a Dios. La malicia de una ofensa, como dice Santo Tomás, se valora según la persona que la recibe y según la persona que la hace. Una ofensa hecha a un simple particular es, sin duda, un mal; pero es mayor delito si se hace a una persona de alta dignidad, y mucho más grave si se dirige al rey. ¿Y quién es Dios? Es el Rey de los reyes. Dios es la Majestad infinita, respecto de la cual todos los príncipes de la tierra y todos los Santos y ángeles del Cielo son menores que un grano de arena. Ante la grandeza de Dios, todas las criaturas son como si no fuesen. Eso es Dios.

Y el hombre, ¿qué es? Responde San Bernardo: ‘Saco de gusanos, manjar de gusanos, que en breve le devorarán. El hombre es un miserable, que nada puede; un ciego, que nada ve; un pobre y desnudo, que nada tiene. ¿Y este mísero gusanillo se atreve a injuriar a Dios?’ Con razón, pues, afirma el Angélico Doctor que el pecado del hombre contiene una malicia casi infinita.

San Agustín llama al pecado decididamente *un mal infinito*; de modo que, aunque todos los hombres y los ángeles se ofrecieran a morir, y aun a aniquilarse, no podrían satisfacer a Dios por un solo pecado. Dios castiga el pecado mortal con las terribles penas del infierno; pero, con todo, ese castigo es, como dicen todos los teólogos, menor que la pena con que tal pecado debería castigarse.

Y, en verdad, ¿qué pena bastará para castigar como merece a un gusano que se rebela contra su Señor? Sólo Dios es Señor de todo, porque es Creador de todas las cosas. Por eso, todas las criaturas le obedecen. “Hasta los vientos y la mar le obedecen” (Evangelio). El fuego, el granizo, la nieve y el hielo ejecutan sus órdenes. Mas el hombre, al pecar, ¿qué hace sino decir a Dios: ‘Señor, no quiero servirte’?

El Señor le dice: ‘No te vengues’, y el hombre responde: ‘Quiero vengarme.’ ‘No tomes los bienes del prójimo’, y desea apoderarse de ellos. ‘Abstente del placer impuro’, y no se resuelve a privarse de él. El pecador dice a Dios lo que decía el impío Faraón cuando Moisés le intimó a cumplir la orden divina de que diese libertad al pueblo de Israel. Aquel temerario respondió: “¿Quién es ese Señor, para que obedezca su voz...? No conozco a tal Señor.” Pues lo mismo dice el pecador: ‘Señor, no te conozco; quiero hacer lo que me plazca.’

En suma: ante Dios mismo le falta el respeto y se aparta de Él, que esto es propiamente el pecado mortal: la acción con que el hombre se aleja de Dios. De esto se lamentará el Señor, diciendo: ‘Ingrato fuiste, tú me has abandonado; Yo jamás me hubiera apartado de ti; tú te has vuelto atrás.’

Dios declaró que aborrecía el pecado; de suerte que no puede menos de aborrecer al que lo comete. “Tú eres Dios de Bondad y aborreces la iniquidad... Tú aborreces a todos los que obran iniquidad.” (Salmo). Y el hombre, al pecar, ¡se atreve a declararse enemigo de Dios y a combatir frente a frente contra Él! Pues ¿qué dirías si vieses a una hormiga que quisiera pelear con un soldado?

Dios es aquel omnipotente Señor que con sólo querer creó de la nada el Cielo y la tierra. Y si quisiera, a una señal suya, podría aniquilarlo todo. Y el pecador, cuando consiente en el pecado, levanta la mano contra Dios y, con soberbia, corre a ofender a Dios y exclama: “Ya sé que va contra la Ley de Dios, pero ¿qué gran mal es el pecado que hice? Dios es bueno y perdona a los pecadores.” ¡Qué injuria!, ¡qué temeridad!, ¡qué soberbia!, ¡qué ceguera tan grande!

Si tú eres el rebelde temerario que tantas veces se atrevió a perder el respeto a Dios y a huir de Él, implora ahora su piedad. Jamás abandones el



amor de Nuestro Señor Jesucristo. Este amor suyo te libró del infierno. El amor a Él te libraré del pecado en lo porvenir.

El pecador no sólo injuria a Dios, sino que también le deshonra. Porque, renunciando a la divina gracia por un miserable placer, menosprecia y pisotea la amistad de Dios. Si el hombre perdiese esta soberana amistad por ganar un reino, y aun todo el mundo, cometería, sin embargo, un mal inmenso, pues la amistad de Dios vale más que el mundo y más que mil mundos. Y sin embargo, al Dios infinitamente santo, al Dios inmortal se lo ofende por miserables bienes percederos, o por satisfacer una baja inclinación de nuestra naturaleza caída, o simplemente por capricho humano. Apenas el pecador comienza a deliberar consigo mismo si dará o no consentimiento al pecado, entonces, por decirlo así, toma en sus manos la balanza y se pone a considerar qué cosa pesa más, si la gracia de Dios o aquel bien pasajero, o su baja inclinación. Y cuando luego da el consentimiento, declara que para él vale más hacer su propia voluntad que la divina amistad. Ved, pues, a Dios menospreciado por el pecador.

Considerando la grandeza y majestad de Dios, todos deben exclamar: 'Señor, ¡quién es semejante a Ti!' Mas Dios, al contrario, viéndose comparado por los pecadores a una satisfacción vilísima y pospuesto a ella, les dirá: '¿A quién me habéis asemejado e igualado? ¿Es que aquel placer vale más que mi gracia?'

No habrías pecado si hubieras sabido que al pecar, perderías una mano, o mil euros, o quizá menos. De modo, dice Salviano, que sólo Dios es tan vil a tus ojos, que merece ser pospuesto a un rapto de cólera, o a un mísero deleite.

Además, cuando el pecador, por cualquier placer suyo, ofende a Dios, hace que tal placer se convierta en su dios, porque en aquél pone su fin. Así dice San Jerónimo: "Lo que alguien desea, si lo venera, es para él un dios." Vicio en el corazón, es ídolo en ese altar. Por lo mismo, dice Santo Tomás: "Si amas los deleites, éstos son tu dios." Y San Cipriano: "Todo cuanto el hombre antepone a Dios, lo convierte en su dios."

Cuando Jeroboán se rebeló contra el Señor, procuró llevar consigo al pueblo a la idolatría, y le presentó sus ídolos, diciendo: "He aquí, oh Israel, a tus dioses." Así procede el demonio: ofrece al pecador los placeres, y le dice: '¿Qué quieres hacer de Dios? Ve aquí al tuyo; esta pasión, este deleite. Acéptalo y abandona a Dios.' Y si el pecador consiente, eso mismo hace: adora en su corazón el placer como a dios. Vicio en el corazón, es ídolo en altar.

¡Y si a lo menos los pecadores no deshonrasen a Dios en presencia de Él mismo! Mas no; le injurian y deshonran cara a cara, porque Dios está presente en todo lugar. El pecador lo sabe. ¡Y con todo, se atreve a provocar al Señor en su misma presencia divina!

Dios es el Bien infinito, y le hemos cambiado muchas veces por un vil deleite, que desaparece apenas gozado. Vuelve a Dios, y espera que te recibirá y abrazará como a hijo. No dejará el infierno de ofrecerte tentaciones; pero Dios es más poderoso que él; y bien sabes que no te apartarás jamás de Dios si te encomiendas siempre a tu Madre Celestial, María Santísima.

Dijimos que el pecador, además, colma a Dios de amargura, pues no hay amargura más profunda que la de verse pagado con ingratitud por una persona amada y en extremo favorecida. ¿Y a qué se atreve el pecador? Ofende a un Dios que le creó y le amó tanto, que dio por su amor la Sangre y la vida. Y el hombre le arroja de su corazón al cometer un pecado mortal. Dios habita en el alma que le ama. "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él." (Evangelio).

Notad la expresión 'haremos morada'. Dios viene a esa alma y en ella fija su mansión: es decir, que no la deja, a no ser que el alma lo arroje de sí. "Dios no abandona si no es abandonado", como dice el Concilio de Trento. Y puesto que Vos sabéis, Señor, que aquel ingrato os arrojará de sí, ¿por qué no le dejáis ahora mismo? Abandonadle, partid antes que se os haga esa gran ofensa. 'No,' dice el Señor; 'no quiero dejarle, sino esperar a que él mismo me despida.'

Apenas el alma consiente en el pecado, dice a su Dios: 'Señor, apartaos de mí.' No lo dice con palabras, sino con hechos, como advierte San Gregorio I. Bien sabe el pecador que Dios no puede vivir con el pecado. Bien ve que si peca, tiene Dios que apartarse de él. De modo que, en rigor, le dice: 'Ya que no podéis estar con mi pecado y habéis de alejaros de mí, idos cuando os plazca.' Y, al despedir a Dios del alma, hace que en seguida entre el enemigo a tomar posesión de ella. Por la misma puerta por donde sale Dios entra el demonio. "Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro, y moran allí." (Evangelio).

Cuando se bautiza a un niño, el sacerdote exorciza al demonio, diciéndole que se marche, para que el espíritu inmundo salga y dé lugar al Espíritu Santo; así, aquella alma del bautizado, al recibir la gracia, se convierte en templo de Dios. Pero cuando el hombre consiente en pecar, efectúa precisamente lo contrario, diciendo a



Dios, que estaba en su alma: 'Sal de aquí, Señor, y da lugar al demonio.' De esto se lamentaba el Señor con Santa Brígida cuando le dijo que, al despedirle el pecador, procedía como si quitase al Rey su propio trono: "Soy como un Rey arrojado de su propio reino; y en mi lugar se elige a un pésimo ladrón."

¿Qué gran pena sentirías si recibieses grave ofensa de alguien a quien hubieses favorecido mucho? Pues esa misma pena causas a Dios, que llegó hasta dar su vida por salvarte. Clama el Señor a la tierra y al Cielo para que le compadezcan por la ingratitud con que le tratan los pecadores: "Oíd, oh Cielos, y tú, oh Tierra, escucha con atención. Hijos crié, y los he engrandecido, mas ellos me han despreciado" (Isaías). En suma, los pecadores afligen con sus pecados el Corazón del Señor.

Dios no puede sentir dolor; pero, como dice el Padre Medina, si fuese posible que lo sintiera, sólo un pecado mortal bastaría para hacerle morir, por la infinita pesadumbre que le causaría. Así, pues, afirma San Bernardo, "el pecado, por cuanto en sí es, da muerte a Dios." De manera que los pecadores, al cometer un pecado mortal, hieren, por decirlo así, a su Señor, y nada omiten para quitarle la vida, si pudieran. Y según dice San Pablo, pisotean al Hijo de Dios, y desprecian todo lo que Jesucristo hizo y padeció para quitar el pecado del mundo.

Cuantas veces hayas pecado gravemente, arrojaste al Divino Redentor de tu alma y pusiste por obra todo lo que bastaría para darle muerte si pudiese morir. Oye lo que el Señor te dice: '¿Qué te hice o en qué te contristé, para que tanto me hayas contristado?' ¿Qué mal te ha hecho el Señor? Te dio el ser, y ha muerto por ti: ¡tal es el mal que hizo! ¿Qué has de responderle? Que mereces mil veces el infierno, y que muy justamente el Señor pudiera mandarte a él. Pero se acuerda de aquel amor que le hizo morir por ti en la Cruz, y tiene compasión de ti. No quiere que desesperes, y te dice que está a la puerta de tu corazón (de ese corazón que le arrojó de sí) y que llama con sus inspiraciones para entrar en él, pidiéndote que le abras. Ábrele la puerta, dile que entre y que no se aparte jamás de ti.

Misericordia de Dios: "En Dios la misericordia sobrepuja al rigor de su justicia." (Santiago). La bondad es comunicativa por naturaleza; de suyo tiende a compartir sus bienes con los demás. Dios, que por su naturaleza es la bondad infinita, siente vivo deseo de comunicarnos su felicidad, y por eso propende más a la misericordia que al castigo. Castigar, es obra ajena a las inclinaciones de la divina voluntad, por cuanto que este Padre no quiere la felicidad sólo para Sí mismo, sino que, por bondad, quiere compartirla con los hijos que ha creado. Y cuando el Señor castiga en esta vida es para ser misericordioso en la otra. Se muestra airado con el fin de que nos enmendemos y aborrezcamos el pecado; si ahora nos castiga es porque nos ama y para librarnos de la eterna pena.

¿Quién podrá admirar y alabar suficientemente la misericordia con que Dios trata a los pecadores, esperándolos, llamándolos, acogéndolos cuando vuelven a Él? Y ante todo, ¡qué gracia valiosísima nos concede Dios al esperar nuestra penitencia!

Cuando le ofendiste, el Señor habría podido enviarte la muerte, y, sin embargo, te esperó; y en vez de castigarte, te colmó de bienes y te conservó la vida con su paternal providencia. Hacía como si no viera tus pecados, a fin de que te convirtieses.

¿Y cómo, Señor, Vos, que no podéis ver un solo pecado, veis tantos y calláis? ¿Veis aquel deshonesto, aquel vengativo, a ese blasfemo, cuyos pecados se aumentan de día en día, y no los castigáis? ¿Por qué tanta paciencia? Dios espera al pecador a fin de que se arrepienta, para poder de ese modo perdonarle y salvarle.

Dice Santo Tomás que todas las criaturas, el fuego, el agua, la tierra, el aire, por natural inclinación se aprestan a castigar al pecador por las ofensas que inflige al Creador; pero Dios, por su misericordia, las detiene. Vos, Señor, aguardáis al impío, para que se enmiende; mas ¿no veis que el ingrato se vale de vuestra piedad para ofenderos? ¿Por qué tal paciencia? Porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

¡Oh paciencia de Dios!, dice San Agustín, refiriéndose a su generosísima paciencia para con el pecador, que si Dios no fuese Dios, parecería injusto. Porque permite que se valga el hombre de aquella paciencia para más pecar, diríase que es en cierto modo una injusticia contra el honor divino. "Nosotros pecamos," sigue diciendo el mismo Santo, "nos entregamos al pecado (algunos firman paces con el pecado, duermen unidos a él meses y años enteros), nos regocijamos del pecado (pues no pocos se glorían de sus delitos), ¿y Tú estás aplacado? Nosotros te provocamos a ira, y Tú a misericordia." Parece que nos esforzamos en desafiar a Dios; nosotros, procurando que nos castigue; Él, invitándonos al perdón.

De hoy en adelante a nadie ames más que a Dios; que sólo vivas para Él que murió por ti, y que sólo por su amor padezcas, ya que por ti tanto padeció.

Consideremos, además, la misericordia de Dios cuando llama al pecador a penitencia. Se rebeló Adán contra Dios, y se ocultó después. Mas el Señor, que veía perdido a Adán, le llamaba: "¿En dónde estás?" Palabras de un padre que busca al hijo que ha perdido. Lo mismo ha hecho Dios contigo muchas veces. Huías de Dios, y Dios te buscaba, ora con inspiraciones, ora con remordimientos de conciencia, ya por medio de pláticas santas, ya con tribulaciones o con la muerte de tus deudos y amigos. Parece casi que el Señor perderá la voz a fuerza de llamarte. "Considerad, pecadores," dice Santa Teresa, "que os llama aquel

Señor que un día os ha de juzgar.”

¿Cuántas veces, cristiano, te mostraste sordo con el Dios que te llamaba? Bien mereces que no te llame más. Pero tu Dios no deja de buscarte, porque quiere que estés en paz con Él, para que te salves. ¿Quién es el que te llama? Un Dios de infinita majestad. ¿Y qué eres tú sino un gusano miserable y vil?

¿Y para qué te llama? No más que para restituirte la vida de la gracia, que tú habías perdido. “Pues, Yo no



quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva” (Ezequiel). Con el fin de recuperar la divina gracia, poco sería si uno viviese por toda su vida en el desierto. Pero Dios te ofrecía darte de nuevo su gracia en un momento, y tú la rechazaste. Y con todo, Dios no te ha abandonado, sino que se acerca a ti y te busca solícito, y lamentándose te dice: ‘¿Por qué, hijo mío, quieres condenarte?’

Siempre que el hombre comete un pecado mortal, arroja de su alma a Dios. Pero el Señor ¿qué hace? Se llega a la puerta de aquel ingrato, y llama; pide al alma que le deje entrar, y ruega hasta cansarse. Sí, dice San Dionisio Areopagita; Dios, como amante despreciado, busca al pecador y le suplica que no se pierda. Y eso mismo manifestó San Pablo (2 Corintios) cuando escribía a sus discípulos: “Os ruego, pues, encarecidamente, en nombre de Cristo, que, a través del Ministerio Sacerdotal, os conservéis reconciliados con Dios Padre.”

Bellísima es la consideración que sobre este texto hace San Juan Crisóstomo: “El mismo Cristo os ruega. ¿Y qué os ruega? Que os reconciliéis con Dios. De suerte que Él no es enemigo vuestro, sino vosotros de Él.” Con lo cual manifiesta el Santo que no es el pecador quien ha de esforzarse en conseguir que Dios se mueva a reconciliarse con él, (puesto que es él y no Dios quien se niega a hacer la paz,) sino que basta con que el pecador se resuelva a aceptar la amistad divina.

¡Ah! Este bondadosísimo Señor se acerca sin cesar a los innumerables pecadores y les va diciendo: ‘¡Ingratos! No huyáis de Mí. ¿Por qué huís? Decídmelo. Yo deseo vuestro bien, y sólo procuro haceros dichosos. ¿Por qué queréis perderos?’ Pero, ¿qué es lo que haces, Señor? ¿Por qué tanta paciencia y tanto amor para con estos rebeldes? ¿Qué bienes esperas de ellos? ¿Qué honra buscas mostrándote tan apasionado por estos viles gusanos de la tierra que huyen de Ti? ¿Qué cosa es el hombre para que le engrandezcas? O ¿por qué pones sobre él tu Corazón?

A veces los príncipes de la tierra no se dignan mirar a los vasallos que acuden a implorar perdón. Mas no procede así Dios con nosotros. No os volverá el rostro si contritos acudiereis a Él. No; Dios no oculta su rostro a los que se convierten. Antes bien, Él mismo los invita y les promete recibirlos apenas lleguen.

¡Oh, con cuánto amor y ternura abraza Dios al pecador que vuelve a Él! Claramente nos lo enseñó Jesucristo con la parábola de la oveja perdida, pues el Buen Pastor, hallando la oveja perdida, la pone amorosamente sobre sus hombros, y convida a sus amigos para que con Él se regocijen. Y el evangelista añade: “Habrá más gozo en el Cielo por un pecador arrepentido que hiciere penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.” Lo mismo enseñó el Redentor con la parábola del Hijo pródigo, cuando declaró que Él es aquel padre que, al ver que regresa el hijo perdido, sale a su encuentro, y antes que le hable, lo abraza y lo besa, y ni aun con esas tiernas caricias puede expresar el consuelo que siente.

Llega el Señor hasta asegurar que, si el pecador se arrepiente, Él se olvidará de los pecados, como si jamás aquél le hubiera ofendido. No repara en decir: “Si verdaderamente os convertís de corazón, venid a Mí; y entonces vuestros pecados, por muy grandes y numerosos que sean, serán perdonados, y vuestras almas quedarán como la lana blanca” (Isaías); o sea: Venid, pecadores, porque Dios no sabe despreciar un corazón que se humilla y se arrepiente. Y Jesús te dirá, como a la conmovida Magdalena: “Si sólo una chispa de penitencia, de arrepentimiento, de amor, de fe, de esperanza, cae en un corazón que dé fruto, Yo quiero cuidarlo y hacerlo crecer para llevarlo a mi Padre”. Con estas palabras ella se llenó de amor a Jesús y de arrepentimiento de sus pecados.

Se gloria el Señor en usar de misericordia, perdonando a los pecadores. ¿Y cuándo perdona? Al instante. No tendrás que llorar mucho; en cuanto derrames la primera lágrima, el Señor tendrá piedad de ti. No procede Dios con nosotros como nosotros con Él. Dios nos llama, y nosotros no queremos oírle. Dios, no es así. Apenas nos arrepentimos, y le pedimos perdón, el Señor nos responde y perdona.

La sola consideración de la paciencia con que el Señor te ha tratado, debiera bastar para que tu corazón viviese siempre ardiendo en su amor. ¿Quién hubiera podido sufrir las ofensas que le hiciste, como las ha sufrido Dios? ¡Desdichado de ti si volvieres a ofenderle y te condenases!

Abuso de la divina misericordia: “La bondad de Dios les está llamando a la penitencia” (Romanos). Se refiere en la parábola de la cizaña que, habiendo crecido en un campo esa mala hierba mezclada con el buen grano, querían los criados ir a arrancarla. Pero el amo mandó dejarla crecer, “y en el tiempo de la siega diré a

los segadores: Coged primeramente la cizaña y atadla en manojos para quemarla.” Se infiere de esta parábola, por una parte, la paciencia de Dios para con los pecadores, y por otra, su rigor con los obstinados.

Dice San Agustín que el demonio engaña de dos maneras a los hombres: “Con desesperación y con esperanza.” Cuando el pecador ha pecado ya, le mueve a desesperarse por el temor de la divina justicia; pero antes de pecar le anima a que caiga en tentación por la esperanza de la divina misericordia. Por eso el Santo nos amonesta diciendo: “Después del pecado ten esperanza en la misericordia; antes del pecado teme la divina justicia.” Y así es, en efecto. Porque no merece la misericordia de Dios el que se sirve de ella para ofenderle. La misericordia se usa con quien teme a Dios, no con quien la utiliza para no temerle. “El que ofende a la justicia, puede acudir a la misericordia; mas el que ofende a la misericordia, ¿a quién acudirá?,” pregunta San Juan de Ávila; y luego dice que “sufrir al que se sirve de la bondad de Dios para ofenderle más, sería más bien injusticia que misericordia.” La clemencia fue ofrecida al que teme a Dios, no a quien abusa de ella. “Et misericórdia ejus... timéntibus eum,” como exclamaba en su cántico la Virgen Santísima: “su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen.” A los obstinados los amenaza y somete la justicia, porque, como dice San Agustín, la veracidad de Dios resplandece aun en sus amenazas.

Difícilmente se hallará un pecador tan desesperado que quiera expresamente condenarse. Los pecadores quieren pecar, mas sin perder la esperanza de salvación. Pecan, y dicen: ‘Dios es la misma bondad; aunque ahora peque, yo me confesaré más adelante.’ Así piensan los pecadores, dice San Agustín. Pero, ¡oh Dios mío!, así pensaron muchos que ya están condenados.

El Eclesiástico dice: “Tampoco digas: ‘Yo pequé: ¿Y qué mal me ha venido por eso?’ Porque Dios, aunque es paciente y sufrido, dará el pago merecido. Del pecado perdonado no quieras estar sin temor, ni añadas pecados sobre pecados. No digas presuntuosamente: ‘La misericordia del Señor es grande: ¿Para qué corregirme? Él me perdonará mis muchos pecados’. Porque, al igual que Él ejerce su misericordia, ejerce su indignación por el odio que tiene al pecado.” Es decir, que su ira está tan pronta como su misericordia; y su ira va dirigida a los pecadores.

La misericordia de Dios es infinita; pero los actos de ella, o sea los de conmiseración, son finitos. Dios es clemente, pero también justo. “Soy justo y misericordioso,” dijo el Señor a Santa Brígida, “y los pecadores sólo atienden a la misericordia.” “Los pecadores,” escribe San Basilio, “no quieren ver más que la mitad. Bueno es el Señor; pero, además, es justo. No queramos considerar únicamente una mitad de Dios.”

“Cuidaos,” dice San Juan Crisóstomo, “cuando el demonio (no Dios) os promete la divina misericordia con el fin de que pequéis.” “¡Ay de aquel,” añade San Agustín, “que para pecar se apoya en la esperanza! ¡A cuántos ha engañado y perdido esa vana ilusión!” ¡Desdichado del que abusa de la piedad de Dios para ofenderle más! Lucifer, como afirma San Bernardo, fue con tan asombrosa presteza castigado por Dios, porque al rebelarse esperaba que no recibiría castigo.

Hubo un pecador que luego se convirtió, y Dios le perdonó. Mas para su hijo, que, viendo cuán fácilmente había conseguido su padre el perdón, llevó mala vida con esperanza de ser también perdonado, no hubo misericordia. Por esa causa se condenó, porque se atrevió a pecar confiando en la benignidad de Jesucristo.

En suma: si Dios espera con paciencia, no espera siempre. Pues si el Señor siempre nos tolerase, nadie se condenaría; pero es que muchos cristianos se condenan, como indica el Tratado de la Santa Misa: “Actualmente el número de hombres condenados en el Infierno eterno, se cuenta por miles de millones.” “Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que fácilmente siguen ese camino.” (Evangelio).

Quien ofende a Dios, confiando ser perdonado, “es un burlón y no un penitente”, dice San Agustín. Por otra parte, nos afirma San Pablo que “de Dios nadie se burla.” (Gálatas). Y sería burlarse de Dios el ofenderle siempre que quisiéramos, y luego ir a la gloria. Quien siembra pecados no ha de esperar otra cosa que el eterno castigo del infierno: “El que siembra ahora para fomentar los apetitos de la carne, recogerá después el fruto de la muerte eterna.” (Gálatas).



La red con que el demonio arrastra a tantos cristianos que se condenan es, sin duda, ese engaño con que los seducía diciéndoles: ‘Pecad libremente, que a pesar de todo ello os habéis de salvar.’ Mas el Señor maldice al que peca esperando perdón.

La esperanza después del pecado, cuando el pecador de veras se arrepiente, es grata a Dios; pero la de los obstinados le es abominable. Semejante esperanza provoca el castigo de Dios, así como provocaría a ser castigado el siervo que ofendiese a su señor precisamente porque éste es bondadoso y amable.

¡Ah, quizás eres uno de los ingratos que han ofendido a Dios porque ves que Él es bueno con todos! Dale gracias porque hasta ahora te ha tolerado. Ya que te ha esperado para verte algún día convertido en fervoroso amante de su bondad, ámale sobre todas las cosas y aprecia su gracia más que a

todos los reinos del mundo, y antes que perderla prefiere mil veces perder la vida.

Dirá, quizá, alguno: 'Puesto que Dios ha tenido para mí tanta clemencia en lo pasado, espero que la tendrá también en lo venidero.' Mas yo respondo: Y por haber sido Dios tan misericordioso contigo, ¿quieres volver a ofenderle? ¿De ese modo desprecias la bondad y paciencia de Dios? ¿Ignoras que si el Señor te ha sufrido hasta ahora, no ha sido para que sigas ofendiéndole, sino para que te duelas del mal que hiciste, te arrepientas y te enmiendes? Y si tú, fiado en la divina misericordia, no temes abusar de ella, el Señor te la retirará. Si vosotros no os convertís, Dios tensará su arco y lo preparará, porque suya es la venganza, y Él os dará el pago a su tiempo: "El Señor Dios de los Ejércitos será ensalzado por su justa venganza." (Isaías). Dios espera; mas cuando llega la hora de la justicia, no espera más, y castiga.

Aguarda Dios al pecador a fin de que se enmiende; pero al ver que el tiempo concedido para llorar los pecados sólo sirve para que los acreciente, se vale de ese mismo tiempo para ejercitar la justicia. De suerte que el propio tiempo concedido, la misma misericordia otorgada, serán motivos para que el castigo sea más riguroso y el abandono más inmediato.

¿Y cómo nos abandona Dios? O envía la muerte al pecador, que así muere sin arrepentirse, o bien le priva de las gracias abundantes y no le deja más que la gracia suficiente, con la cual, si bien podría el pecador salvarse, no se salvará. Obcecada la mente, endurecido el corazón, dominado por malos hábitos, la salvación será casi imposible; y así seguirá, si no en absoluto, a lo menos moralmente abandonado. Le quitará su protección especial. ¡Oh, qué castigo! Triste señal es que el dueño rompa el cercado y deje que en la viña entren los que quisieren, hombres y ganados: es prueba evidente de que la viña ha sido abandonada. Anás y Caifás no son los únicos casos.

Sabéis por el Catecismo que el pecado contra el Espíritu Santo es la obstinación consciente en el mal, por el desprecio a los medios de salvación. Hay muchas formas de pecar contra el Espíritu Santo, por ejemplo: La desesperación, que es cuando se llega a la obstinada creencia de que es imposible conseguir de Dios el perdón de los pecados y la salvación eterna. La presunción, que es cuando se espera conseguir la salvación sin necesidad de arrepentirse de los pecados y se continúa cometiéndolos sin ningún temor a los castigos de Dios. La obstinación en el pecado, que es cuando, con refinada malicia y rebelión contra Dios, se rechazan las inspiraciones de la gracia y los sanos consejos de las personas virtuosas. La impenitencia deliberada, que es cuando se llega a la obstinación de no arrepentirse jamás de los pecados y de resistir cualquier inspiración de la gracia que pudiera impulsar al arrepentimiento. Cuando cualquier pecado contra el Espíritu Santo llega al sumo grado de contumacia, es ya de hecho imperdonable, no porque Dios no esté dispuesto a perdonar, sino porque el impenitente cierra de tal forma los canales de la gracia, que hace imposible en él toda recepción de la misma; pues, decididamente no quiere salvarse, y Dios respeta, necesariamente, su libre voluntad.

Así, Dios, cuando deja abandonada un alma, le quita la valla del temor, de los remordimientos de conciencia, la deja sumida en tinieblas, y luego penetran en ella todos los monstruos del vicio. Y el pecador, abandonado en esa oscuridad, lo desprecia todo: la gracia divina, la gloria, avisos, consejos y excomuniones; se burlará de su propia condenación. Le dejará Dios en esta vida sin castigarle, y en esto consistirá su mayor castigo. Dice San Bernardo: "No quiero esa misericordia, más terrible que cualquier ira."

Terrible castigo es que Dios deje al pecador en sus pecados y, al parecer, no le pida cuenta de ellos. Diríase que no se indigna contra él y que le permite alcanzar cuanto de este mundo desea. ¡Desdichados los pecadores que prosperan en la vida mortal! ¡Señal es de que Dios espera a ejercitar en ellos su justicia en la vida eterna! Si el camino de los impíos va en prosperidad, es que están cebándose como el rebaño para el matadero.

No hay, pues, mayor castigo que el de que Dios permita al pecador añadir pecados a pecados, y maldad sobre maldad. Serán borrados del libro de los vivos; pues dice San Roberto Belarmino: "No hay castigo tan grande como que el pecado sea la pena del pecado:" cuando por un pecado se empieza un camino de innumerables pecados. Más le valiera a alguno de esos infelices que cuando cometió el primer pecado el Señor le hubiera hecho morir; porque muriendo después, padecerá tantos infiernos como pecados hubiere cometido.

En ese miserable estado has merecido que Dios te privase de sus luces y gracias. Pero si oyes que te llama a penitencia, reconoce que todavía no te ha abandonado; quiere que te conviertas de traidor y rebelde que quizás fuiste, en fervoroso amante de Jesús y María.

Se refiere en la Vida del Padre Luis de Lanuza que cierto día dos amigos estaban paseando juntos en Palermo, y uno de ellos, llamado César, que era comediante, notando que el otro se mostraba pensativo en extremo, le dijo: "Apostaría a que has ido a confesarte, y por eso estás tan preocupado. Yo no quiero coger tales escrúpulos. Un día me dijo el Padre Lanuza que Dios me daba doce años de vida y que si en ese plazo no me enmendaba tendría mala muerte. Después he viajado por muchas partes del mundo; he padecido varias enfermedades, y en una de ellas estuve a punto de morir. Pero en este mes, cuando van a terminar los famosos doce años, me hallo mejor que nunca." Y luego invitó a su amigo a que fuese, el sábado inmediato, a ver el

estreno de una comedia que el mismo César había compuesto. Y en aquel sábado, que fue el 24 de noviembre de 1668, cuando César se disponía a salir a escena, le dio de improviso una congestión y murió repentinamente en brazos de una actriz. Así acabó la comedia.

Pues bien, cuando la tentación del enemigo te mueva a pecar otra vez, si quieres condenarte puedes libremente cometer el pecado; mas no digas que deseas tu salvación. Mientras quieras pecar, date por condenado, e imagina que Dios decreta su sentencia, diciendo: '¿Qué más puedo hacer por ti, ingrato, de lo que ya hice? Y ya que quieres condenarte, condénate, pues la culpa es tuya.'

Dirás, acaso, ¿dónde está la misericordia de Dios? ¡Ah desdichado! ¿No te parece misericordia que Dios te haya sufrido tanto tiempo con tantos pecados? Deberías estar postrado ante Él con el rostro en tierra dándole gracias y diciendo: 'Sólo porque eres misericordioso, Señor, no hemos sido exterminados.'

Al cometer un solo pecado mortal incurriste en delito mayor que si hubieras pisoteado al primer soberano del mundo. Y tantos y tales has cometido que si esas ofensas a Dios las hubieses hecho contra un hermano tuyo, él no las hubiera sufrido. Mas Dios no sólo te ha esperado, sino que te ha llamado muchas veces y te ha ofrecido el perdón. ¿Qué más debía hacer por ti?

Si Dios tuviese necesidad de ti, o si le hubieses honrado con grandes servicios, ¿podría haberse mostrado más clemente contigo? Así, pues, si de nuevo volvieras a ofenderle, harías que su divina misericordia se trocara en indignación y castigo.

Si aquella higuera hallada sin frutos por su dueño no los hubiera dado tampoco después del año de plazo concedido para cultivarla, ¿quién osaría esperar que se le diese más tiempo y no fuese cortada? Escucha, pues, lo que dice San Agustín: "¡Oh árbol infructuoso!, diferido fue el golpe del hacha. ¡Mas no te creas seguro, porque serás cortado! Fue aplazada la pena, pero no suprimida. Si abusas más de la divina misericordia, el castigo te alcanzará: 'serás cortado'."

¿Esperas, por tanto, que el mismo Dios te envíe al infierno? Pues si te envía, ya lo sabes, jamás habrá remedio para ti. Suele el Señor callar, mas no para siempre. Cuando llega la hora de la justicia, rompe el silencio. "Esto hicisteis, ¿y voy a callarme Yo? Yo os arguyo de pecado, y os lo echo en cara eternamente" (Salmo). Te pondrá ante los ojos los actos de la divina misericordia que recibiste, y hará que ellos mismos te juzguen y condenen.

Desventurado de ti si, después de haber recibido la luz que ahora Dios te da, volviesses a ser infiel haciéndole traición, pues esas luces, son señales de que desea perdonarte. Mas si de nuevo te apartaras del Señor, reconoce que merecerías un infierno a propósito creado para ti. No lo permita el Señor; que no te abandone en la inmensa desgracia de verte otra vez convertido en un enemigo suyo. Si has de ofender a Dios, es preferible que antes pierdas la vida.

Del número de los pecados: Si Dios castigase inmediatamente a quien le ofendiese, no se vería, sin duda, tan ultrajado como se ve. Mas porque el Señor no suele castigar en seguida, sino que espera benignamente, los pecadores cobran ánimos para ofenderle más y sin temor alguno.

Es preciso que entendamos que Dios espera y es pacientísimo, mas no para siempre; y que es opinión de muchos Santos Padres (San Basilio, San Jerónimo, San Ambrosio, San Cirilo de Alejandría, San Juan Crisóstomo, San Agustín y otros) que, así como Dios tiene determinado para cada hombre el número de días que ha de vivir y los dones de salud y de talento que ha de otorgarle, así también tiene contado y fijo el número de pecados que le ha de perdonar. Y completo ese número, no perdona más, dice San Agustín. Lo mismo, afirman Eusebio de Cesarea y los otros Padres antes nombrados; y no hablaron sin fundamento. En el terrible día del Juicio Final, el Supremo Juez Inapelable, dirá a sus Ángeles: "Es llegada la hora de cortar la cizaña. Descended prestos, que los lagares de los impíos han llegado ya al colmo de la maldad." (Joel). Esto significa que el Señor sufre con paciencia a las naciones para castigarlas en el colmo de los pecados; que Dios espera el día en que se llene la medida de los pecados, y después castiga.

Los pecadores no llevan cuenta de sus delitos, pero Dios sabe llevarla para castigar cuando está ya granada la mies, es decir, cuando está completo el número de pecados. En el Eclesiástico leemos: "Del pecado perdonado no quieras estar sin temor, ni añadas pecados sobre pecados." O sea: es preciso, pecador, que tiembles aun de los pecados que ya te perdoné; porque si añadieses otro, podrá ser que éste con aquéllos completen el número, y entonces no habrá misericordia para ti.

De tales castigos hallamos en la Escritura muchos ejemplos, especialmente el de Saúl, que, por haber reincidido en desobedecer al Señor, le abandonó Dios de tal modo que le dijo el profeta Natán: "Ya que tú has desechado la palabra del Señor, el Señor ha desechado a tu descendencia del trono de Israel". Saúl contestó: "Te ruego que te apiades de mi pecado y me obtengas el perdón, y vengas conmigo a Hebrón para que des fe, ante el pueblo, de mi arrepentimiento". Y dijo Natán: "No iré contigo, porque tú has desechado la palabra del Señor". Y volviendo Natán la espalda para marcharse, le asió Saúl de la extremidad de la capa, la cual se rasgó, entendiéndose con eso Natán que Dios había roto con Saúl. Por lo que dijo entonces Natán al rey: "De la misma manera, el Señor ha rasgado hoy el reino de Israel, y lo ha

arrancado de tu descendencia, para dárselo a otro mejor que tú. Y esta decisión de Dios es firme.” (Reyes). Porque había desechado la palabra del Señor, el Señor le había desechado a él.

Además, en el Apocalipsis la Santísima Virgen María advierte que Roma llegó al colmo de sus pecados: “Salid de esta nueva Gran Ramera o última Babilonia la Grande, si es que verdaderamente queréis salvar vuestras almas, y queréis también libraros del terrible daño de las plagas que vendrán sobre ella; porque el colmo de sus pecados ha llegado hasta el Cielo, y clama la Santa Ira de Dios.”

Tenemos también el ejemplo del rey Baltasar, que hallándose en un festín profanando los vasos del Templo, vio una mano que escribía en la pared unas palabras misteriosas. Llegó el profeta Daniel y explicó así tales palabras: “Has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto de buenas obras”, dándole a entender que el peso de sus pecados había inclinado hacia el castigo la balanza de la divina justicia; y, en efecto, Baltasar fue muerto aquella misma noche.

¡Y a cuántos desdichados sucede lo mismo! Viven largos años en pecado; mas apenas se completa el número, los arrebató la muerte y van quizás a los infiernos. Algunos quieren averiguar el número de estrellas que existen, el número de ángeles del Cielo, y de los años de vida de los hombres; mas ¿quién puede indagar el número de pecados que Dios querrá perdonarles?

Tengamos, pues, saludable y santo temor. ¿Quién sabe si después del primer deleite ilícito, o del primer mal pensamiento consentido, o nuevo pecado en que incurrieres, Dios te perdonará otra vez?

Da ferventísimas gracias a Dios. ¡Cuántas almas hay que, por menos pecados que los tuyos, están ahora en el infierno, y tú vives aún fuera de aquella cárcel eterna, y con la esperanza de alcanzar, si quieres y te esfuerzas, perdón y gloria! Debes temer realmente que, si después de los pecados que has cometido y de las gracias que te ha otorgado, añadieses una nueva culpa, pudiera colmarse la medida y serías justamente condenado. Ama a Dios sobre todas las cosas, y teme más que morir, el verte otra vez apartado de su amor.

Dirá tal vez el pecador que ‘Dios es Dios de misericordia.’ ¿Quién lo niega? La misericordia del Señor es infinita; mas a pesar de ella, ¿cuántas almas se condenan cada día? Dios cura al que tiene buena voluntad. Perdona los pecados, mas no puede perdonar la voluntad de pecar. También si eres joven, tienes que reflexionar seriamente sobre esto, porque Dios no cuenta los años, cuenta las culpas.

Y esta medida de pecados no es igual para todos. A uno perdona Dios cien pecados; a otro mil; otro, al segundo pecado se verá en el infierno. ¡Y a cuántos ángeles condenó en su primer pecado!

Refiere San Gregorio I que un niño de cinco años, por haber dicho una blasfemia, fue al infierno. Y según la Virgen Santísima reveló a la bienaventurada Benedicta de Florencia, una niña de doce años por su primer pecado fue condenada. Otro niño de ocho años de edad también en el primer pecado murió y se condenó. Así sucede al pecador que muere sin verdadera contrición. En el Evangelio leemos que el Señor maldijo a la higuera sin fruto la primera vez que buscó fruto en ella, y el árbol quedó seco, pues no tuvo una segunda oportunidad.

Algún temerario querrá quizá pedir cuenta de por qué Dios perdona a tal pecador tres culpas y no cuatro. Aquí es preciso adorar a los inefables juicios de Dios y decir con el Apóstol: “¡Oh profundidad de las riquezas de la Sabiduría y de la Ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e impenetrables sus caminos!” (Romanos). Y con San Agustín: “Él sabe a quién ha de perdonar y a quién no. A los que se concede misericordia, gratuitamente se la concede, y a los que se la niega, con justicia les es negada.”

Replicará el alma obstinada que, como tantas veces ha ofendido a Dios y Dios la ha perdonado, espera que aún le perdonara un nuevo pecado. Mas porque Dios no la ha castigado hasta ahora, ¿ha de proceder siempre así? Se llenará la medida y vendrá el castigo.

El engréido Sansón continuaba su relación con Dalila, confiado en que seguiría librándose de los filisteos, como lo había logrado en ocasiones anteriores; pero en aquella última ocasión fue preso y finalmente perdió la vida. “Tampoco digas,” exclamaba el Señor, “Yo pequé: ¿Y qué mal me ha venido por eso?” Porque Dios, aunque es paciente y sufrido, dará el pago merecido” (Eclesiástico); o lo que es lo mismo: que llegará un día en que todo lo pagaremos, y cuanto mayor hubiera sido la misericordia, tanto más grave será la pena.

Dice San Juan Crisóstomo que más de temer es el que Dios sufra al obstinado, que el pronto e inmediato castigo. Porque, como escribe San Gregorio, todos aquellos a quienes Dios espera con más paciencia, son después, si perseveran en su ingratitud, más rigurosamente castigados; y a menudo acontece, añade el Santo, que los que fueron mucho tiempo tolerados por Dios, mueren de repente sin tiempo de convertirse y hacer penitencia.

Especialmente, cuanto mayores sean las luces que Dios te haya dado, tanto mayores serán tu ceguera y obstinación en el pecado, si no hicieres a tiempo penitencia. Dice San Pedro que “mejor le hubiera sido no haber conocido el camino de la Verdad y de la santidad, que, después de haberlo conocido, abandonar la Ley Santa de Dios que le fue dada.” Y es casi imposible que se convierta de nuevo un alma que, habiendo sido ilustrada con luces divinas, reincida en pecar. Aunque Cristo da la misteriosa y misericordiosa última

oportunidad salvífica en la hora de la muerte de cada ser humano, Satanás aprovecha toda su astucia para engañar y seducir al alma una vez más, a fin de que se condene eternamente.

Terrible será la muerte para los que no quisieron oír el llamamiento del Señor, cuando les llamó; pues así como el pecador se ha burlado de Dios confesándose, formando propósitos y no cumpliéndolos nunca, así el Señor también se burlará de él en la hora de la muerte.

El proverbio dice: “Volvió el perro a comer lo que vomitó,” y así es el imprudente que repite su necedad. Dionisio el Cartujo desarrolla este pensamiento, y dice que tan abominable y asqueroso como el perro que devora lo que arrojó de sí, se hace odioso a Dios el pecador que vuelve a cometer los pecados de que se arrepintió en el Sacramento de la Penitencia.

Quizás tú eres como ese perro sucio y asqueroso, pues tantas veces volviste a deleitarte con lo que antes habías aborrecido. No mereces perdón; pero enmiéndate y, para ser fiel, decídate a acudir en seguida y siempre a María Santísima cuando te vieres combatido de tentaciones, y su nombre dulcísimo será tu defensa.

“Hijo, ¿has pecado? No vuelvas a pecar más. Antes bien, haz oración por las culpas pasadas a fin de que te sean perdonadas.” (Eclesiástico). Considera lo que te advierte Nuestro Señor, porque desea salvarte: ‘No me ofendas, hijo, nuevamente, y pide en adelante perdón de tus pecados.’

Aconseja San Alfonso María de Liguorio que, cuanto más hubieres ofendido a Dios, tanto más debes temer la reincidencia en ofenderle; porque tal vez otro nuevo pecado que cometieras hará caer la balanza de la divina justicia, y pudieras ser condenado. No digo que no haya absolutamente perdón para ti si cometes otro pecado, porque no lo sé; pero afirmo que eso puede realmente suceder.

De suerte que, cuando sintieres la tentación, debes decirte: ¿Quién sabe si Dios no me perdonará más y me condenará? Dime: ¿tomarías un manjar si creyeras que es probable que esté envenenado? Si sospecharas fundadamente que en un camino estaban apostados tus enemigos para matarte, ¿pasarías por allí pudiendo utilizar otra vía más segura? Pues, ¿qué certidumbre puedes tener de que volviendo a pecar sentirás luego verdadera contrición y no volverás a la culpa aborrecible? O ¿qué seguridad tienes de que si nuevamente pecases, Dios no te abandonará después o que no te hará morir en el acto, pecando?

¡Oh Dios, qué ceguedad! Al comprar una casa, tomas prudentemente las precauciones necesarias para no perder tu dinero. Si vas a usar de alguna medicina, tratarás de asegurarte de que no te pueda dañar. Al cruzar un río, cuidas de no caer en él. Y luego, por un vil placer, por un deleite irracional, arriesgas tu eterna salvación, diciendo: ya me confesaré de eso. Mas yo pregunto: ¿Y cuándo te confesarás? – El domingo – ¿Y quién te asegura que vivirás el domingo? – Mañana mismo. – ¿Y cómo hablas de confesarte mañana, cuando no sabes siquiera si tendrás una hora más de vida?

Dice San Agustín: “¿Tienes un día, si no tienes ni una hora? Dios promete perdonar al que se arrepiente, mas no promete el día de mañana al que le ha ofendido. Si ahora pecas, tal vez Dios te dé tiempo de hacer penitencia, o tal vez no. Y si no te lo da, ¿qué será de ti eternamente?” Y, sin embargo, por un mísero placer pierdes tu alma o la pones en peligro de quedar perdida por toda la eternidad. ¿Arriesgarías mil monedas por esa vil satisfacción? Digo más: ¿lo darías todo, hacienda, casa, poder, libertad y vida, por un breve gusto ilícito? Seguramente, no. Y sin embargo, por ese mismo deleznable placer quieres en un momento perder para ti a Dios, el alma y la gloria.

Dime, pues, sobre estas cosas que señala la fe: ¿no son más que pura fábula la gloria, el infierno y la eternidad, o son altísimas verdades? ¿Crees que por el pecado mortal el hombre deja de ser hijo de Dios y se convierte en hijo y esclavo de Satanás, y que el que vive en pecado mortal, no sólo va por el camino de la condenación eterna, sino que en su alma está el mismísimo Infierno? ¿Crees que el que se halla en pecado mortal es reo de condenación eterna, y que en el alma en pecado mortal habita Satanás, que hace de ella su templo y morada? ¿Si la muerte te sorprende en pecado, no mereces quedar para siempre perdido? ¡Qué temeridad, qué locura condenarte tú mismo a perdurables penas con la vana esperanza de remediarlo luego! “Nadie quiere enfermar con la esperanza de curarse,” dice San Agustín. ¿No tendríamos por loco a quien bebiese veneno, diciendo: quizá con un remedio me salvaré? ¿Y tú quieres merecer la condenación a muerte eterna, confiando en que tal vez luego puedas librarte de ella?

¡Oh locura terrible, que a tantas almas ha llevado y lleva al infierno! Pecaste confiando temerariamente en la divina misericordia; de improviso, vendrá el castigo sobre ti, sin que sepas de dónde viene.

Quizás eres uno de esos locos que tantas veces ha perdido la gracia de Dios, con la esperanza de recuperarla después, y puesto a su alma en peligro de condenación eterna. Y si Dios te hubiese enviado la muerte estando tú en pecado, ¿qué hubiera sido de ti? Agradece con todo tu corazón su clemencia en esperarte y en darte a conocer tu locura. Sabes que Dios desea salvarte; tú sólo tienes que querer salvarte.



El mundo actual se ha rebelado contra Dios, su Creador; se niega a obedecer los Mandamientos divinos y rechaza y difama al verdadero Vicario de Cristo en la tierra. A consecuencia de no someterse a Dios, el mundo ha quedado sometido a los enemigos de Dios: el diablo y sus secuaces, que sólo quieren la destrucción de los hombres y, como justo castigo, el Señor permite que esos enemigos actúen, que propaguen la corrupción e impongan leyes inicuas en detrimento de las almas, además de provocar enfermedades y usar de muchos medios para causar la muerte del alma.

La maldición divina pesa actualmente sobre la humanidad corrompida. El actual diluvio universal de la herejía y del pecado es, por permisión divina, el mayor castigo que hasta ahora ha caído sobre el universo, ya que es inmensamente superior a cualquier mortandad corporal. A su vez, esta perversidad humana está reclamando incesantemente el diluvio del fuego exterminador que caerá sobre la tierra. En medio de ese diluvio, la Santa Iglesia Palmariana es el Arca de Noé Apocalíptica, única portadora de la salvación.

Vivimos una fase muy avanzada de la Era Apocalíptica. Por todas partes hay signos inconfundibles, muchos de ellos vaticinados por el mismo Cristo en su Evangelio: Apostasía general; abominables pecados; costumbres perversas; doctrinas ateas; guerras; mortandad y cataclismos permitidos por Dios como muestra de su Santa Ira; enfermedades repugnantes a causa de los vicios; gobiernos impíos; leyes inicuas; multitudinarios abortos criminales amparados por satánicas legislaciones estatales, y otras aberraciones. Son múltiples señales del reinado universal de Satanás en estos Últimos Tiempos, por permisión divina. Y esto irá de mal en peor mientras Dios Nuestro Señor no ponga coto, ya que Él es el único que puede remediar tal cúmulo de males. Y el mundo perverso camina hacia la feroz y sangrienta Tercera Guerra Mundial y los primeros Tres Días de Tinieblas de la Era Apocalíptica; todo lo cual será un espantoso castigo purificador, como manifestación de la justa Ira de Dios.

Recordad que el apóstata pueblo judío recibió su mayor castigo cuando condenó Cristo a muerte, pues dejó entonces de ser el pueblo de Dios y la verdadera Iglesia; pero a consecuencia de esto, recibió también un gran castigo material, treinta y siete años más tarde, cuando los romanos destruyeron Jerusalén, más de un millón de judíos perdieron la vida, muchos fueron vendidos como esclavos y otros se dispersaron.

Así también, la iglesia apóstata de Roma ya recibió su mayor castigo al quedar en enemistad con Dios y privada de la Gracia divina, que es un castigo espiritual; pero ahora le espera el castigo material por su gran apostasía general, el cual será la terrible Tercera Guerra Mundial, manifestación de la justa Ira de Dios.

Antes de la apostasía de Roma en 1978, los Mensajes del Palmar exigían intensificar las oraciones y penitencias para prepararse y no caer. Dijo el Señor: “Queridos hijos: ¡Rogad, rogad, rogad constantemente para auxiliar a la Iglesia en esta hora del poder de las tinieblas! Redoblad vuestras oraciones y penitencias, pues se avecinan a la Iglesia días muy grises, cual no los hubo en toda la Historia. La Iglesia, paso a paso, va reproduciendo mi Sagrada Pasión, hasta subir al Calvario, para ser crucificada a imitación de su Fundador.”

“¡Oh!, hijos queridísimos: redoblad vuestros sacrificios, vuestras penitencias y oraciones. Ya está pronto el día en que, el Eterno Padre, va a dejar caer su brazo de justicia sobre la humanidad. ... ¡Redoblad vuestras oraciones, vuestras penitencias y sacrificios! La hora de las tinieblas se aproxima. Aún es poco la oración y penitencia que hacéis en este Sagrado Lugar... Redoblad vuestras penitencias. Sobre todo, orad intensamente, no sólo de palabra, sino de corazón. ¡Orad intensamente! Y así los ángeles exterminadores pasarán de largo.”

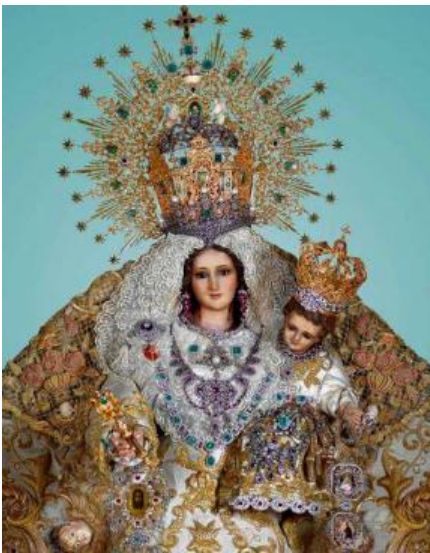
La Santísima Virgen María decía: “Mis amadísimos hijos: Redoblad vuestras oraciones y penitencias. Aún es poca. Sólo así aplacaréis la Ira del Eterno Padre... Mis queridísimos hijos: No os congreso aquí para distracciones, sino para la oración y la penitencia; para que meditéis en la Dolorosa Pasión de Cristo Jesús. Para que comprendáis cómo, todo un Dios, se hizo Hombre y sufrió la Pasión para desagraviar al Padre y reconciliar la humanidad con el Padre. ¡Meditad, medita en la santa Pasión de Cristo Jesús!”

Ahora otra vez tenemos que redoblar, aumentar, intensificar nuestras oraciones, porque llegará todo lo que está profetizado, con gran consternación y mortandad, como dijo el Señor: “¡Oh!, hijitos queridísimos: ¡Redoblad vuestras penitencias, vuestras oraciones, vuestros sacrificios! ¡La Tercera Guerra Mundial está a las puertas! El mundo se ríe; pero está a las puertas, muy a las puertas, más de lo que piensan los hombres.”

No podemos quedar indiferentes ante la muerte de los demás, pues Nuestro Señor dijo: “Los castigos que están anunciados en El Palmar, se van cumpliendo. Pero mientras no tocan el pellejo propio no se da importancia. Si ocurre allá lejos, en tal país, o en tal nación, no os importa, porque verdaderamente no amáis a vuestros prójimos, y es Cristo el que muere en cada país y en cada nación.”

El Señor prometió que los que adoren la Santa Faz del Señor meditando la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo unidos a los Dolores de la Bienaventurada Siempre Virgen María, serán preservados del castigo que el Eterno Padre tiene preparado, y si padecieren en el castigo, será para morir mártires y alcanzar la santidad.

Pidamos especialmente la perseverancia, que lleguemos a ser santos, y que Dios nos proteja, ilumine, y grabe la Santa Faz en nuestros corazones. Este Año Santo de la Santa Faz es una oportunidad para prepararnos para la muerte, para disponernos a entregar nuestras almas a Dios. Esa preparación se consigue contemplando y meditando en la imagen de la Santa Faz, donde encontramos el camino a seguir. La Santa Faz da ejemplo de todas las virtudes a los que la contemplan y meditan con humildad y sencillez. La caridad más importante es la salvación de las almas, y Cristo dio su vida por la salvación de cada uno de nosotros. Si nos unimos a su acto de caridad, podemos imitarle y colaborar con Él en la salvación de las almas. Aunque los palmarianos seamos pocos, no debemos amedrentarnos a la vista de la misión que nos toca cumplir para la salvación de millones de almas, sino mirar a Cristo y María casi solos en el Calvario, obrando la Reparación al Padre y la Redención de la humanidad. Tenemos que unirnos a Ellos con actos continuos de amor, unirnos a sus sentimientos, y con nuestras oraciones, sacrificios y Santas Misas, esas almas se salvarán. En la Santa Faz se refleja la infinita mansedumbre, en permitir ser escupido, maltratado, abofeteado. Si aprendemos de su ejemplo, podremos aceptar nuestras cruces, soportando nuestros sufrimientos y pruebas con la mansedumbre de Cristo. Y se refleja, sobre todo, el amor. La Santa Faz está llena de ese amor que consume su Sagrado Corazón, que muy pocas personas perciben y en el que aún menos meditan. Acerquémonos a la Santa Faz, como lo hizo la Virgen Santísima cuando bajaron a Jesús de la cruz, para juntar nuestra faz con la suya, abrazarle y llorar junto a Él lágrimas de amor y de arrepentimiento, y amarle sinceramente. Al contemplar la Santa Faz dolorida, deben crecer nuestros deseos de verla eternamente en la gloria, aunque todavía nos falta luchar más y mostrarle nuestra fidelidad antes de recibir ese premio. No dejemos solo a nuestro amado Salvador colgado en la Cruz, agonizando sin ningún consuelo; no dejemos sola a nuestra querida Madre al pie de la Cruz, con su Inmaculado Corazón traspasado de dolor y su hermosa y virginal Faz bañada en lágrimas.



Nos, Pedro III, llamamos a todos los fieles de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, para que participen en la peregrinación a este Sagrado Lugar de El Palmar de Troya el 16 de julio, que es la Fiesta Principal de Nuestra Madre del Palmar Coronada, Reina del Carmelo y Patrona Universal, de cuya amorosísima solicitud habéis recibido cuantiosísimas gracias, sobre todo la de ser hijos de la verdadera Iglesia. Procurad acudir a este Sagrado Lugar en día tan señalado para manifestar una vez más a vuestra Madre Celestial vuestra sincera gratitud por los beneficios que recibís de Ella. Venid a postraros a sus pies, pues siempre os espera con ardentísimo amor de Madre.

Como de costumbre, los Solemnísimos Cultos de la Fiesta del Carmelo, se celebrarán en la Basílica Catedralicia de Nuestra Madre del Palmar Coronada con el siguiente orden: El día 15 de julio, víspera de la fiesta principal de Nuestra Madre del Palmar Coronada, tendremos la Veneración a Nuestra Madre del Palmar Coronada a las 11,30 de la mañana. El día 16, a la 1 de la madrugada, habrá un turno de Santas Misas en el Altar Mayor y otros Altares, con el rezo del Santo Rosario Penitencial; a las 10 de la mañana, será el Solemnísimo Pontifical, con el rezo del Santo Trisagio; a las 6 de la tarde, un turno de Santas Misas en el Altar Mayor y todos los demás Altares, con el rezo del Santo Viacrucis. Habrá también otros turnos de Santas Misas, tanto en el Altar Mayor como en otros Altares. A las 9 de la noche, tendrá lugar la Solemnísima Procesión con las Sagradas Imágenes de Nuestra Madre del Palmar Coronada y de Santa Teresa de Jesús Coronada. Nos, esperamos en El Palmar la máxima afluencia de fieles peregrinos para tan entrañable fiesta en honor de la Santísima Virgen María, Reina del Carmelo y Patrona Universal.

Dado en El Palmar de Troya, Sede Apostólica, día 10, primer día de la Novena del Santísimo José del Palmar Coronado, Virrey del Carmelo y Copatrón Universal, marzo del MMXX, Año de Nuestro Señor Jesucristo y cuarto de Nuestro Pontificado.

Con Nuestra Bendición Apostólica
 Petrus III, P.P.
 Póntifex Máximus



Petrus III P.P.